

Charles R. Swindoll



EL
DESPERTAR
DE LA
GRACIA

Creer en la gracia es una cosa. Vivirla es otra.

EL DESPERTAR DE LA GRACIA

Charles R. Swindoll

Introducción

Surge un nuevo movimiento en el horizonte.

Es un movimiento de libertad, una gozosa liberación de las cosas que nos han esclavizado por demasiado tiempo. Más y más creyentes están advirtiéndolo que las restricciones inventadas por los hombres y las reglas legalistas bajo las que han estado viviendo, no han nacido de la gracia de Dios, sino que han sido impuestas por personas que no quieren que otros sean libres. No exagero al decir que este movimiento es un verdadero despertar que está empezando a recorrer el país. Nada podría darme más alegría. Hace mucho que necesitábamos este despertar de la libertad, tan apropiado para los tiempos en que vivimos.

El mundo ha presenciado un increíble despertar político en favor de la libertad, en el este de Europa. Los rostros sonrientes de los alemanes orientales lo dicen todo, ya que muchos de ellos prueban la libertad por primera vez. El clamor de libertad se ha levantado en las fronteras y en las calles de Budapest, Praga, Bucarest y Berlín oriental. Desde que las víctimas de los campos de concentración instalados en Alemania recuperaron su libertad y con ella un atisbo de esperanza allá por los años cuarenta, no se había vivido una experiencia igual de liberación. Después de años de opresión, están libres . . . *libres al fin*. Los que vivimos en países democráticos aplaudimos su liberación. Las personas libres se alegran cuando otras son puestas en libertad. Sólo los que están políticamente sojuzgados resisten la libertad.

Lo mismo ocurre en la esfera espiritual. Pero aunque me gustaría decir que todos están respaldando nuestra búsqueda de la libertad nacida de la gracia, no lo puedo hacer. ¡Le advierto, hay asesinos de la gracia que andan sueltos! Para empeorar aun más las cosas, son un grupo bien organizado e intimidador, y nada los detiene en su intención de impedir que usted y yo disfrutemos de la libertad a la que tenemos derecho. Yo me sentía seguro en el legalismo, y asegurarme de que los demás marcharan a mi misma cadencia ocupaba la mayor parte de mis tareas cotidianas. Pero ya no. Desde hace años vengo tomando conciencia de un continuo despertar de la gracia en mi propia vida . . . y nada me ha producido más alivio, ni, por otro lado, me ha traído mayores críticas. Mi posición anterior era más segura, pero, ¿desde cuándo se nos ha ordenado que sigamos el camino seguro? Cristo no lo hizo. Su mensaje y sus métodos revolucionarios, como veremos, provocaban continuas confrontaciones con los burócratas religiosos de su época. Y puedo agregar que ellos fueron los que finalmente lo clavaron a la cruz. Seguir a un líder como él no es seguro. Los movimientos de liberación nunca han sido seguros.

Cuando los reformadores europeos del siglo XVI levantaron la antorcha de la libertad y marcharon contra los legalistas religiosos de su era, la gracia fue su grito de batalla: salvación sólo por gracia . . . un camino de fe que no conocía el miedo a la condenación eterna. La iglesia los odiaba y los llamó herejes. Una vez más la gracia fue la que abrió el camino al movimiento de renovación del siglo XVIII y comienzos del XIX que se expandió por Gran Bretaña y América del Norte, cuyos fervientes predicadores fueron John Wesley, Jonathan Edwards, George Whitefield y algunos otros arriesgados mensajeros de Dios. Y de nuevo hubo una fuerte resistencia de quienes fruncían el entrecejo frente al mensaje de libertad en Cristo. Es interesante notar que dicho movimiento llegó a conocerse como "El gran despertar". Lo que percibo en nuestros días es un nuevo despertar en la línea de aquellos que cambiaron el rumbo de la historia. Quizás el nombre que lo describa mejor sea "El despertar de la gracia". Es un mensaje apropiado a esta hora.

No pasa un día sin que se me recuerde la necesidad de un libro que enfatice el alcance total de la gracia, esa gracia que permite que la gente sea libre, completamente libre en Cristo. ¿Por qué? ¡Porque muy pocos libros hablan de este tema! Son muchos

los miembros de la familia de Cristo que viven esclavizados por las proclamas legalistas de lo permitido y lo prohibido, e intimidados e inmovilizados por las exigencias y expectativas de los demás. Simplemente existen, confinados al estrecho margen de esclavitud a la que los someten aquellos que se han designado a sí mismos como jueces. Hemos vivido demasiado tiempo como animalitos acorralados, confinados en un estrecho marco de prohibiciones. Por demasiado tiempo nos hemos sometido a los "se puede hacer" y "no se puede hacer" de los monarcas de la religión. Por años hemos estado dormidos, mientras los asesinos de la gracia realizan su siniestra obra. ¡Basta! Es tiempo de que despertemos. El amanecer brilla con la luz de la gracia.

Muchas personas se desaniman a causa de un distorsionado concepto de la vida cristiana. En lugar de mostrar una apariencia atractiva, sensible y contagiosa del gozo que se obtiene en Cristo y su poder, son más y más las personas que muestran un rostro severo, una verdadera caricatura de la religión. Me parece trágico que personas religiosas que matan la alegría, tengan un éxito tan grande en arrebatarse la libertad y el gozo de la fe. La gente necesita conocer que la vida cristiana es algo más que entrecejos fruncidos, dedos acusadores y expectativas utópicas. Ya hemos sido acosados por demasiado tiempo. Es hora de que demos lugar al despertar de la gracia.

"Es posible obligar a la gente a mantener ciertas conductas básicas apelando a la responsabilidad, pero los logros espirituales y morales más elevados no dependen de la presión sino de la motivación. Las personas deben ser motivadas hacia la justicia."¹

Estoy convencido de que nada tiene un atractivo tan magnético como la libertad, para la cual la Biblia tiene una extraordinaria palabra: *gracia* . . . *gracia liberadora* . . . *gracia revolucionaria* . . . *maravillosa gracia* . . . *el despertar de la gracia*.

Si usted siente que ahora dedicar su vida a algo que lo haga anhelar el despertar de cada nuevo día, totalmente libre de todo aquello que lo quiere mantener cautivo, libre para ser libre, y para desafiar al mundo a apropiarse de las libertades de la gracia, todo lo que le pido es tiempo y atención. Confío que después de la

lectura de unos pocos capítulos, su corazón arda dentro de su pecho, tanto como ha ardido el mío. Pero debo advertirle que una vez que las brasas apagadas se enciendan a llama viva, ya no podrá extinguirlas. Una vez que se una a las filas del movimiento de la libertad, nunca más se sentirá satisfecho con la esclavitud.

Una vez que se integre al *Despertar de la gracia*, la libertad que tanto añoró será un estímulo para usted y un atractivo para los demás, por el resto de su vida

Charles Swindoll
Fullerton, California, EE.UU.A.

La moralización y legalización del evangelio de la gracia de Dios es una pobre herejía que se trata de diseminar entre personas desilusionadas que se sienten defraudadas porque no han recibido lo que tampoco tienen razón de esperar.

—Richard J. Neuhaus

CAPITULO UNO

¡La gracia es realmente maravillosa!

Hay asesinos que andan sueltos. El problema es que no se los identifica fácilmente. No usan prendedores distintivos que los delatan, ni portan señales para advertir a la gente que se mantenga alejada. Por el contrario, muchos de ellos andan con la Biblia bajo el brazo y parecen ciudadanos decentes, agradables, respetuosos de la ley. La mayoría de ellos pasan mucho tiempo en las iglesias, y algunos ocupan posiciones de liderazgo. Muchos de ellos son tan respetados en su comunidad que la gente jamás pensaría que en la casa de al lado vive un asesino.

Son personas que matan la libertad, la espontaneidad y la creatividad; matan la alegría y la productividad. Matan con sus palabras, con sus lapiceras, con sus miradas. Matan más con sus actitudes que con su comportamiento. No hay iglesia, organización cristiana, entidad misionera o ministerio radial o televisado que escape a ese peligro. Lo sorprendente es que estos asesinos puedan concretar sus planes, día tras día, sin que nadie los ponga en evidencia. Es extraño, pero los mismos ministerios que no tolera-

rían una herejía ni diez minutos, se hacen a un lado, y dejan la pista libre para que estos asesinos manejen y manipulen a otras personas de las maneras más perniciosas imaginables. Se tolera su intolerancia. Sus espíritus que juzgan quedan sin juzgar. Se pasan por alto sus tácticas agresivas, y se justifica o se defiende su estrechez mental. La esclavitud que ejercen sería considerada criminal, si no fuera tan sutil y no viniera envuelta en una apariencia de suprema espiritualidad.

Ahora mismo, en este mismo momento, hay millones de personas que viven ahogadas por la vergüenza, la culpa, la intimidación, cuando debieran ser personas productivas y libres. La tragedia es que piensan que así es como tienen que ser las cosas. Nunca han conocido la verdad que las puede hacer libres. Son víctimas, existen como si estuvieran esperando la pena de muerte, en lugar de disfrutar de la belleza y la frescura de la vida abundante que vivió Cristo y que puse al alcance de todos sus seguidores. Desafortunadamente, la mayor parte de esas personas no tienen ni idea de lo que se están perdiendo.

Eso, dicho en una sola palabra, es la *gracia*. Eso es lo que de manera constante se le arrebató a la gente. Los que no están conformes con negarla han decidido analizarla en debates. Como en los tiempos de la Reforma protestante, la gracia ha vuelto a ser como una pelota de fútbol en el campo teológico: teólogos, predicadores, eruditos y estudiantes, la patean de una punta a otra del estadio. Discuten sobre la terminología, tratando de sacarse ventaja los unos a los otros. Es uno de esos clásicos debates en que nadie es ganador, donde el tema se menosprecia, y las masas que contemplan la batalla desde las graderías quedan confundidas, polarizadas y, lo que es peor, aburridas. La gracia es para ser recibida y vivida en plenitud, no algo para disecar, analizar y discutir. ¡Basta de lo mismo! Es hora de despertar a la gracia, de liberarla, de dejar de negarla . . . para empezar a disfrutarla y compartirla libremente, en lugar de discutir sobre ella.

La gracia que se recibe pero no se expresa, es gracia muerta. Perder el tiempo discutiendo cómo se recibe la gracia o cuánta consagración es necesaria para alcanzar la salvación, sin alcanzar a comprender lo que significa vivir por gracia y disfrutar de la magnífica libertad que ella concede, conduce rápidamente a una estéril discusión. Se vuelve una más de tantas empresas tediosas y

triviales en las que pierden su tiempo la mayor parte de los creyentes, mientras miran hacia el pasado y se preguntan: "¿Cómo la recibimos?", en lugar de mirar hacia el futuro y proclamar: "¡La gracia nos pertenece . . . vivamos en ella!" Matamos la gracia cuando la negamos o discutimos sobre ella. Mi ruego es que la reclamemos, y permitamos que nos libere. Cuando lo hagamos, la gracia llegará a ser lo que debió ser, algo maravilloso. Cuando eso suceda, toda nuestra apariencia se transformará.

ROSTROS QUE DICEN "NO", Y ROSTROS QUE DICEN "SÍ"

El doctor Karl Menninger, en un libro titulado *The Vital Balance* (El equilibrio esencial), analiza la personalidad negativista. Es ese tipo de personas que dicen no a todo. Menninger llama a esos individuos "pacientes problematizados", y menciona varias cosas que caracterizan sus vidas: nunca han hecho un préstamo que involucrara riesgo, nunca han votado por una causa liberal, nunca han dado su respaldo a nada extravagante. ¿Por qué? El sugiere que es porque no pueden permitirse el placer de dar. Los describe en términos muy gráficos: " . . . individuos rígidos, crónicamente insatisfechos, llenos de amargura, inseguros, y a menudo proclives al suicidio."¹

Yo agregaría un rasgo más: nunca se han permitido ser libres. Siguen aprisionados tras las rejas de sus preocupaciones triviales y sus sospechas, y han aprendido a sobrevivir en un estado de esclavitud que les impide ver más allá de las exigencias cotidianas de la vida. Como carecen de gracia, han reducido la vida a reglas y normas esenciales para sobrevivir. Su Dios es demasiado pequeño, su mundo es demasiado rígido y, por lo tanto, sus rostros proclaman un rotundo "¡No!"

Estoy convencido de que la libertad que produce la gracia es lo único que puede cambiarnos comenzando desde adentro. Es tan extraordinaria que no sólo cambia nuestro corazón sino también nuestro rostro. ¡Y la verdad es que algunos de nosotros lo necesitamos de manera imperiosa! ¿Fue usted criado por padres cuyos rostros decían "No"? ¿O está casado con alguien con un rostro "No"? Si es así, seguramente ha envidiado a aquellos cuyos padres o cónyuges tenían rostros que expresaban "Sí". Todos nos

sentimos atraídos por esos rostros que nos dan una bienvenida y nos imparten ánimo.

Mientras era presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Thomas Jefferson y un grupo de compañeros iban recorriendo el país a caballo. Llegaron a un río que se había salido de cauce debido a unas lluvias recientes. El río crecido había arrasado el puente. Los jinetes se vieron obligados a vadear el río montando sus cabalgaduras, arriesgando sus vidas a causa de la fuerte correntada. El enorme riesgo que amenazaba a cada uno de los hombres hizo que otro viajero, que estaba a pie, se detuviera a contemplarlos. Después que varios de ellos habían llegado seguros a la otra orilla, el extraño le preguntó al presidente Jefferson si podía cruzar montado en su cabalgadura. El presidente asintió sin vacilar. El hombre se trepó al anca del caballo, y poco después ambos llegaban seguros al otro lado del río. Cuando el recién llegado se bajó del caballo y pisó tierra firme, uno de los viajeros le preguntó: —Dígame, ¿por qué eligió al presidente para pedirle este favor?

El hombre se sintió impactado, ya que no tenía la menor idea de que fuese el presidente de la nación el que lo había ayudado. —Todo lo que sé —respondió—, es que en algunos de los rostros estaba escrita la respuesta "No", y en otros estaba escrita la respuesta "Sí". El rostro del presidente era un rostro que decía "Sí".²

La libertad es la que les da a las personas un rostro que dice "Sí". Estoy seguro de que Jesús tenía ese tipo de rostro. Nunca lo he visto, pero estoy convencido, basado en lo que he leído sobre él, que era así. ¡Cómo debe haber contrastado con sus semejantes! Estaba rodeado de hombres letrados, religiosos, *rectos*, que sabían citar la ley, hombres profesionales cuyo aspecto denotaba un rotundo "¡No!" Piadosos en apariencia, criminales en realidad . . . pero ni una gota de su veneno se infiltró en la vida de nuestro Señor; por el contrario, él cambió la orientación de la religión, porque proclamaba "Sí", mientras todos sus colegas profesionales fruncían el entrecejo y anunciaban "No". Eso me ha intrigado por años. ¿Cómo podía ser? ¿Qué lo mantuvo libre de caer en las garras de ellos? En pocas palabras, *la gracia*. Estaba tan lleno de gracia y de verdad, que no le quedaba espacio para alojar el veneno legalista.

Cuando pensaba en los días pasados con Jesús, Juan (uno de los doce), recuerda que había algo en él que era distinto a cualquier otra persona. Sus discípulos vieron "su gloria". Su peculiaridad era esa increíble "gloria", una gloria que representaba la presencia misma de Dios. Y además, este ser glorioso, Jesús, estaba "lleno de gracia y de verdad". Deténgase, y deje que ese concepto penetre en su mente. Era su gloria, combinada con la gracia y la verdad, lo que hacía de él una persona totalmente diferente. En un mundo tenebroso y opresivo, lleno de reglas, normas, imposiciones y expectativas planteadas por los hipócritas líderes religiosos, Jesús vino y sirvió de una manera distinta: él solo, lleno de gracia y lleno de verdad, trajo una nueva forma de vida, totalmente diferente.

Y al pensar en ese carácter único, Juan agrega: "Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia" (Juan 1:16).

Tome nota de cómo se relaciona con Juan 1:14. Primero Juan había escrito: "Vimos su gloria", y luego agregó: "De su plenitud tomamos todos." Juan y los otros discípulos sufrieron un tremendo impacto con esa experiencia. La gracia llegó en abundancia haciendo de ellos personas diferentes. Llegaron a ser como Cristo. Estos hombres absorbieron su tolerancia, aceptación, amor, calidez y compasión, a tal punto, que sus vidas fueron transformadas. Hacia el final del primer siglo, el ministerio de esos mismos hombres había producido un tremendo impacto en el mundo romano.

Juan pone el broche de oro a sus observaciones iniciales resumiendo la diferencia entre dos estilos de ministerios contrastantes: "Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo" (Juan 1:17).

Con la ley mosaica vinieron las exigencias, las reglas, las normas. Con esas severas exigencias vinieron las expectativas exasperantes, que agregaban combustible al fuego encendido por los fariseos. Al agregar normas a la ley, los fariseos no sólo ampliaron la lista sino que intensificaron la culpa y la vergüenza de toda la gente. Obsesionados por el deber, por la conducta visible, y por un constante análisis de lo correcto y lo incorrecto (especialmente en la vida de los demás), promovieron un sistema tan opresivo que no quedaba lugar para la alegría. Esto dio lugar a pronunciamientos duros, severos y que prejuizaban, ya que el sistema religioso que instauraron se degeneró en un sistema de

apariencias externas más que de autenticidad interna. La obediencia llegó a ser cuestión de una amarga compulsión más que la expresión gozosa nacida del amor.

Pero cuando "la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo", una revolución espiritual largamente añorada empezó a poner en libertad a los que la religión tenía cautivos. El yugo de la esclavitud provocada por la culpa fue reemplazado por una renovada motivación de seguir en verdad a Jesús, como pura reacción a una devoción profunda. En lugar de enfocar las obras de la carne, Jesús habló acerca del corazón. En lugar de exigir que el pecador cumpliera una larga lista de requisitos, puso énfasis en la fe, aunque ésta fuera tan pequeña como un grano de mostaza.

El cambio generó libertad, como el mismo Señor enseñó: "Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Juan 8:32). Por fin, la religión rígida y estéril era reemplazada por una relación orientada por la gracia, por una gracia liberadora. A sus seguidores les encantaba. Sus enemigos odiaban su enseñanza, y lo odiaban a él. No cabe duda de que los primeros asesinos de la gracia fueron los fariseos.

GRACIA: ¿QUE SIGNIFICA ESTA PALABRA?

¿Qué es exactamente la gracia? ¿Está limitada a la vida y el ministerio de Jesús? Le sorprenderá saber que Jesús mismo nunca usó la palabra. Solamente enseñaba sobre ella, y lo que es igualmente importante, la vivía. Más aún, la Biblia nunca la define en una sola frase, aunque la gracia aparece a lo largo de todas sus páginas . . . y no sólo aparece el término en sí, sino también incontables manifestaciones de la gracia. Para entender lo que significa la palabra gracia, debemos retroceder hasta un término hebreo antiguo, que significaba "agacharse, inclinarse". Con el tiempo, llegó a incluir la idea de "conceder un favor".

El fallecido pastor y maestro de la Biblia, Donald Barnhouse, probablemente sea quien mejor lo expresara: El amor que asciende es adoración; el amor que sale hacia afuera es afecto; el amor que se inclina es gracia.³

Mostrar gracia es extender favor o bondad hacia alguien que no la merece y que jamás puede ganarla. El hecho de ser aceptados por Dios por gracia, está en total contraste con el intento de ganar

su favor por medio de las obras. Cada vez que aparece la idea de la gracia, tiene la connotación de algo que no se merece. De ninguna manera el que la recibe está obteniendo algo que el o ella se merece. De la generosidad del corazón del que da es que se extiende el favor.

Recuerdo vívidamente la última vez que recibí castigo corporal siendo niño. Era justo el día que cumplí los trece años. Yo acababa de ingresar al sofisticado mundo del adolescente, y me consideraba un ser especial. Pero mi padre no estaba ni remotamente impresionado como yo lo estaba con mi enorme importancia y la independencia que acababa de descubrir. Yo estaba recostado en mi cama. El estaba afuera, un sofocante día de otoño, desmalezando el jardín. —Charles, ven a ayudarme a limpiar el jardín —me llamó.

Yo contesté algo así como: —No, es mi cumpleaños, ¿no lo recuerdas?

Mi tono era atrevido, y mi deliberada falta de respeto resultaba elocuente. Yo sabía bien que no convenía desobedecer a mi papá; pero, después de todo, ya estaba en la madura edad de los trece. Ese día mi padre batió un nuevo récord de los 100 metros llanos. Entró a la casa y me castigó hasta que llegamos al jardín. Lo que recuerdo es que estuve sacando malezas hasta que la luz de la luna se reflejaba en los pensamientos.

Esa misma noche me llevó de sorpresa a cenar afuera. Primero me había dado lo que me merecía. Y después me dio lo que no me merecía. Esa cena de cumpleaños fue por gracia. Concedió una gracia a un jovencito rebelde. Esa noche disfruté lo que un gran teólogo llamado Benjamín Warfield denominó "el gratuito favor soberano hacia el que nada merece".⁴ Disfruté de la gracia.

Debo enfatizar una cosa más sobre la gracia: es absoluta y totalmente gratuita. Nunca se le pedirá que la pague. Y tampoco podría pagarla, aunque lo intentara. A muchos de nosotros nos causa problemas este pensamiento, porque nos ganamos con trabajo todo lo que tenemos. Pero en este caso, la gracia se nos concede libre de gravámenes, sin condiciones. No deberíamos intentar retribuirla porque sería un insulto.

Imagínese que va a la casa de un amigo que lo ha invitado a comer. Después de saborear una deliciosa cena, escuchan una música muy agradable y conversan. Finalmente, usted se pone de

pie y toma su abrigo para marcharse. Pero antes de retirarse, mete la mano en el bolsillo y pregunta: "¿Cuánto te debo?" ¡Qué insulto! Eso no se hace con una persona que amablemente nos ha invitado a cenar. ¿No debe extrañarnos, entonces, que el mundo esté lleno de personas que piensan que deben hacer algo para retribuir a Dios? De alguna forma desean que Dios les devuelva una sonrisa si realmente los ve trabajando duro para merecer su aceptación; pero entonces serían aceptados por sus propias obras. Y no es así con la gracia.

Ahora que Cristo vino, murió y satisfizo las exigencias del Padre respecto al pecado, todo lo que necesitamos hacer es pedir su gracia, aceptando el gratuito don de la vida eterna. Nada más. Dios nos sonríe por causa de la muerte y la resurrección de su Hijo. Es por gracia, amigo, por la maravillosa gracia. ¡Y eso basta para transformar el rostro de cualquier persona en un rostro que dice "Sí"!

LAS MUCHAS FACETAS DE LA GRACIA

Con la palabra gracia describimos muchas cosas en la vida:

- Un atleta o un bailarín muy coordinado
- Los buenos modales y las actitudes consideradas hacia la gente
- Las palabras hermosas y bien elegidas
- La consideración y el interés por las personas
- Diversas expresiones de amabilidad y misericordia

Estos enunciados me recuerdan a Cristo. ¡Qué perfecta ilustración de la gracia! Pensemos en algunos ejemplos. Habló a favor de una mujer descubierta en adulterio. La ley establecía claramente que debía morir apedreada. Los asesinos de la gracia que venían a denunciarla exigían eso. Sin embargo, a los fariseos que se creían tan justos, Jesús les dijo: "El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella." ¡Cuánta

gracia! Según la ley, tenían todo el derecho de sepultarla bajo las piedras . . . y estaban listos para hacerlo, pero Jesús intervino con su gracia.

Cuando su hermano Lázaro murió, Marta fue a encontrar a Jesús en el camino, y luego María le habló cuando llegó a la casa. Ambas lo acusaron de no haber venido antes. "¡Si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto!" Las palabras están cargadas de reproche. Pero Jesús las recibió con gracia. Con sólo mover la mano, podría haberlas dejado sin vida; pero prefirió no discutir con ellas. Eso es gracia.

Cuando Jesús narraba relatos, la gracia era un tema favorito. Demostró gracia al tratar con los niños, y al hablar del hijo pródigo. Cuando hablaba de personas que estaban en situaciones desesperantes, la gracia abundaba . . . como en el caso del buen samaritano. Y en lugar de alabar al funcionario religioso que proclamaba lo orgulloso que debía estar Dios de contarle entre los suyos, Cristo sonrió con gracia al desconocido pecador que expresaba: "Dios, sé propicio a mí, pecador." Aun desde la cruz se negó a mostrarse airado hacia sus enemigos. ¿Recuerda su plegaria? "Padre, perdónalos" No hay resentimiento, no hay amargura. ¡Qué maravillosa gracia! Y es sorprendente la libertad y el alivio que produjo. Esa gracia era otorgada en toda su plenitud por el único ser en la tierra que tenía poder ilimitado, el Hijo de Dios.

Mi ruego es que no la limitemos a él. Nosotros también podemos aprender a ejercer esa misma gracia, y debemos ejercerla, no sólo en palabras, no sólo en grandes actos de misericordia y comprensión, sino en las pequeñas cosas de todos los días.

ALGUNAS EXPECTATIVAS PRACTICAS

Quiero concluir este primer capítulo mencionado cuatro expectativas concretas que pueden convertirse en realidad cuando usted comprende bien lo que es la gracia.

En primer lugar, apreciará más plenamente los dones que Dios nos da. ¿Qué dones? Son varios los que me vienen a la mente. El gratuito don de la salvación (que analizaremos en profundidad en el próximo capítulo). El don de la vida. El don de la alegría, de la música, de la belleza, de la amistad, del perdón. Aquellos que

reclaman la libertad que Dios ofrece aprecian más los dones que vienen con la vida.

Segundo, *perderá menos tiempo y energía criticando y preocupándose por las decisiones de los demás.* Cuando usted entiende cabalmente lo que es la gracia y comienza a moverse en un contexto de libertad, su mira será cada vez más amplia. Permitirá que los demás tomen sus propias decisiones, aun cuando difieran de las suyas.

En tercer lugar, *puede esperar ser más tolerante y juzgar menos a las personas.* Las apariencias no significarán tanto para usted cuando haya terminado de leer este libro. Empezará a cultivar el deseo de una fe auténtica en lugar de soportar una religión basada en las demostraciones superficiales. Estará tan involucrado en su propia búsqueda de la gracia, que dejará de acosar y de hacer sentir culpables a los que piensan diferente.

En cuarto lugar, *dará un enorme paso hacia la madurez.* A medida que su mundo se vaya expandiendo, en virtud de ese despertar en su comprensión de la gracia, su madurez se irá profundizando. Será una transformación tan grande que su vida cambiará totalmente.

CAPITULO DOS

Un verdadero don

Pensemos por unos momentos en el vocablo herejía. Para empezar, responda a la siguiente pregunta: ¿Cuál considera usted *la herejía más peligrosa del mundo*? La que yo tengo en mente no es tan descarada ni horrible como para hacer sonrojar a los ángeles. Es sutil y casi atractiva. Por muchísimo tiempo ha sido la favorita de muchas personas. En realidad, está presente desde los tiempos del huerto del Edén. Permítame darle algunas pistas:

- Es una filosofía que podemos encontrar en muchos libros de autoayuda, en muchos poemas, y en muchas biografías sobre pobretones que se hacen ricos.
- Es un tema recurrente en muchos discursos políticos y en actos de graduación. Florece en el ambiente académico.
- Alimenta nuestra soberbia, estimula nuestra tendencia al egocentrismo, complace nuestra carnalidad.

En una palabra, es el humanismo.

ADVERTENCIA: UNA HEREJIA ANDA SUELTA

El humanismo tiene una apariencia correcta e inspiradora. "Llegue a lo más profundo de su ser y móltvese lo suficiente, y podrá lograrlo todo por sí mismo. Podrá resistir cualquier dificultad. Nada estará fuera de su alcance; siga adelante . . . ¡escale cada vez más alto! Usted puede hacer de su persona lo que quiera. ¡Hasta puede alcanzar el cielo!"

Eso que parece tan correcto, en realidad es una herejía, y es la que yo considero como la más peligrosa del mundo. ¿En qué consiste? *En enfatizar lo que nosotros hacemos por Dios, en lugar de lo que Dios hace por nosotros.* Algunos están tan convencidos de lo contrario, que me lo discutirían con vehemencia. Son los que con frecuencia declaran que su versículo favorito de la Biblia es: "Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos", aunque en realidad no hay ningún versículo en la Biblia que diga eso. El hecho es que Dios ayuda a los desvalidos, a los que no se lo merecen, a los que no cumplen con las expectativas. A pesar de todo, esta herejía tiene más auge ahora que en cualquier otra época de la historia. Muchas personas se ven a sí mismas como los "amos" de su propio destino, "capitanes" de sus propias almas. Esta es una antigua filosofía muy enraizada en el corazón humano. ¿Cómo habría de ser de otra manera? Esta filosofía respalda al tema favorito de la humanidad de todos los tiempos: el yo.

Veamos una de las primeras veces en que levantó cabeza, al comienzo de las Escrituras. Muchos, muchos siglos antes de Cristo, aun antes de que hubiesen surgido las diversas lenguas y dialectos, tribus y naciones, el pueblo de la tierra vivía en un área llamada Sinar y hablaba la misma lengua universal. Por voto unánime decidieron construir una estructura enorme, una torre, cuya cúspide alcanzaría al mismo cielo. El relato bíblico dice así:

"Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras. Y aconteció que cuando salieron de oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: Vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre,

cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra" (Génesis 11:1-4).

La Biblia al Día dice que llamaron a esta construcción "un monumento soberbio y eterno a ellos mismos". ¿No resulta atractivo? ¿No suena como algo que atraería la atención de todo el mundo? ¿Nadie podía resistir algo así! Era una oportunidad única en la vida. Me puedo imaginar a la "Cámara de Comercio" de Sinar promoviendo un nuevo lema: "Gloria al hombre en las alturas", mientras reclutaban obreros. Todo el mundo colaboró en esa empresa.

Esta torre siempre me ha intrigado, especialmente en lo que se refiere a la cúspide que llegaría "al cielo." Recuerdo cuando era niño, en la escuela dominical, y me mostraban figuras de la torre de Babel. Todas las figuras mostraban el extremo superior perdiéndose entre las nubes. En mi mente infantil, daba por sentado que la torre literalmente penetraba los cielos hasta el mismo trono de Dios. Pero no había forma de que semejante estructura hubiese podido ser erigida. Era viable hacer construcciones de tamaño muy grande, pero nunca algo de esa envergadura.

Estudié este pasaje bastante a fondo y supe que hace unas décadas se llevó a cabo una extensa excavación en la tierra de Sinar. No se encontró una torre, sino varias, los *zigurats*, estructuras cónicas con un camino espiralado alrededor, para subir por ellas. Y entre esas diversas viviendas cónicas de la región, había una torre que sobresalía entre las demás. Hay muchas posibilidades de que se trate de la torre a que hace alusión Génesis 11. Lo más interesante es que se descubrió que en esta torre en particular estaban inscritos los signos del zodiaco en la parte de piedra del cono en dirección a la cúspide. Los signos y símbolos que representaban los espacios estelares, comúnmente llamados "cielos", aparecían en la cúspide de la torre. Era como si fuese un antiguo altar allí en la altura . . . como si expresara: "Qué bueno es Dios. Nos contempla desde arriba, mira nuestra ciudad y se complace con nuestros esfuerzos. Piensen en la fama que tendremos cuando alcancemos renombre. Dios no podrá sino darnos su bendición por todo lo que hemos logrado." Eran los tiempos de oro del humanismo.

Pero en realidad, ¿qué pensó Dios acerca de esta original construcción dedicada a la gloria del hombre? Para empezar, de inmediato penetró en lo íntimo de sus pensamientos:

"Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer" (Génesis 11:5, 6).

No se equivoque. El esfuerzo humano puede lograr resultados increíbles. Nadie debería subestimar la habilidad de los seres humanos. Dios mismo lo reconoce, porque vemos que dice: "Esto es sólo el comienzo de toda una vida en la misma tendencia. No hay límites. Lo que se propongan, lo van a hacer." Y entonces Dios hizo algo que detuvo la obra.

"Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero" (Génesis 11:7).

(Lea cuidadosamente los próximos dos versículos. Observe que Dios nunca destruyó la torre de Babel; los obreros deliberadamente la dejaron inconclusa.)

"Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de la tierra" (Génesis 11:8, 9).

Me pregunto cuántas generaciones que cruzaron la región de Sinar, y contemplaban cómo el tiempo deterioraba lentamente las torres. Sin embargo, creo que el número de personas no fue suficiente. La humanidad no aprendió la lección que Dios se proponía enseñarle en Babel. En lugar de ello, parece que hemos restaurado y vuelto a entronizar aquello que Dios se proponía eliminar. Muchos somos los que seguimos creyendo que si hacemos lo que tenemos ganas de hacer, llegaremos a ser lo que debemos

ser. "Quiero construir una torre", anuncia alguien. ¿Por qué? "Porque quiero ser famoso. Quiero que la gente me conozca, ser grande. Necesito alcanzar ese sentido de logro, el sentimiento de orgullo que produce el hacerme famoso. ¡Lo haré a mi manera!" Dios se inclina y nos dice: "Jamás lo lograrás." Pero a pesar de ello, las torres hechas por nosotros mismos siguen erigiéndose. Después de todo: "Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos", proclaman confiadamente los constructores. Pero sus esfuerzos centrados en sí mismos son una herejía . . . un evangelio de obras, un feroz asesinato de la gracia.

DEFENSA: LA VERDAD EN EL PATIBULO

Mientras la mayor parte del mundo está ocupada construyendo torres con la esperanza de hacerse conocer y ganar fama, la verdad de Dios es la que pone las cosas en su lugar. Es mi ruego, en base a su Palabra, su Santo Libro, que simplemente admitamos nuestra necesidad y nos apropiemos de la gracia de Dios. En lugar de luchar por conseguir un boleto al cielo basado en los elevados logros y el gran esfuerzo personal (que nos da a *nosotros* todo el mérito), sugiero que declaremos con franqueza nuestra bancarrota espiritual y aceptemos el libre don de la gracia de Dios. "¿Por qué?", me preguntará usted. "¿Por qué no puedo enfatizar lo que yo hago para Dios en lugar de enfatizar lo que él hace por mí?" Porque eso es una herejía, simple y llana. ¿Cómo? Porque al exaltar mi propio esfuerzo y luchar por alcanzar mis propios logros, estoy insultando la gracia de Dios y arrebatándole el mérito que sólo le corresponde a él.

Dejemos la región de Sinar con su ciudad de torres, y concentremos nuestra atención en un hombre que vivió poco tiempo después de ese hecho. Se llamaba Abraham . . . y era un hombre que, por lo que sabemos, tenía su fama ganada y muy buena reputación. Sin embargo, cuando se trataba de sus derechos delante de Dios, no había nada en él que mereciera la aceptación de Dios. Esto se expresa muy claramente en Romanos 4:1, 2:

"¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios."

Esa última frase es impactante. Toda persona que haya alcanzado muchos logros tiene de qué vanagloriarse delante de los demás. La gente se impresiona con los éxitos humanos. La persona recibirá aplausos y le reconocerán méritos. Honrarán su nombre. Le harán una estatua de bronce o nombrarán escuelas o calles en su honor una vez que haya muerto. No cabe duda de que tiene de qué jactarse ante los demás mortales. Pero de acuerdo a la afirmación de Romanos 4, no tiene de qué jactarse delante de Dios. Ni siquiera un gran hombre como Abraham podía ganarse el favor y la bendición de Dios.

Si analizamos esto a fondo, nos damos cuenta de que no fue el resultado del esfuerzo de Abraham lo que logró el favor de Dios; fue el resultado de la enorme gracia divina. Sin que contara para nada todo lo que Abraham tuviera o hubiese ganado, todo lo que hubiera adquirido o comprado, Dios lo declaró justo. Dios "justificó" a Abraham.

"Llegó el día en que, en las cuentas de Dios, el pecador Abraham fue repentinamente declarado justo. No había nada en Abraham que motivara ese hecho; nació de Dios y alcanzó al hombre en gracia soberana. Dios revistió de justicia a un pecador. Al hacer las cuentas, se consideró la propia justicia de Dios, y eso fue lo que se acreditó y reconoció. El mismo Señor Dios, por un acto de gracia nacido de su amor soberano, se inclinó sobre el libro y borró todo lo que había en contra de Abraham, y luego escribió que él, Dios . . . acreditaba . . . a este hombre Abraham como perfecto, aun cuando Abraham en sí mismo era pecador. Eso es la justificación."¹

¿Cómo podría alguien decir que un gran hombre como Abraham era "pecador"? Bueno, cuando nos fijamos en los antecedentes de su vida (o de cualquier vida), lo sabemos. Muy en lo íntimo de Abraham, había un vacío. Estaba muerto espiritualmente. A pesar de todas las posesiones y de la fama que tenía como hombre, había un trasfondo de idolatría (según el capítulo 24 del libro de Josué, en el Antiguo Testamento). Había sido criado por un hombre idólatra. Se había casado con una mujer que venía de la misma región idólatra. Por nacimiento, por naturaleza y por

elección, Abraham era un pecador. Sin embargo, Dios, en su gracia soberana, pasó todo eso por alto. Y cuando oyó decir a Abraham: "Sí, creo", Dios, en su gracia, acreditó a nombre de Abraham una perfección absoluta. Las Escrituras llaman a esto "justificación".

¿Puedo sugerir una definición? La justificación es el acto soberano de Dios por el cual declara justo al pecador que ha creído, a pesar de que continúa en un estado pecaminoso. Aunque Abraham (después de creer y de ser justificado) seguía pecando de tanto en tanto, Dios escuchó a Abraham cuando éste decía: "Creo . . . creo en ti." Y Dios lo reconocía justo. Esto sucedió a pesar de que Abraham continuaba en un estado pecaminoso. Pero nunca más debía preocuparse por el lugar que ocupaba delante de Dios. Recibió lo que no merecía ni podía ganar por su cuenta. Una vez más, le recuerdo, eso es gracia. ¿Será único Abraham? La respuesta se encuentra en los dos versículos siguientes:

"Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia" (Romanos 4:4, 5).

La mayoría de las personas que conozco están a la expectativa del día de pago. Usted también, ¿no es verdad? Por una semana, o quizás por una quincena, se dedica con esmero al trabajo. Cuando llega el día de pago, recibe por su esfuerzo un cheque bien ganado, totalmente merecido. No he conocido a nadie que se incline ante su patrón y le diga: "Gracias, muchísimas gracias por este obsequio maravilloso que no merezco. ¿Cómo podré agradecerse?" Si lo hiciéramos, nuestro empleador se desmayaría. Por cierto, pensaría: *¿Qué le pasa a este tipo?* ¿Por qué? Porque el cheque no es un obsequio. Usted se lo ha ganado. Se lo merece. ¡Cámbielo! ¡Gástelo! ¡Ahórrelo! ¡Inviértalo! ¡Regálelo! Después de todo, se lo ganó con esfuerzo. En el campo laboral, donde los salarios se negocian y se discuten, no hay tal cosa como la gracia. Ganamos cada centavo que recibimos; trabajamos por nuestra paga. No se nos cuenta "el salario como gracia, sino como una deuda".

Pero con Dios la economía funciona de una manera totalmente diferente. No hay una relación de empleador/empleado con Dios. En términos espirituales, usted y yo no nos hemos merecido otra

cosa que la muerte. Nos guste o no, estamos en total bancarrota, sin esperanza para la eternidad, sin mérito espiritual alguno; no hay nada en nosotros que nos gane el favor en los ojos de nuestro Padre celestial, santo y justo. No hay nada que podamos ganarnos para que él diga: "Ajá, ahora quizás ya te merezcas una vida eterna conmigo." No hay manera de lograrlo. En realidad, el individuo que vive moralmente no está en mejores condiciones de merecer el favor de Dios que aquel que ha hecho de su vida un desastre total y vive en constante desobediencia moral. Todo el que desee ser justificado eternamente debe llegar a Dios de la misma forma: en base a la gracia; la justificación es un regalo. Y ese regalo nos llega en forma totalmente gratuita. Toda otra forma de considerar la salvación es herejía lisa y llana.

Hasta ahí llegamos con Abraham. Nuestra próxima parada es en Romanos 5. Este pasaje me ayudará a explicar cómo fluye ese don gratuito hacia nuestras vidas y hacia la vida de todos los que creen.

"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo" (Romanos 5:1).

Estudie cuidadosamente estas palabras. Nosotros, habiendo sido justificados por la fe no por obras, obtenemos aquello que añoramos tanto: la paz con Dios. ¿Por nuestros méritos? Jamás. El versículo afirma que hemos sido justificados por la fe. Es por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien pagó la deuda total y definitiva por el pecado cuando murió en la cruz en nuestro lugar. El pecado contra Dios debía ser pagado con la muerte. Y Jesucristo, el perfecto sustituto, hizo el pago único y definitivo a nuestro favor. Eso le costó la vida. Y como resultado, Dios otorga el don gratuito de la salvación a todo el que cree en su Hijo.

Puesto que este concepto resulta esencial para comprender la gracia, he dedicado este segundo capítulo a presentar una declaración y una explicación del gratuito don de la salvación. Una vez que aprehendemos su significado vertical como regalo gratuito de Dios, automáticamente surge gran parte de la gracia horizontal, la que manifestamos hacia los demás. Una vez que aceptamos esa verdad, tan pocas veces proclamada de que no hay nada que podamos dar a Dios o nada con que podamos impactarlo para que

se sienta motivado a considerarnos como justos, estaremos listos para recibir su regalo gratuito.

Esto suena muy simple. Y lo es, excepto por un problemático obstáculo. Es el problema del pecado. No hay cantidad de instrucción, de lectura, de asistencia a la iglesia, que resuelva nuestro problema: estamos contaminados por el pecado.

"Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron" (Romanos 5:12).

Le recomiendo aprender un poco de teología. Es vital para entender y valorar la gracia. Nacimos en enemistad con Dios. El mismo pecado que introdujo Adán ha contaminado toda la raza humana. Nadie es inmune a la enfermedad del pecado. Y no hay logro humano que pueda borrar la mancha interior que nos separa de Dios. Puesto que Adán pecó, todos pecamos. Esto nos lleva a un conclusión: todos necesitamos ayuda. Necesitamos perdón. Necesitamos un Salvador.

Entonces . . . ¿cómo salimos de este desastre? Lea lenta y cuidadosamente los próximos dos versículos:

"Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Romanos 5:18, 19).

¡Extraordinario! ¡Qué noticia tranquilizadora!

A usted tal vez le gustaría preguntarme: "¿Quiere decir que con sólo creer en Jesucristo puedo alcanzar vida eterna con Dios, recibir el perdón de mis pecados, un destino seguro en los cielos, y mucho más sin que yo haga ningún esfuerzo por mi parte?" Sí, eso es precisamente lo que enseñan las Escrituras. Y le recuerdo, esto se llama *gracia*. Ese fue el tema de toda la Reforma protestante. La salvación se ofrece por gracia divina, no por obras humanas.

¿Quiere un ejemplo bíblico clásico? ¿El de un hombre que estaba exhalando su último aliento? El hombre que tengo en la mente es uno que estaba agonizando sobre una cruz, colgado junto a Jesús cuando nuestro Señor fue crucificado. ¿Recuerda la escena?

El hombre le dijo a Jesús: "¡Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino!" Esas eran palabras llenas de fe, una simple afirmación hecha por un hombre que había sido un incrédulo durante toda su vida. Repentinamente, con su último aliento (incapaz de hacer una sola obra religiosa . . . ¡ni siquiera ser bautizado!), se vuelve hacia Cristo, suspendido en total impotencia en la cruz, y cree. Declara su fe en Cristo: "Señor, acuérdate de mí." Y Jesús le contesta con esta promesa: "De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso." La fe del hombre, sin obras, sin condiciones, fue premiada por la gracia de Jesús.

Volvamos una vez más a Romanos 5, ahora en el v. 20, donde leemos: "Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia." ¡Y en qué forma sobreabundó! Algunos interpretan equivocadamente el pasaje y suponen que hay algo malo con la ley si lo que produce es mayor transgresión. Pero es una suposición incorrecta. Permítame ponerlo en otras palabras. Cuando vino la ley, nuestra transgresión quedó identificada, y aumentó nuestra culpa. Al leer por primera vez: "No [harás esto] . . . No [harás aquello] . . . No [harás lo otro] . . .", nos dimos cuenta de qué era el pecado. Las exigencias de Dios son justas, sus mandamientos son puros y limpios. Son las expectativas que Dios tiene para un pueblo santo. Vino la ley, estableciendo cuáles eran las exigencias de Dios para satisfacer sus pautas de santidad, pero no pudimos cumplirlas. La ley siguió machacando: "¡No . . . no . . . no . . . !" Pero aun así la humanidad siguió fallando. La ley nos presentó las exigencias de la perfección, pero no nos dio auxilio ni estímulo para cumplirlas. Lo que sí hizo la ley fue identificar las faltas e intensificar la culpa. Y eso es lo que continúa haciendo. Hasta el día de hoy, la ley nos hace penosamente conscientes de nuestra maldad.

Recuerdo cuando era apenas adolescente, uno de mis primeros trabajos fue el de repartir diarios. Era un buen trabajo y me mantenía alejado de las travesuras, pero me llegó a cansar.

Después de una larga tarde en la que había doblado unos doscientos periódicos, los había distribuido y regresaba a casa en

bicicleta, recuerdo que pasé junto al amplio jardín trasero de la casa que quedaba en diagonal a la nuestra. Pensé: *Estoy cansado . . . no necesito hacer todo el camino hasta la esquina y rodear este enorme jardín. Puedo atravesarlo y estaré en casa en un santiamén.* Era un desvío fácil y rápido. La primera vez que lo hice sentí una pizca de culpa mientras pedaleaba sobre el corto y mullido césped. Debo decirles que era un jardín bellissimo. Para empeorar las cosas, nuestro vecino tenía un especial apego por su jardín. Yo lo había observado trabajando en él semana tras semana. A pesar de ello, pensé que no le afectaría que lo hiciera sólo una vez. La tarde siguiente venía pedaleando por la misma calle, y pensaba: *¿Me pregunto si debería usar el mismo desvío?* Y lo hice . . . con menos culpa que la primera vez. En teoría, algo me decía que no debía hacerlo; pero en la práctica yo justificaba de alguna forma lo que hacía.

En menos de dos semanas las ruedas de mi bicicleta habían empezado a marcar un sendero angosto a través del jardín. A esas alturas, yo estaba seguro dentro de mí que debería ir hasta la esquina y dar la vuelta, pero no lo hacía. Simplemente arrinconaba esos sentimientos de culpa y los acallaba.

Al final de la tercera semana, apareció un cartel pequeño pero bien visible en la vereda, bloqueando mi entrada a la senda que había abierto. Decía: "No pisar el césped. Bicicletas prohibidas." ¡Lo único que le faltaba al cartel era mi nombre al comienzo! Confieso que lo pasé por alto; giré en torno al cartel y retomé la senda, mirando de reojo el letrero mientras seguía. ¡Admito que me sentí peor que antes! ¿Por qué? Porque el letrero identificaba claramente mi falta, lo que a su vez, intensificaba mi culpa. Pero lo más interesante es que el cartel no impidió que yo siguiera cruzando por el jardín. De hecho, producía una extraña fascinación hacerlo. De alguna forma era como si me empujara a seguir haciéndolo.

Lo mismo sucede con la ley. La ley vino, y con letras muy claras grabadas por el dedo mismo de Dios. "¡Esto es santidad! ¡Honren mi nombre acatando mi ley!" Pero la realidad es que nadie podía cumplirla, lo cual explica la declaración de Romanos 5:20 que dice que "el pecado abundó". La ley pone de manifiesto el pecado pero no lo detiene. ¿Cómo detener el remolino? ¿Hay alguna esperanza? La respuesta está en el mismo versículo: " . . . cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia." ¡Qué grandioso! La gracia superó al pecado, lo venció y, de esa manera, trajo esperanza.

Permítanme ampliar aun más la afirmación escritural. Donde el pecado abundó, la gracia entró a raudales. Donde el pecado aumentó, la gracia aumentó infinitamente. Si el pecado tenía un límite, la gracia entró sin límites. Si el pecado era colosal, la gracia fue aun superior. Mientras el pecado abunda, la gracia sobrecabunda. El pecado identificado por la ley no pudo detener el flujo de la gracia de Dios. La muerte de Jesús en la cruz fue la paga suficiente por el pecado, e hizo que la gracia actuara de forma no sólo adecuada, sino *abundante*.

UNA EXPLICACION: GRACIA PARA LOS PECADORES

En los próximos minutos, deléitese en el siguiente pasaje, registrado por Pablo en su carta a los Efesios. Tómese tiempo. No se apure.

"Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Efesios 2:1-9).

Preste mucha atención a estas diez sencillas palabras: "por gracia . . . por medio de la fe . . . don de Dios."

Uno de mis grandes anhelos es estar algún glorioso día en un lugar donde no haya sitio para la vanagloria, para el egoísmo, para la promoción personal. ¿Sabe dónde será eso? En el cielo. No habrá testimonios que suenan muy espirituales y que captan la atención hacia los logros supercolosales de alguna persona. ¡Nada de eso! Todos tendrán escrito sobre su vida la palabra "GRACIA".

—¿Cómo llegaste aquí?

—¡Por gracia!

—¿Qué lo hizo posible?

—La gracia.

—¿Cómo te llamas?

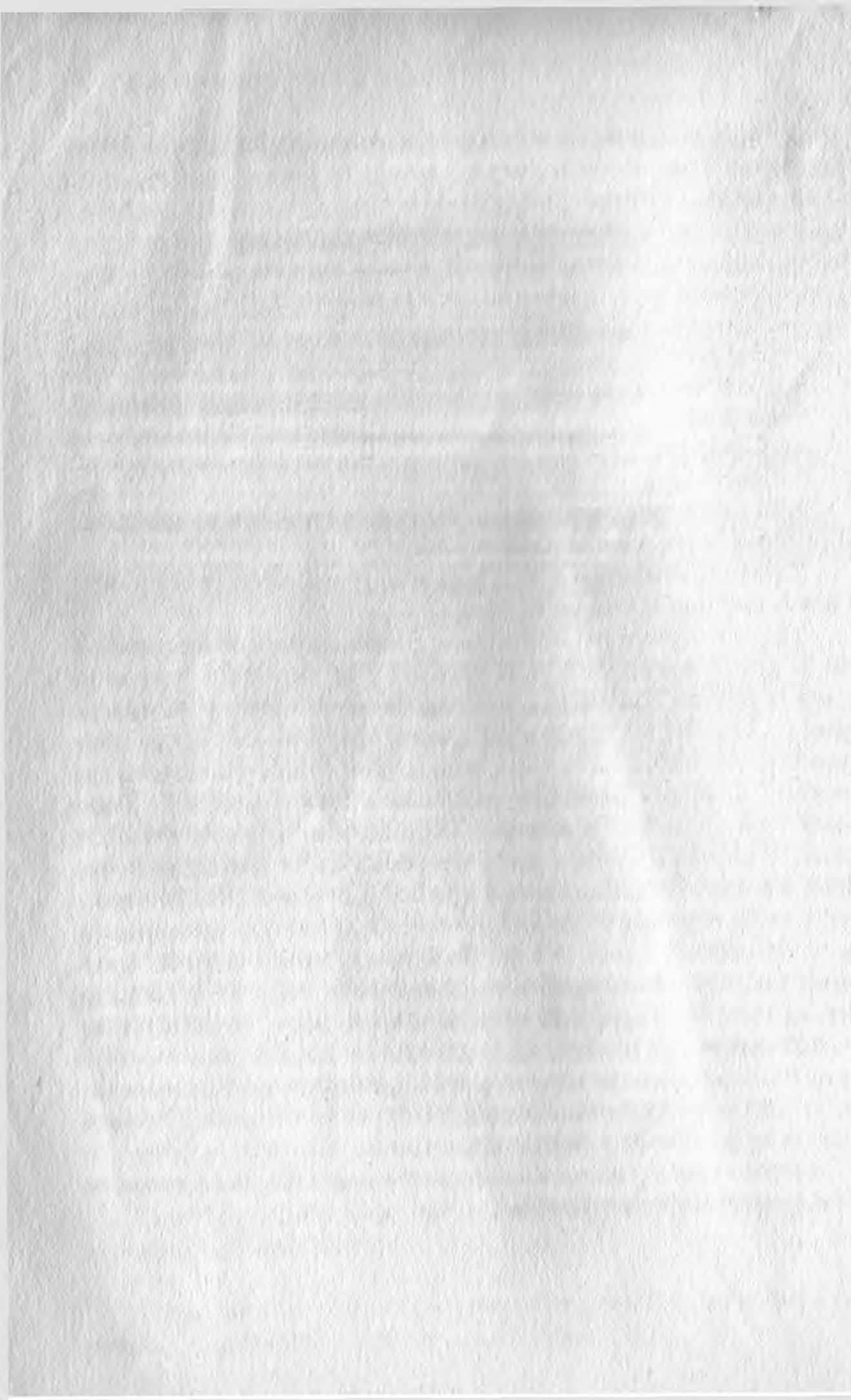
—Gracia.

Allá habrá más personas con ese nombre que con ningún otro. ¡Por todos lados, Gracia, Gracia, Gracia!

Y cuando apelamos sólo a la gracia, ¿para quién es el mérito? Para Aquel que murió en la cruz.

Y ahora, la pregunta importante: ¿Entiende por qué los asesinos de la gracia atacan esta gran verdad? ¡Por supuesto! Porque le quita la esencia a la religión del hágalo-usted-mismo-y-gánese-la-gloria. Como en los tiempos de Lutero, aparecen en cada generación esgrimiendo convincentes argumentos: "Tiene que esforzarse mucho." O bien: "Tiene que renunciar a esto o aquello." "Debe hacer esto o aquello." Y además: "Debe demostrar la sinceridad de su fe." Y también: "Antes que Dios pueda hacer esto en su vida, debe merecerlo haciendo esto o aquello." ¡Olvídense! Dios le ofrece, por gracia, el gratuito don del perdón. Lo único que usted puede hacer es recibirlo. Una vez que lo acepta, recibirá el poder para rendirse, perseverar, continuar, abandonar, empezar y todo lo demás. Pero no se confunda respecto a la salvación. Usted la recibe exclusivamente en base al regalo gratuito de Dios. A pesar de todo lo que pueda escuchar en otro sentido, el énfasis no se encuentra en lo que nosotros hacemos para Dios; por el contrario, la clave está en lo que Dios ha hecho por nosotros.

Hay una sola palabra de contraseña, una sola, para entrar al cielo, y esa palabra es: Gracia.



CAPITULO TRES

¿No se corren riesgos con la gracia?

Yo crecí en el seno de una familia que creía en la gracia. Estudié en un seminario que sostenía el principio de la gracia. He enseñado acerca de la importancia de vivir en la gracia en cada uno de los lugares donde he vivido. Es un mensaje bien recibido porque se adapta a cualquier sitio geográfico, *a cualquiera*. En todos los lugares que he visitado, he observado un común denominador: la mayoría de las personas añoran ser libres. Odian vivir esclavizadas. Quieren la libertad, pero sin embargo muchas de ellas no tienen la menor idea de dónde buscarla o cómo encontrarla. No hay nada mejor que una adecuada comprensión de la inigualable gracia de Dios para alcanzar ese anhelo de libertad. Dios me ha llamado a proclamar su gracia.

¿Pero no resulta arriesgado? ¿No habrá quienes se excedan en su uso de la libertad? ¿No se arriesga el pastor de la congregación a que algunos de los miembros de su rebaño se tomen libertades ilegítimas si presenta el mensaje de la gracia con el mismo entusiasmo con que yo lo estoy presentando en este libro? ¿No podría un despertar de la gracia conducir a un abuso de la gracia?

Antes de responder a estas preguntas, lo invito a viajar conmigo a través del Océano Atlántico. De entre todos los países del mundo, Inglaterra está entre los países que se consideran más circunspectos. Estando allí, he observado que no se hace demasiada propaganda de casi nada en las Islas Británicas. Y quizás el cristianismo *evangélico* sea allí tan conservador como en cualquier lugar del planeta. Para añadir sólo una cosa más, pocos ministros podían considerarse tan conservadores como el fallecido doctor Martyn Lloyd-Jones, pastor durante décadas en la catedral de Westminster. El doctor Lloyd-Jones era un expositor bíblico de primera categoría. Sus exposiciones representan la posición conservadora en su más alto grado.

Durante doce años antes de jubilarse, y hasta el día que finalizó su ministerio, este hombre enseñó el libro de Romanos en el tradicional púlpito de la catedral de Westminster. Algunos dirían que sus sermones eran tediosos, pero nadie podría haber dicho que eran improvisados o carentes de coherencia. Y sin embargo, nada menos que Martyn Lloyd-Jones dijo muy claramente que predicar acerca de la gracia no sólo es riesgoso, sino que, cuando hay quienes llevan la libertad a extremos poco sabios, eso mismo es en sí una prueba de que el pastor está verdaderamente predicando la gracia de Dios.

Afirmese bien mientras leemos sus comentarios acerca del comienzo del capítulo 6 de Romanos: "¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?"

"... Si es realmente cierto que donde abundó el pecado sobreabundó la gracia, entonces, ¿vamos a continuar en el pecado para que la gracia sobreabunde?"

"En primer lugar permítanme hacer un comentario, que para mí es importante y vital. La verdadera predicación del evangelio de salvación por gracia y solamente por gracia siempre conduce a la posibilidad de que se le impute este cargo. No hay mejor prueba para saber si un hombre está realmente predicando el evangelio de salvación del Nuevo Testamento que ésta: que algunas personas malinterpreten el sentido de la gracia y digan que al haber sido salvadas por gracia, ya no importa qué hagan; que pueden seguir pecando todo lo que quieran porque de esa manera

redundará en mayor gloria para la gracia. Esta es una auténtica prueba de la predicación del evangelio. Si mi predicación y presentación del evangelio de salvación no corren el riesgo de esa mala interpretación, entonces no es el evangelio. Permítame mostrar lo que quiero decir con esto.

"Si un hombre predica la justificación por las obras, nadie plantearía nunca esta pregunta. Si la predicación es: 'Si quieres ser creyente, y si quieres ir al cielo, debes dejar de cometer pecados, debes hacer buenas obras, y si lo haces de manera regular y constante, y si no fracasas y siempre perseveras, serás un creyente, estarás reconciliado con Dios e irás al cielo.' Obviamente, si alguien predicara de esta forma nunca se expondría a una mala interpretación. Nadie le diría: '¿Seguiremos pecando, para que la gracia abunde?', porque el énfasis de la predicación es éste: que si continúas pecando, con toda seguridad serás condenado, y sólo puedes salvarte si dejas de pecar. De manera que esa interpretación errónea nunca podría surgir

" Nadie jamás ha presentado ese cargo contra la Iglesia Católica, pero en cambio sí se lo plantearon a menudo a Martín Lutero; de hecho, era precisamente lo que la Iglesia de Roma señalaba acerca de la predicación de Martín Lutero. Decían: 'Este hombre que es sacerdote ha cambiado la doctrina para poder justificar su propio casamiento y su lujuria.' 'Este hombre practica el antinomianismo, y eso es herejía.' Ese es precisamente el cargo que levantaron contra él. También se acusó así a George Whitefield hace doscientos años. Es el cargo que siempre levanta el cristianismo formal y muerto (si es que puede haber algo así) contra la predicación de este mensaje impactante y desconcertante: que Dios 'justifica a los pecadores'. . . .

"Ese es mi comentario; y es un comentario vital para los predicadores. A todos los predicadores, yo les diría: si su predicación de la salvación no ha sido nunca malinterpretada en este sentido, harían bien en examinar sus sermones, y asegurarse de que realmente estén predicando la salvación que se ofrece en el Nuevo Testamento a los

pecadores, a los que están muertos en delitos y pecados, a aquellos que son enemigos de Dios. Siempre existe este tipo de riesgo en la predicación auténtica de la doctrina de la salvación."¹

Para Martyn Lloyd-Jones la gracia no sólo es riesgosa, sino que es un peligro grave. Estaba claramente convencido de que la gracia podía ser malinterpretada. ¿Qué quería decir? Bueno, algunas personas sacan provecho de la gracia. La representan de manera ilegítima. Llegarán al extremo de promover la errónea idea de que se puede seguir pecando todo lo que uno quiera. Sumo mi voz a la de Martyn Lloyd-Jones para decirles a todos mis colegas en el pastorado: si realmente se declara como mensajero de la gracia, si cree que realmente está predicando la gracia, pero nadie está sacando provecho abusivo de ella, quizás no la ha predicado con la suficiente fuerza o con el suficiente énfasis. Le puedo asegurar lo siguiente: los ministros que matan la gracia nunca serán acusados.

LA REALIDAD DEL RIESGO

Todo esto me trae a considerar la realidad del riesgo. Nuevamente pregunto: ¿es riesgosa la gracia? Por supuesto que lo es. Hay mucho riesgo en el libro que estoy escribiendo. Estoy bien consciente de que este tema de la gracia es realmente controversial, especialmente cuando estoy proclamando un nuevo despertar a la libertad que los creyentes tenemos en Cristo. Algunos tomarán lo que escribo y harán locuras. Otros leerán equívocamente lo que digo, me citarán fuera de contexto, me malinterpretarán y me acusarán de preocuparme muy poco por la santidad de Dios, porque dirán que le doy a la gente la libertad de pecar. Por otro lado, algunos de los que viven en la carnalidad me agradecerán por aliviarlos de la culpa, porque me malinterpretan, pensando que está bien que continúen en su estilo de vida liberal y despreocupado. Desearía que estos casos no ocurrieran, pero es el riesgo que corro si quiero proclamar el mensaje de la gracia en su totalidad. Sí, cuando la gracia se presenta en todo su esplendor y belleza, se corre un riesgo. ¡Aparecen por todos lados tanto los que se abusan de la gracia como los que la matan!

Una aclaración

Volvamos al versículo de las Escrituras que consideramos en el capítulo anterior, Romanos 5:1: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo."

Para que cualquier persona pueda presentarse con seguridad y en paz ante un Dios santo y justo, esa persona debe ser perfecta. De allí nuestra necesidad de justificación. ¿Recuerda la definición de justificación? Es el acto soberano de Dios por el cual declara justo al pecador que ha creído, a pesar de que continúa en un estado pecaminoso. No significa que el pecador que ha creído deja de pecar. Ni siquiera significa que el pecador creyente es *justo* en el sentido de que se torna repentina y perpetuamente perfecto. El pecador es *declarado* justo. En su soberanía, Dios le otorga el don de la vida eterna al pecador en el momento que cree y, por lo tanto, lo declara justo a pesar de que el pecador todavía vive una vida marcada periódicamente por el pecado. No se ha unido a una iglesia. No ha empezado a diezmar. No ha renunciado a todo para seguir a Cristo. No ha sido bautizado. No ha prometido vivir una vida sacrificada, pura y sin mancha. Simplemente ha aceptado el don de la vida eterna. Ha cambiado la orientación de su mente y se ha vuelto a Cristo (se ha arrepentido), y ha aceptado el regalo gratuito de Dios sin tener en cuenta sus propias obras. Eso es todo. La transacción está terminada. Por gracia, solamente por medio de la fe, Dios declara justo al pecador (lo justifica), y desde ese momento en adelante el pecador justificado comienza un proceso de crecimiento hacia la madurez (santificación). Día a día, poco a poco, aprende lo que significa vivir una vida que honra a Cristo. ¿Lo logra inmediatamente? No.

Por favor, entienda que ser justificado no significa "como si nunca hubiera pecado". Lo escucho a menudo y siempre me preocupa. En realidad esta idea debilita el impacto de la justificación. La justificación significa exactamente lo siguiente: aun a pesar de que peco de vez en cuando, y de que he sido incapaz de dejar de pecar, Dios me declaró justo cuando creí en él. Y puesto que seguiré pecando ocasionalmente, encuentro aun más razones para estar agradecido por el don de la gracia. Como pecador merezco ser castigado. Como pecador, le tengo miedo a la justicia. Y por lo tanto, como pecador, mi única esperanza de sobrevivir es la gracia.

¡En su expresión más pura, la gracia no tiene lógica!

Imaginemos que usted tiene un hijo de seis años al que ama entrañablemente. Un día trágico, usted encuentra que su hijo ha sido cruelmente asesinado. Después de una larga búsqueda los investigadores encuentran al criminal. Usted tiene una de varias opciones. Si usara los medios a su alcance para matar al asesino por el crimen cometido, eso sería *venganza*. Si se conformara con quedarse al margen y dejar que las autoridades legales se hagan cargo y realicen lo que corresponde: un juicio, una declaración de culpabilidad, una pena de muerte . . . eso es *justicia*. Pero si usted intercediera por la absolución del asesino, lo perdonara completamente, lo invitara a su casa y lo adoptara como hijo, eso es *gracia*.

¿Se da cuenta por qué la gracia es tan difícil de comprender y de aceptar? Son muy pocas las personas (si hubiera alguna) que leen estas líneas, que harían algo así y se sentirían felices de hacerlo. Sin embargo, Dios lo hace *todos los días*. Toma al culpable, al pecador que cree y que confiesa: "Estoy perdido, no valgo nada, soy culpable de lo que se me acusa, y no merezco ser perdonado", y le otorga el gratuito don de la vida eterna. Lo hizo en mérito a la muerte de Cristo en la cruz, que satisfizo la demanda por el pecado, que era la pena de muerte. Y Dios ve al pecador culpable (que acude por fe) como si fuera tan justo como su propio Hijo. De hecho, nos invita a su hogar y nos adopta para siempre en su familia. En lugar de vengarse o de ejecutar justicia, Dios extiende su gracia.

Permítame repetir la afirmación que hice un poco antes: creer plenamente en la gracia y vivir por la gracia en todo su sentido, significa que algunos abusarán de ella. Délo por sentado. Algunos de mis lectores seguramente han tenido maravillosas experiencias en sus hogares con sus hijos. Han tratado con ellos con gracia y madurez. Les han dado oportunidad de aprender, de crecer, también de fallar, porque los han amado, les han enseñado las Escrituras, los han animado. Los han educado en la gracia, como lo hemos procurado hacer también en la familia Swindoll. Y sin embargo, algunos padres estarán atravesando momentos difíciles ahora mismo, a pesar de haber hecho muchas cosas acertadas. Les dieron a los hijos la libertad adecuada, y han soltado las riendas cuando parecía correcto hacerlo. Y sin embargo, cuando el hijo alcanzó la edad de la independencia, él o ella se ha vuelto en

contra suya, y para su perplejidad, continúa en esa postura. La enorme batalla que tiene por delante es vencer el sentimiento de culpa que acompaña este proceso. Mi oración es que Dios ayude a cada uno de ustedes a pasar por esa etapa. He observado que la mayoría de los padres no tienen por qué vivir con esa culpa. Se debaten entre la vergüenza y la perplejidad, a pesar de que son sentimientos injustos e inapropiados. En realidad, su hijo ha crecido y ha tomado una decisión, y está viviendo las consecuencias; desafortunadamente esto afecta a los padres. Les duele. Temen haber sido demasiado condescendientes, haber actuado con excesiva gracia.

Ese mismo temor es el que les impide a muchos pastores abordar el tema de la gracia, no sea que su congregación malinterprete el mensaje y crea que predica sobre "gracia barata", término que introdujo Dietrich Bonhoeffer. Me alegro de que haya usado esas palabras. Pero tenemos que entender bien qué quiso decir con ellas. La "gracia barata" justifica al pecado y no al pecador. La verdadera gracia, en cambio, justifica al pecador, pero no al pecado. Quiero animarlo a que no tenga miedo de la verdadera gracia sólo porque algunos la han subestimado como una baratija. A pesar de estos serios riesgos, la gracia realmente vale la pena.

Alternativas a la gracia

Si opto por no arriesgarme, si sigo el camino "seguro" y decido no promover la salvación por gracia ni un estilo de vida en la gracia, ¿qué alternativas tengo? Son cuatro las que me vienen a la mente, todas las cuales son muy populares en nuestro tiempo.

1. Puedo enfatizar las obras por encima de la gracia. Puedo decirle a usted que por ser pecador debe consagrarse con más fuerza a Cristo, demostrándolo en el trabajo que hace para él, antes de que pueda realmente afirmar que es un verdadero creyente. El problema que se me plantea es el siguiente: un pecador no puede consagrarse a nada. El o ella está espiritualmente muerto, ¿lo recuerda? No hay capacidad alguna de consagración en un corazón que no ha sido regenerado. Sólo después de creer en Cristo es posible llegar a ser un sumiso y obediente discípulo de Cristo. Las obras siguen a la fe. El comportamiento sigue a la creencia. Los frutos vienen después de que el árbol está bien enraizado.

Recuerdo las palabras de Martín Lutero:

"Nadie puede ser bueno ni hacer el bien a menos que primero la gracia de Dios lo haga bueno; y nadie llega a ser bueno por las obras. a la vez que las buenas obras sólo pueden ser emprendidas por alguien que es bueno. De la misma forma que no son los frutos los que hacen el árbol, sino el árbol el que produce los frutos . . . Por lo tanto, todas las obras, no importa cuán buenas sean y cuán bellas puedan parecer, son vanas si no fluyen de la gracia . . .".²

2. *Puedo optar por entregarle a usted una lista de cosas permitidas y cosas prohibidas.* La lista surge de mis preferencias personales y/o de la tradición. Es mi responsabilidad decirle lo que puede o no hacer, y por qué. Yo establezco las condiciones por las cuales usted puede empezar a ganarse la aceptación de Dios, por mi intermedio. Usted hace lo que yo le digo que haga . . . y no hace lo que yo le digo que no haga, y con eso se asegura, está "adentro". Si falla en acatar la lista, queda "fuera". Este estilo legalista y severo es uno de los métodos más difundidos y empleados en los círculos evangélicos. La gracia queda ahogada en un contexto así. Para empeorar las cosas, los que tienen autoridad son figuras tan intimatorias que nadie se atreve a cuestionar su autoridad. Son pocas las personas que tienen la fortaleza necesaria para enfrentarse los que fabrican las listas. Más adelante en el libro explicaré esta alternativa más a fondo.

3. *No dejo espacio a las áreas grises.* Todo queda en las categorías de blanco o negro, correcto o incorrecto. En consecuencia, el líder mantiene un estricto control sobre los seguidores. La comunión se basa en que haya una total concordancia. Aquí radica la tragedia. Estas pautas rígidas e inamovibles se tornan más importantes que las relaciones entre las personas. Primero averiguamos dónde se ubican los individuos en relación a esos puntos, y luego decidimos cuánto tiempo dedicarles. En el fondo ocurre lo siguiente: queremos estar en lo *correcto* (lo que nosotros consideramos correcto) más de lo que queremos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Nuestras preferencias personales eclipsan cualquier evidencia del amor. Tengo la firme convicción de que donde existe la gracia, tiene que haber áreas grises.

4. Mantengo una actitud de crítica hacia aquellos con quienes no concuerdo o no cooperan con mi plan. Los asesinos de la gracia se caracterizan por su actitud crítica. Probablemente sea la actitud menos cristiana que podemos encontrar en los círculos cristianos de nuestro tiempo.

Una rápida mirada hacia atrás por el túnel del tiempo nos va a resultar muy beneficiosa. Jesús se encontraba ante los destacados custodios del legalismo, los fariseos. También lo estaban escuchando muchos otros que creían en él. Jesús había estado presentando su mensaje a la multitud; era un mensaje de esperanza, de perdón, de libertad.

"Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él. Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Juan 8:30-32).

Les hablaba acerca del poder liberador de la verdad. A pesar de que los asesinos oficiales de la gracia rechazaban su mensaje, él les aseguraba que los podía hacer libres. Todo el que aceptaba la gracia era "verdaderamente libre".

¿Libre de qué? Libre de mí mismo. Libre de la culpa y de la vergüenza. Libre de los impulsos condenables que no podía controlar cuando estaba esclavizado por el pecado. Libre de la tiranía de las opiniones, las expectativas y las exigencias de los demás. Libre para obedecer y para amar. Libre para perdonar a otros y también para perdonarme a mí mismo. Libre para permitirles a los demás ser sí mismos, ¡distintos a mí! Libre para trascender las limitaciones del esfuerzo humano. Libre para servir y glorificar a Cristo.

Con toda claridad, Jesucristo les aseguró a los suyos que la verdad que él ofrecía podía liberarlos de toda restricción innecesaria: "Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (Juan 8:36). Me encanta esa declaración. Las posibilidades que abre son ilimitadas.

Ahora volvamos juntos a Romanos 6, el pasaje con el que habíamos iniciado este capítulo:

"Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia. ¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera" (Romanos 6:6-15).

Cuando estábamos sin Cristo, éramos como los antiguos esclavos en el cadalso, desahuciados a causa de nuestra depravación, perdidos, encadenados al pecado, sin gozo, vacíos, muertos espiritualmente. Todo lo que podíamos hacer era decirle a Dios: "Ten misericordia. Soy culpable. Estoy esclavizado por mis pasiones. No soy libre para obedecer al Salvador." Pero una vez que Cristo se hizo cargo, venció a nuestro antiguo amo y nos liberó para que pudiéramos obedecer. Después de la conversión, somos libres . . . libres para obedecer. Eso es la gracia.

LA TENSION INEVITABLE

Todo lo que venimos diciendo nos lleva otra vez al tema del riesgo. La gracia nos ha hecho libres del pecado, de la esclavitud del pecado, de la opresión que ejerce sobre nuestras actitudes, nuestras inclinaciones, nuestras acciones. Pero al quedar libres, y al estar ya viviendo por gracia, puede ocurrir que nos excedamos, que perdamos el control y abusemos de nuestra libertad al extremo

de volver a servir al pecado. Pero eso no sería libertad en absoluto, sino libertinaje. Dado que existe esa posibilidad, muchos optan por el legalismo para evitar la tentación de caer en una vida irresponsable. Es una mala opción. Es mucho mejor que tengamos un respeto tan grande por el Señor, que eso nos lleve a controlarnos voluntariamente.

Recuerdo la primera vez que saqué mi licencia de conductor. Tenía dieciséis años. Ya hacía tres años que manejaba de cuando en cuando (peligroso, ¿verdad?). Mi padre había estado conmigo la mayor parte de las ocasiones en que practicaba, serenamente sentado a mi lado en el asiento delantero, dando indicaciones, ayudándome para saber qué hacer. Mi madre casi nunca estaba con nosotros en esas salidas, porque se ponía muy nerviosa. Mi padre era un poco más calmado. Los ruidos fuertes y las frenadas bruscas no lo molestaban tanto. Pero el mejor era mi abuelo. Cuando conducía su auto y ¡*Buum!*!, daba contra algo, me decía cosas como: "Sigue nomás, Charles. Puedo comprar otro paragolpes, pero no puedo comprar otro nieto. Estás aprendiendo." Qué viejito extraordinario. Después de tres años de todos esos desaciertos, al final saqué mi licencia.

Nunca olvidaré el día que entré a la casa, exhibí mi recién adquirido permiso y dije: —¡Mira, papá!

Y él respondió: —¡Fantástico! Miren esto. Conseguiste el permiso. ¡Te felicito! —tomó las llaves de su auto, me las arrojó, y sonrió—. Bien, hijo, puedes llevarte el auto por dos horas, por tu cuenta.

Sólo tres palabras, tres maravillosas palabras: "Por tu cuenta."

Le agradecí, salí danzando hacia el garaje, abrí la puerta del auto e introduje la llave del encendido. El pulso se me debe haber acelerado a 180 mientras retrocedía y me alejaba de la casa. Mientras circulaba "por mi cuenta", empecé a pensar locuras; por ejemplo: *Este auto debe alcanzar los 150 kilómetros por hora. Podría llegar bien lejos si hiciera ese promedio. Podría tomar por la autopista y en todo caso pasar algunos semáforos en rojo. Después de todo, ya no hay nadie aquí que me diga: "¡No lo hagas!"* ¡Eran ideas peligrosas, realmente desequilibradas! ¿Pero sabe una cosa? No hice ninguna de esas cosas. Creo que ni siquiera llegué al máximo de velocidad permitida. En realidad recuerdo que regresé a mi casa antes de tiempo . . . ni siquiera lo usé las dos horas. ¿Sorprendente? Tenía

el auto de mi padre a mi total disposición con el tanque lleno de combustible y podía usarlo con toda libertad, pero no perdí los estribos. ¿Por qué? Porque la relación que tenía con mi padre y con mi abuelo era tan fuerte que no podía cometer actos inapropiados, aun cuando tuviera una licencia y no hubiera nadie más en el auto para censurarme. A lo largo del tiempo se había desarrollado una actitud de confianza, una profunda relación de amor que me llevaba a someterme.

Después de entregarme las llaves del automóvil, mi padre no había salido corriendo para pegar un cartel en el parabrisas: "No te atrevas a pasar la velocidad máxima autorizada", o "La policía anda por toda la ciudad, hijo, y te agarrarán con toda seguridad, así que no se te ocurra correr riesgos." Simplemente sonrió y dijo: "Aquí están las llaves, hijo, disfruta tu paseo." Qué demostración de gracia. ¡Y sí que lo disfruté! Mirando hacia atrás, ahora que yo mismo soy padre y he revivido la misma escena en cuatro ocasiones diferentes con cada uno de mis hijos, advierto el enorme riesgo que corrió ese día mi padre.

Hay muchas alegrías que produce la liberación, que quizás muchos desconozcan porque no se han dado permiso de vivir bajo la gracia. No quiero con esto ofender a nadie, pero estoy convencido de que algunos creyentes se sentirían aterrados si se vieran abandonados a su libre albedrío. Durante tanto tiempo se les ha dicho lo que deben hacer, que la libertad les da miedo. Hay personas que prefieren que se les diga qué hacer y cuándo hacerlo . . . qué creer y por qué. Y el resultado es trágico: viven en una perpetua adolescencia. Si nadie deposita confianza en uno, si a uno no se le otorga libertad, no madura. Nunca aprende a pensar por sí mismo.

Un miembro de nuestro equipo me informó hace varios meses que una mujer había llamado por teléfono a la oficina para averiguar cuál era mi "posición oficial" respecto a una de esas "zonas grises". Cuando se le dijo que yo no hacía declaraciones "oficiales" sobre tales asuntos, se sintió perpleja . . . en realidad, algo irritada. Preguntó: "¿Cómo vamos a saber qué decisión tomar al respecto si el pastor no nos dice qué hacer?" A algunos su pregunta les parecerá divertida. Francamente, yo la encuentro alarmante. Me hizo pensar: "¿Hemos producido ese tipo de creyentes que dependen de que el pastor haga declaraciones en

aspectos que en realidad son motivo de preferencias personales?" Hay una línea de separación muy delgada entre el liderazgo responsable y el control dogmático. No obstante los riesgos, la gente debe ser informada y luego liberada para que arribe a sus propias convicciones. ¿Por qué debe un pastor estar constantemente emitiendo edictos y decretos públicos? ¿Nos hemos alejado tanto de la gracia?

Usted nunca alcanzará la madurez si necesita que yo o algún otro líder cristiano le diga lo que puede hacer y cuáles deben ser sus opiniones. No siento que mi llamado como ministro del evangelio sea aprovecharme de un grupo de leales oyentes o imponerle condiciones a nadie. Mi responsabilidad es enseñar la verdad de las Escrituras tan fielmente como me sea posible y tratar de ser un buen ejemplo con un estilo de vida que agrade a Dios (les guste o no a otros), y permitir a los demás la libertad de responder a la guía de Dios para sus vidas. Esa actitud me ha dado buenos resultados y la voy a seguir manteniendo. Se me ocurre que es el estilo que demostró Josué cuando les dijo a los hebreos que tenían que decidir por sí mismos a quién servir, y luego afirmó: "Pero yo y mi casa serviremos a Jehová." Riesgoso, es cierto; pero dio buenos resultados.

Y hoy en día también da buenos resultados.

Me gusta la forma en que lo expresó un santo de la antigüedad: "Ama a Dios con todo tu corazón . . . y luego haz lo que quieras." El control saludable está expresado en la primera frase, la libertad en la segunda. Esa es la forma de vivir una vida liberada, orientada por la gracia. ¿Quiere sabe cuáles son algunos de los hermosos beneficios de una vida así? Puedo pensar en varios.

- Usted ya no será esclavizado por sus impulsos y deseos.
- Será libre para realizar sus propias elecciones.
- Será capaz de pensar en forma independiente sin la tiranía de la comparación o la necesidad del control externo.
- Podrá crecer más rápidamente hacia una mayor madurez y flexibilidad, y llegará a ser la persona que Dios quiere que sea.

Y ya que hablo acerca de crecer, quizás sea oportuno recordarles a todos los padres que espero que no estén buscando formas para seguir controlando a sus hijos adultos. Libérenlos. Hasta les sugeriría que les escriban una carta a cada uno declarando la independencia que tienen, diciendo algo así: "Ahora que tomas tus propias decisiones, quiero que sepas que confío en ti. Confío en que Dios te habrá de guiar. Te respeto. Eres una persona adulta."

Una de las mejores maneras de manejar esta tensión de darles libertad a los hijos es mantener un equilibrio, sabiendo que algunos harán uso de su libertad de manera nada sabia. Todos admitimos que la gracia tiene sus riesgos. También admitamos que algunos vivirán de manera irresponsable. Esa irresponsabilidad se puede detectar muy rápido.

1. Se muestra poco amor hacia los demás . . . hay escaso interés por otras personas.
2. Se racionaliza lo que obviamente es pecado.
3. Se niega a rendir cuentas.
4. Se resiste a todo el que se acerque para dar consejo oportuno.
5. Hay poca consideración para los recién convertidos, quienes obviamente son más débiles en la fe.

Puesto que la gracia tiene riesgos, las restricciones que nos imponemos a nosotros mismos son importantes. Es necesario que tengamos control sobre esto, ¿verdad? Si queremos subirnos a la cuerda suspendida de la gracia, no podemos sufrir de vértigo. Pero al mismo tiempo hay que estar atento a las ráfagas de viento que ocasionalmente soplarán con furia.

SUGERENCIAS PRACTICAS PARA GUARDARNOS DE LOS EXTREMOS

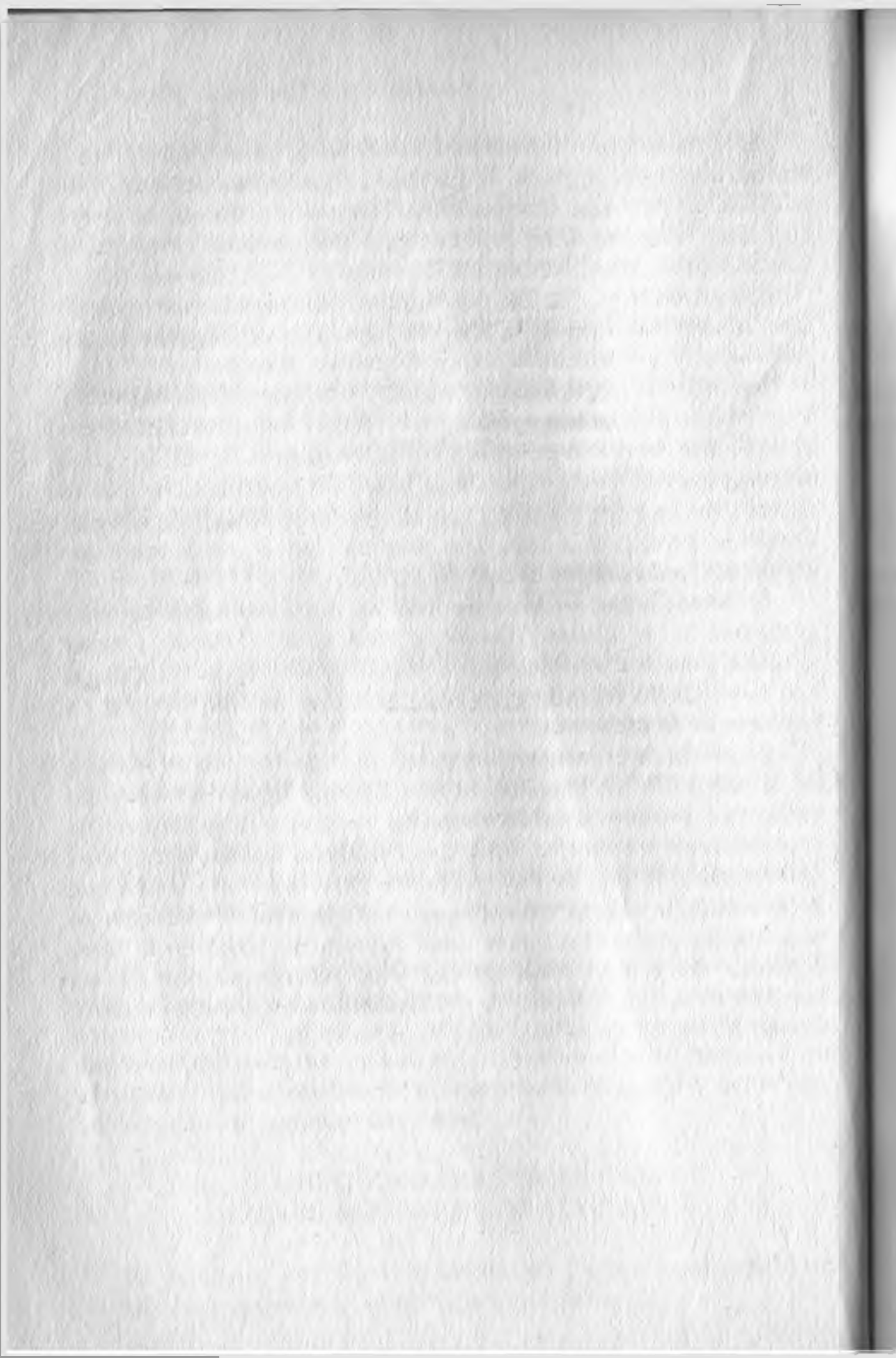
Al pensar en esto de vivir con riesgos y guardar un equilibrio en todo, me vienen a la mente tres sugerencias.

En primer lugar, *cúldese de los extremos si quiere disfrutar de la libertad que otorga la gracia*. Haga todo lo que pueda por mantener el equilibrio, y luego disfrútelo. No hay razón para que se sienta culpable. Pruebe esto en primer lugar: simplemente otórguese el permiso de ser libre. No cometa desatinos . . . pero tampoco pierda tiempo mirando por detrás del hombro, preocupado por aquellos que "se dedican a espiar la libertad", tratando de imaginar lo que piensan y dicen. Diré más acerca de esto en el capítulo 5.

En segundo lugar, *considere la gracia como un privilegio inmerecido y no como un derecho inalienable*. Esto también le ayudará a mantener el equilibrio. Viva con gratitud, no con arrogancia. Diviértase, pero no haga alardes. Todo depende de la actitud que uno tiene, ¿no es cierto? No tiene nada que ver con el nivel económico, con el lugar donde se vive, con la ropa que prefiere usar o con el auto que conduce. Como dije, es asunto de actitud.

En tercer lugar, *recuerde que mientras que usted recibió la gracia gratuitamente, a nuestro Salvador le costó la vida*. Puede parecer gratuita, pero fue terriblemente costosa cuando él tuvo que pagar por ella. ¿Quién no quiere ser libre, si se nos ha rescatado de los horrores de la esclavitud?

La gracia es el mensaje universal de Dios, las buenas noticias de la salvación. La tragedia es que algunos siguen viviendo en esclavitud, porque han sido ahogados por un mensaje cargado de prohibiciones, exigencias, actitudes negativas, legalismos. Quizás usted haya sido una de esas personas, víctima de un sistema que le ha robado la alegría y ha apagado su esperanza. Si es así, tengo una noticia maravillosa para usted. Usted está justo en la línea divisoria del campo de la gracia, y en ese campo flamea una bandera en la cual hay una cruz. Y si atraviesa esa línea y se coloca debajo de esa bandera, será libre . . . *libre al fin*.



CAPITULO CUATRO

Indigno y sin embargo amado incondicionalmente

El concepto bíblico de la gracia es muy profundo, y sus lazos envuelven y transforman la vida. Aunque lo estudiáramos durante una década no llegaríamos ni cerca de tocar sus profundidades.

Nunca llegué a conocer a Lewis Sperry Chafer, el fundador del seminario donde estudié. Había muerto pocos años antes de que yo empezara mis estudios teológicos en 1959. En cambio, algunos de mis maestros y profesores lo habían conocido muy bien. Todos, sin excepción, lo recuerdan como un hombre de grado excepcional. Era un magnífico defensor de la sana doctrina y un auténtico modelo de su aplicación a lo largo de toda su vida adulta, especialmente durante los últimos años. Sinceramente, lamento no haber conocido al doctor Chafer.

Me encanta la historia que solía narrar uno de mis profesores acerca de la ocasión en que este amado siervo de Dios había concluido su última exposición acerca de la gracia. Era una cálida tarde primaveral del año 1952. El anciano profesor (que durante ese semestre dictó sus clases sentado en una silla de ruedas), se secó la transpiración de la frente. Nadie en el aula se movió cuando

terminó la clase. Era como si los jóvenes teólogos se estuvieran solazando en lo que habían escuchado, impactados por las percepciones y el entusiasmo del profesor frente a la insuperable gracia de Dios. El anciano deslizó su silla hacia la puerta y cuando estaba por apagar las luces, la clase rompió en un espontáneo y atronador aplauso. Mientras el amado teólogo se secaba las lágrimas, con la cabeza gacha, levantó una mano en alto para pedir silencio. Tenía un último comentario para hacer mientras contemplaba al grupo con una amable sonrisa. En medio del silencio absoluto, habló con suavidad: "Señores, durante más de la mitad de mi vida he estado estudiando esta verdad . . . y recién estoy empezando a descubrir de qué se trata la gracia de Dios." Apenas pasaron tres meses, y este reconocido campeón de la gracia fue conducido a la presencia del Señor, a la edad de ochenta y un años.

Pero no creo que haya habido nadie que apreciara más la gracia que el apóstol Pablo. Después de haber vivido en el orgullo farisaico, entregado a una cruel brutalidad, incrédulo, fue transformado de celoso perseguidor de la iglesia a humilde siervo de Cristo. ¿Y por qué? Por la gracia de Dios. Escuchemos su propio testimonio:

"Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. Porque o sea yo o sean ellos, así predicamos, y así habéis creído" (1 Corintios 15:9-11).

REAFIRMANDO LA VERDAD DE LA GRACIA

Todo lo que llegó a ser, afirma Pablo, se lo debía a "la gracia de Dios". Cuando medito en las palabras de este gran apóstol, encuentro lo que podríamos considerar como su credo. Podemos reducirlo a tres sencillas afirmaciones. De vez en cuando es útil tomar una verdad teológica profunda y multifacética, y definirla en términos simples que usamos todos los días.

• Primera afirmación: *Dios hace lo que hace por su gracia.* La primera declaración de Pablo respecto a que se le permitiera vivir, y que fuera reconocido como mensajero y líder, era que todo se debía "a la gracia de Dios". Pablo merecía la más severa de las condenas, pero en cambio Dios le extendió su gracia. En términos humanos, Pablo debía haber sido sometido a enormes sufrimientos por todo el dolor y angustias que había causado a otros. Pero no fue así, porque Dios le mostró su gracia.

Eso nos conduce a su segunda afirmación: *Soy lo que soy por la gracia de Dios.* Es como si admitiera: "Si hay algo bueno en mí, no merezco mérito alguno; el mérito pertenece a la gracia."

En nuestra época, en que se enfatizan los logros personales, se recalca en exceso la importancia de lograr las cosas por sí mismo y construir el propio reino centrado en uno mismo, esta idea de dar todo el crédito a la gracia es un mensaje indispensable. ¿Cuántas personas, al alcanzar la cúspide de su carrera, le dicen al periodista, o dedaran en una entrevista: "Soy lo que soy por la gracia de Dios"? ¿Cuántos atletas dirían ese tipo de cosas en una comida que se hiciera en su honor? Qué impacto sería que alguien dijera: "No se dejen impresionar. Mi fama es resultado del inmerecido don de la gracia de Dios." Los testimonios como éste son rarísimos.

Hay una tercera afirmación que parece estar implicada en la declaración final de Pablo: *Por la gracia de Dios, yo le permito a usted ser lo que es.* La gracia no es simplemente algo para ser anunciado; debe ser demostrada, compartida, usada como base de la amistad y de toda relación perdurable.

Jesús habló de la vida abundante que podríamos disfrutar si reclamáramos la libertad que él provee por gracia. ¿No sería maravilloso que las personas cooperaran con su plan? No hay nada que se compare con la gracia cuando se trata de liberar a las personas de su esclavitud.

Pareciera que algunas personas se podrían comparar a los personajes de un dibujo animado que vi hace poco. Un personaje agresivo y dominante está filosofando con su amigo, que es más callado y pasivo. Con torpeza, y sin miramientos, el más fuerte le dice al más débil: —Si yo estuviera controlando el mundo, ¡cambiaría TODO!

Un poco intimidado, el amigo, obligado a escucharlo, le dice: —Pero eso no sería fácil. Digamos, ¿por dónde empezarías?

Sin vacilar, el otro se da vuelta, lo mira a los ojos y le dice: —¡Empezaría POR TI!

Aquí no se demuestra la gracia. Usted y yo hemos andado cerca de los asesinos de la gracia que se parecen a este personaje, ¿verdad? Con ese inconfundible rostro que dice "No", fruncen el entrecejo, y declaran: "Necesita cambiar, de modo que voy a empezar con usted."

Están aquellos que parecen estar esperando la primera oportunidad para enfrentar a alguien. Son desconfiados por naturaleza, negativos, decididos a encontrar cualquier defecto, falla o debilidad sutil, e indicársela. Podrían halagarlo en veinte cosas; pero en lugar de eso, tienen una meta esencial, que es la de asegurarse de que usted nunca olvide sus debilidades. Los asesinos de la gracia se destacan en los "usted debería . . ." que matizan sus consejos. ¡En lugar de alabar, atacan por sorpresa!

Muchos creyentes (¿me atrevo a decir la mayoría?), viven como si cada año fueran a pasar de curso después de rendir examen ante un Dios de gesto severo, que los mira con las manos en los bolsillos de su túnica. (No sé por qué, pero probablemente la mayoría de la gente imagina a Dios vestido con una túnica, nunca de remera, vaqueros o traje de baño . . . siempre con barba y esta túnica blanca.) Con una mirada penetrante, dice: "Bien, José Luis, en eso te mereces un 'bueno'." Y luego: "Inés, ¡debería darte vergüenza!" "No está mal, Ricardo, aunque podría haber estado mejor." Qué imaginación herética tenemos.

¿Por qué pensamos así? ¿Quién es el responsable de estas imágenes tergiversadas del Todopoderoso? ¿De dónde sacamos la idea de que Dios está enojado o irritado? Si sabemos que *toda* la ira de Dios se volcó sobre su Hijo cuando murió en la cruz, ¿cómo podemos pensar así? Más aún, la razón por la que Dios resucitó a Jesús es que estaba satisfecho con él. Piense en esto: si el Padre está satisfecho con el pago que su Hijo dio en forma total y definitiva por el pecado, y si nosotros estamos en Jesús por la gracia que alcanzamos por medio de la fe, entonces *Dios está satisfecho con usted y conmigo*. ¿Cuánto tiene que vivir un creyente para llegar a creer esto? Quizás el problema radica en que siempre tendremos jefes y pastores y padres que nos digan qué debemos hacer y qué

no hacer. Siempre habrá quienes nos sigan agregando más y más metas que tenemos que alcanzar. Estas personas matan la gracia, aunque no lo sepan. Apelando a la culpa, a la técnica de provocar vergüenza y a manipulación solapada, virtualmente nos arrastran a la confusión. ¡Dios no lo hace nunca! El en cambio nos asegura que si somos algo, lo somos por su maravillosa, inagotable e inigualable gracia. Y una vez que realmente nos apropiamos de ella, una vez que experimentamos *El despertar de la gracia*, es sorprendente cómo deseamos compartirla. Nos deleita dejar a otros ser lo que son por la misma gracia de Dios.

En un hermoso libro titulado *La libertad de la obediencia*, Elisabeth Elliot escribe acerca de un joven ansioso por renunciar al mundo y seguir fielmente a Cristo. *¿Qué es lo que debo abandonar?*, se pregunta dicho joven.

La autora registra la siguiente respuesta, y al hacerlo ilustra la necesidad de tratar de agradar a Dios intentando acatar reglas hechas por los hombres y normas legalistas. ¿A qué debe renunciar este joven? Trate de no sonreír:

"Para empezar, la ropa muy colorida. Libérate de todo lo que haya en tu guardarropa que no sea de color blanco. Deja de dormir con una almohada mullida. Vende tus instrumentos musicales y no comas más pan blanco. Si realmente eres sincero en tu deseo de obedecer a Cristo, no puedes darte duchas tibias ni afeitarte la barba. Afeitarse es ofender a aquel que nos creó, es intentar mejorar su obra."¹

"¿Parece absurdo?", pregunta la autora. Luego nos sorprende con la siguiente afirmación:

"¡Esta es la respuesta que se daba en las más reconocidas escuelas cristianas del siglo II! ¿No será que las reglas que han sido adoptadas por muchos de los creyentes del siglo XX resultarán tan absurdas como éstas cuando las lean los sinceros seguidores de Cristo de aquí a unos años?"²

Antes que demos un chasquido con la lengua o nos riamos a carcajadas de estos asesinos de la gracia que operaban en el

segundo siglo de nuestra era, deberíamos formularnos algunas preguntas como éstas: ¿Qué mensaje les estamos dando a nuestros hermanos y hermanas en la familia de Dios? ¿Qué deben hacer para ganar el ingreso al círculo de nuestro amor incondicional y sentirse aceptados? Debo agregar una pregunta final: ¿Quién nos ha dado el derecho de determinar las reglas por las que deben vivir los demás?

Si el gran apóstol no tenía ninguna lista, si él era lo que era por la gracia de Dios, si se consideraba indigno, le puedo asegurar que todos estamos en la misma condición, igualmente descalificados, indignos y, sin embargo, amados incondicionalmente por el Padre. Recordemos que Dios *se deleita* en elegir a los menos valiosos para hacer de ellos el objeto de su aceptación incondicional.

CONSIDEREMOS UN EJEMPLO DE LA GRACIA

Durante los próximos minutos dejemos el mundo moderno e introduzcámonos en el túnel del tiempo. Viajemos juntos hacia atrás tres mil años, para llegar hasta la época de las antiguas dinastías y reyes de Israel. Era una época violenta, en la que todos los miembros de la familia de un rey depuesto eran exterminados cuando una nueva dinastía asumía el control. Naturalmente, todos los miembros del monarca destronado tenían sobrados motivos para vivir atemorizados una vez que el nuevo rey subía al trono.

En el caso en el que estoy pensando, el rey Saúl y su hijo Jonatán habían muerto después de una batalla. Cuando David supo de la doble tragedia, le dolió; no obstante, él era el elegido del Señor para suceder a Saúl. Sabiendo que ahora David era el nuevo rey de Israel, los miembros de la familia de Saúl huyeron para tratar de salvar sus vidas, pensando erróneamente que David les daría a ellos el mismo trato que daban los demás monarcas de las dinastías orientales. La escena que se registra en las Escrituras es un verdadero pandemonio.

"Y Jonatán hijo de Saúl tenía un hijo lisiado de los pies. Tenía cinco años de edad cuando llegó de Jezreel la noticia de la muerte de Saúl y de Jonatán, y su nodriza le tomó y huyó; y mientras iba huyendo apresuradamente, se le cayó el niño y quedó cojo. Su nombre era Mefi-boset" (2 Samuel 4:4).

En el apuro de la huida, el pequeño nieto de Saúl sufrió una lesión que lo dejó inválido. Como no disponían de ayuda médica, y no sabían adónde recurrir por auxilio, el muchachito nunca se recuperó de la caída. Por el resto de su vida quedó inválido de ambos pies. Eso ocurrió cuando el pequeño tenía cinco años, y el relato sagrado no nos dice más sobre él sino hasta quince o veinte años más tarde.

Una pregunta

En 2 Samuel 9 tenemos un eslabón que continúa con la historia. Han pasado los años. Mefi-boset es ahora adulto, y tiene un impedimento físico. Es inválido de ambos pies. David no sólo ha ocupado el trono, sino que se ha ganado el corazón del pueblo. Toda la nación le canta loas. Hasta ese momento su integridad no ha tenido una sola mancha. Geográficamente, ha agrandado su reino diez veces. La fuerza militar de Israel está más fuerte que nunca. Las naciones enemigas ahora respetan a esta joven y poderosa nación. David goza de buena salud y es feliz. Todavía no ha conocido la derrota en el campo de batalla, lo que significa que su mundo inmediato está relativamente tranquilo. Su economía y su diplomacia implican un saludable cambio respecto a los tiempos de Saúl. No sólo había comida en todos los hogares, sino uvas en todos los viñedos. Es uno de esos raros tiempos de gran prosperidad y paz dados por Dios.

Sobrecogido ante tanta bondad y gracia del Señor, el rey reflexiona en todas sus bendiciones. Al hacerlo, debe haber tenido un momento de nostalgia, recordando su antigua amistad con Jonatán, y los recuerdos lo mueven a preguntar:

"¿Ha quedado alguno de la casa de Saúl, a quien haga yo misericordia por amor de Jonatán?" (2 Samuel 9:1).

Es una pregunta llena de gracia que nace del corazón de un hombre agradecido.

Es muy probable que David recordara el tierno momento cuando él y Jonatán habían pactado cuidar y protegerse el uno al otro, sin tomar en cuenta las circunstancias.

"Pero si mi padre intentare hacerte mal, Jehová haga así a Jonatán, y aun le añada, si no te lo hiciere saber y te enviare para que te vayas en paz. Y esté Jehová contigo, como estuvo con mi padre. Y si yo viviere, harás conmigo misericordia de Jehová, para que no muera, y no apartarás tu misericordia de mi casa para siempre. Cuando Jehová haya cortado uno por uno los enemigos de David de la tierra, no dejes que el nombre de Jonatán sea quitado de la casa de David. Así hizo Jonatán pacto con la casa de David, diciendo: Requíralo Jehová de la mano de los enemigos de David. Y Jonatán hizo jurar a David otra vez, porque le amaba, pues le amaba como a sí mismo" (1 Samuel 20:13-17).

Mientras está perdido en sus pensamientos, una luz se enciende en los recuerdos de David. Recordando esa promesa, busca la manera de ponerla en práctica. No quisiera que se les pase por alto la importancia de uno de los términos que usó David:

"¿Ha quedado alguno de la casa de Saúl, a quien haga yo misericordia por amor de Jonatán?" (2 Samuel 9:1).

Se trata de la palabra hebrea *hesed*, a menudo traducida en el Antiguo Testamento como misericordia, amor bondadoso o gracia. *¿Hay todavía alguien vivo en la familia de Saúl, a quien yo pudiera mostrar la misma clase de gracia que Dios ha tenido conmigo? Esa es la idea que da vueltas en la mente de David.*

Me encanta el planteo de la pregunta, precisamente por lo que no plantea. No pregunta: "¿Hay alguien que merezca . . . ? ¿Hay alguien que reúna los requisitos? ¿Hay alguien inteligente, que pudiera servirme en asuntos del gobierno . . . o que tenga un buen físico para incorporarlo a mi ejército?" No; simplemente pregunta: "¿Ha quedado alguno?" Se trata de un deseo incondicional, una pregunta empapada de gracia. "¿Me pregunto si habrá *alguien* por ahí . . . ?"

El rostro de David es un rostro que dice "Sí" en este momento nostálgico. Pero algo me dice que el servidor al que hace venir tiene un rostro que dice "No". Su nombre es Siba. Escuche su respuesta, y perciba el "No" de su voz.

"Y había un siervo de la casa de Saúl, que se llamaba Siba, al cual llamaron para que viniese a David. Y el rey le dijo: ¿Eres tú Siba? Y él respondió: Tu siervo. El rey le dijo: ¿No ha quedado nadie de la casa de Saúl, a quien haga yo misericordia de Dios? Y Siba respondió al rey: Aún ha quedado un hijo de Jonatán, lisiado de los pies" (2 Samuel 9:2, 3).

¿Se da cuenta de que hay un "No" en su respuesta, aunque en rigor haya sido afirmativa? Por supuesto. "Rey David, sé de alguien . . . pero realmente no creo que tú lo quieras tener por aquí dando vueltas. Verás, es un inválido. No sería adecuado. No es propio de la realeza." Lo que significa, una vez que desenmascaramos el orgullo: "Ese hombre no es como el resto de nosotros."

Me encanta la respuesta del rey David. En vez de decir: "No me digas . . . ¿Es muy tullido ese hombre?", lo que responde es: "¿Dónde está? Si hay alguno, cualquiera que sea . . . traigámoslo aquí." ¿Cuánta gracia! Quizás un tanto sorprendido, "Siba respondió al rey: He aquí, está en la casa de Maquir hijo de Amiel, en Lodebar" (2 Samuel 9:4).

Es interesante notar que *Lodebar* en hebreo significa "lugar estéril". Podría traducirse como "tierra inapta para pastoreo". Es como si el siervo estuviera diciendo que el hijo de Jonatán vive en un lugar absolutamente desértico, un lugar sin cultivos, un yermo. No hay un instante de vacilación. David ya ha escuchado lo suficiente como para entrar en acción.

Buscando a un inválido

"Entonces envió el rey David, y le trajo de la casa de Maquir hijo de Amiel, de Lodebar. Y vino Mefi-boset, hijo de Jonatán, hijo de Saúl, a David, y se postró sobre su rostro e hizo reverencia. Y dijo David: Mefi-boset. Y él respondió: He aquí tu siervo. Y le dijo David: No tengas temor, porque yo a la verdad haré contigo misericordia por amor de Jonatán tu padre, y te devolveré todas las tierras de Saúl tu padre; y tú comerás siempre a mi mesa" (2 Samuel 9:5-7).

Es lógico que el hombre inválido se sintiera asustado al entrar al palacio en Jerusalén. Desde pequeño, había tenido que ocultar su identidad para salvar la vida. Nunca quiso ser hallado, y menos por el rey que había sucedido a su abuelo en el trono. Si lo encontraban, su muerte era segura. Pero no había forma de negarse cuando David lo mandó buscar. Antes que pudiera darse cuenta, ya lo habían puesto en un carruaje preparado para él; y antes que pudiera creer lo que le estaba pasando, ya estaba delante del rey.

Todo esto explica por qué las palabras de David deben de haber dejado atónito a Mefi-boset. Son propias de David, de su carácter. Cuando el corazón está lleno de gracia, la persona desea liberar a otros del temor, no producirlo.

Permítame interrumpir esta maravillosa historia para preguntarle algo sobre Jesús, aquel que estaba "lleno de gracia y de verdad". ¿Sabe cuál es el mandamiento que repitió con más frecuencia? La mayoría de las personas a las que les hago esta pregunta no saben responderla correctamente. Nuestro Señor pronunció muchos mandamientos, pero éste es el que repitió con más frecuencia: "No temáis." *¿No es fantástico?* "No tengas miedo." Naturalmente, la reacción más común de alguien que estuviera parado ante el santo Hijo de Dios debe haber sido el temor. Sin embargo Jesús, lleno de gracia, decía cada vez: "No tengas miedo." No encaraba a las personas con el entrecejo fruncido, mirándolas de la cabeza a los pies y blandiendo un garrote. Los recibía con brazos abiertos y palabras reconfortantes: "No tengas miedo." Esas son las palabras que David usó para Mefi-boset. Están empapadas en gracia.

Mefi-boset debe haber esperado que le hundieran una flecha en su cuerpo. Con razón dice, tocando el suelo con el rostro ante su rey: "He aquí tu siervo." "No tengas temor", le dice David, pero el pobre inválido no puede dejar de temblar. Es como si David quisiera decirle: "No te hice buscar para castigarte por algo que hayas hecho o dejado de hacer. Estoy buscando tu bien, no tu mal. Quiero darte un lugar de honor, no despedazarte." El secreto del mensaje de David hacia este hombre puede resumirse en ocho palabras: "Puedes estar seguro de que seré misericordioso contigo."

Se provee un privilegio

"Entonces el rey llamó a Siba siervo de Saúl, y le dijo: Todo lo que fue de Saúl y de toda su casa, yo lo he dado al hijo de tu señor" (2 Samuel 9:9).

Siba debe haber estado sacudiendo la cabeza, completamente perplejo.

"Tú, pues, le labrarás las tierras, tú con tus hijos y tus siervos, y almacenarás los frutos, para que el hijo de tu señor tenga pan para comer; pero Mefi-boset el hijo de tu señor comerá siempre a mi mesa" (2 Samuel 9:10).

En cuatro ocasiones se lee en el relato bíblico que el lisiado comería a la mesa del rey: vv. 7, 10, 11 y 13: "Y moraba Mefi-boset en Jerusalén, porque comía siempre a la mesa del rey; y estaba lisiado de ambos pies" (2 Samuel 9:13).

¡Qué escena! ¡Cuánta gracia! Desde ese día en adelante fue bien recibido a la mesa del rey, y disfrutó de alimentación continua y provisión ininterrumpida. Sin merecerlo, recibió un amor incondicional. Mefi-boset debe haberse sentido aturdido varios días tratando de convencerse de que lo que estaba viviendo era realidad y no un simple sueño.

CONSIDEREMOS LAS ANALOGÍAS DE LA GRACIA

Quizás ya haya percibido algunas de las analogías entre la gracia mostrada hacia Mefi-boset y la gracia que hemos recibido usted y yo. Encuentro al menos ocho:

1. En el pasado, Mefi-boset había disfrutado del compañerismo de su padre. Lo mismo sucedió con nuestros primeros padres, Adán y Eva, en el hermoso jardín del Edén.

2. Cuando ocurrió la tragedia, apareció el temor, y Mefi-boset sufrió una caída que lo dejó inválido por el resto de la vida. Lo mismo sucedió cuando entró el pecado: la humanidad sufrió una caída que la ha dejado incapacitada para siempre en la tierra.

3. David, el rey, por el amor incondicional que tenía por su amigo Jonatán, buscó a quien pudiera demostrarle su gracia. De

manera similar, Dios Padre, por la aceptación incondicional de la muerte en la cruz de su Unigénito Hijo, sigue buscando a quien hacer partícipe de su gracia.

4. El hombre lisiado no tenía nada propio, no podía hacer nada, y no merecía nada. Ni siquiera intentó ganarse el favor del monarca. Lo único que podía hacer era aceptarlo humildemente. De manera que nosotros, pecadores sin esperanza y sin mérito alguno, que no merecemos en absoluto el favor del Padre, no podemos sino aceptarlo humildemente.

5. El rey restauró al inválido de su infortunada existencia, de un lugar desierto y desolado a un lugar de compañerismo y honor. Dios, nuestro Padre, ha hecho lo mismo por nosotros. De nuestro "Lodebar" personal de quebranto y depravación nos ha rescatado para ponernos en un lugar de alimento espiritual cerca de él.

6. David adoptó a Mefi-boset en la familia real, y le brindó constante provisión, alimento y bendiciones. Nosotros, también, hemos sido adoptados como hijos e hijas en la familia de Dios, y estamos rodeados de las inefables bendiciones de su reino.

7. La invalidez permanente del nuevo hijo le recordaba para siempre la gracia del rey. Nuestro estado imperfecto nos impide olvidar que donde el pecado abunda, la gracia *sobreabunda*.

8. Cuando Mefi-boset se sentaba a la mesa del rey, era tratado como uno de los hijos de David. Cuando un día estemos celebrando con el Señor, nosotros también seremos tratados como hijos.

Allí estaremos, compartiendo la mesa con Pablo y Pedro, con Lidia y Priscila, con María y Febe, Santiago, Juan, Bernabé, Lucas; con mártires, monjes, reformadores y evangelistas; con directores y profesores de los seminarios, pastores y misioneros, escritores y estadistas por igual, sin diferencia alguna de rango o título, sin ninguna consideración especial por los logros más elevados. ¿Por qué? Porque ninguno de nosotros merece nada, todos somos indignos. ¡Todos somos lisiados! ¡Cómo vamos a alabar a nuestro Dios! Toda nuestra alabanza será por Aquel que vino y murió, que resucitó y vive para siempre. Su nombre es Jesús; su mensaje es gracia.

Y así para todos los que...

CAPITULO CINCO

A luchar contra el legalismo

Siempre vale la pena luchar por la libertad. Es la principal razón por la cual los soldados dan su vida por la patria. Si pudiéramos entrevistar a cualquier persona que haya estado en el frente de batalla, y le preguntáramos: "¿Por qué estuvo dispuesto a vivir en esas condiciones terribles y peligrosas?" O: "¿Qué lo impulsaba a seguir peleando por su país?", las respuestas probablemente serían algo así: "Bueno, nuestra libertad estaba amenazada . . . amo a mi país, y el enemigo estaba poniendo en peligro nuestra libertad. Yo quería defenderla, y si fuera necesario volvería a pelear hasta la muerte por ella."

Hay algo que me parece realmente extraño. En realidad, me parece sorprendente que luchemos contra otras naciones para defender nuestra independencia, y si fuera necesario pelearíamos cuerpo a cuerpo para defender la libertad de quienes viven dentro de nuestras fronteras; pero en cambio cuando se trata de vivir nuestra libertad cristiana, preferimos someternos sin siquiera luchar. Nos alistamos para luchar contra cualquier enemigo que amenace nuestra independencia nacional, pero como creyentes que

vivimos bajo la gracia, no tenemos la misma pasión por defender nuestro derecho a ser libres. Basta que se suban al barco unos cuantos legalistas, y les transferimos el timón. Tenemos miedo de sus entrecejos fruncidos, adaptamos nuestra vida para seguir sus normas y dejamos que nos intimiden; todo eso por tener paz a cualquier precio (aunque no nos lleve a otra cosa que a la esclavitud), nos sometemos totalmente a sus dictados.

Esto no es algo nuevo. Ya en 1963, S. Lewis Johnson, uno de mis profesores en el seminario, escribió un excelente artículo titulado: "La parálisis del legalismo." Puso el dedo en la llaga.

"Uno de los problemas más serios que enfrenta la iglesia cristiana tradicional es el problema del legalismo. Uno de los problemas más serios que enfrentaba la iglesia en tiempos de Pablo era el problema del legalismo. Siempre ha sido así. El legalismo arrebató el gozo del Señor de la vida del creyente, y con el gozo, se va también el poder para la adoración viva y el servicio entusiasta. No queda otra cosa que una expresión reprimida, triste, indiferente y sin brillo. La verdad es traicionada, y el glorioso nombre del Señor se transforma en un sinónimo de todo lo que mata la alegría. El creyente sujeto a la ley es una pésima parodia del verdadero creyente."¹

A pesar de que escribió esto hace varias décadas, el doctor Johnson describe a la iglesia en la década de los años 90 y la que entra al siglo XXI. Si quiere encontrar grupos de individuos "reprimidos, tristes, indiferentes y sin brillo", visite muchas (me estoy conteniendo para no decir la *mayoría*) de las iglesias evangélicas de nuestro tiempo. Escribo estas palabras con un profundo dolor y una enorme desilusión. ¡Si se me preguntara cuáles son los mayores enemigos que tiene el cristianismo auténtico en nuestro tiempo, creo que el primero que nombraría es el legalismo! Como vengo diciendo desde el comienzo de este libro, el legalismo es un asesino. Las personas legalistas, con sus listas de lo que se puede y no se puede hacer, matan el espíritu de gozo y la espontaneidad en aquellos que desean disfrutar de su libertad. Las personas legalistas que están en lugares de liderazgo asfixian la verdadera vida de la iglesia, aunque declaren que están sirviendo a Dios.

Si usted nunca se enfrentó al dedo acusador de los legalistas, es un caso excepcional . . . no se imagina la bendición que ha tenido. Si ha estado sometido a esa esclavitud y se ha liberado (como yo), sabe mejor que nadie lo precioso que es el don de la libertad. ¡Vale la pena luchar por conservarla!

Tengo a mi lado la Biblia abierta en el capítulo 5 de la carta a los Gálatas. Como acertadamente se la ha llamado, esta epístola es la Carta Magna de la libertad cristiana. De hecho, el primer versículo de este capítulo contiene un mandamiento que, si fuera creído y obedecido, contribuiría enormemente a frenar el legalismo.

"Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud" (v. 1).

Nada perturba tanto al legalista como la verdad liberadora que contiene la gracia. Ya en el siglo I, Pablo les escribía a creyentes que no deberían haberse dejado engañar de esa forma, y sin embargo habían caído bajo el influjo paralizante de los asesinos de la gracia. Hay una paráfrasis que traduce así Gálatas 5:1:

"No pierdan su libertad abdicando . . . Planten sus pies firmemente dentro de los límites de la libertad que Cristo les dio, y no permitan que les impongan de nuevo el yugo de la esclavitud."

El creyente debería tener el valor de decir: "Otórguenme la libertad por lo que Cristo hizo. La esclavitud es esclavitud, sea política o espiritual. Denme la libertad que Jesús ganó en el Calvario, porque si no me la dan sigo siendo esclavo. Es preferible la muerte antes que la esclavitud . . . de modo que asegúrenme la libertad que Jesús conquistó para mí, o prefiero morir." Vivir en esclavitud es declarar nula la gracia de Dios.

LA DEFINICION DE DOS TERMINOS IMPORTANTES

Sin caer en academicismos, quiero definir un par de términos que hemos estado usando con frecuencia. En primer lugar, ¿qué quiero decir cuando declaro que el creyente tiene libertad? Y en

segundo lugar, ¿qué significa decir que el *legalismo* esclaviza a las personas?

Libertad

En esencia, libertad es independencia . . . independencia de algo e independencia para hacer algo.

Libertad es la independencia de la esclavitud y de las garras del pecado. En principio, es la libertad del poder del pecado y de la culpa. Es liberarse de la ira de Dios. Es liberarse de la autoridad satánica y demoníaca. Y lo que es igualmente importante, me libera de la vergüenza que podría llegar a aprisionarme, y es también liberarme de la tiranía de las opiniones, imposiciones y expectativas de los demás.

Hubo un tiempo en que vivía sin Cristo y estaba sometido a los impulsos y necesidades que tenía dentro de mí. Estaba a merced de mi amo Satanás y mi estilo de vida estaba marcado por el pecado. Cuando mis impulsos aumentaban, no había nada en mí que ejerciera control, nada que me retuviera. Era una horrible esclavitud.

Por ejemplo, mi vida estuvo dominada por los celos durante muchos desdichados años. Era algo que me consumía. Obedecía esos impulsos de la misma forma en que un esclavo obedece a su amo. Pero llegó un día en que desperté espiritualmente a la bondadosa gracia de Dios, le permití que tomara total control, y entonces, los celos desaparecieron. Quizás por primera vez en mi vida sentí verdadero amor; el gozo, el romance, la espontaneidad, el libre fluir de la creatividad que nacían por la gracia de una esposa fiel, que me amaba sin condiciones, que estaba comprometida en fidelidad para conmigo por el resto de su vida. Ese amor y esa entrega me motivaron a amarla a su vez con más libertad que nunca antes. Ya no amaba con ese amor nacido del miedo a perderla, sino por el amor que nacía del gozo y de la bendición vinculados al hecho de ser amado de manera incondicional e ilimitada.

Ahora que Cristo ha venido a mi vida y yo he despertado a su gracia, él me ha liberado de esta clase de esclavitud al pecado. Y con ella viene una libertad que se traduce en ausencia de miedo, casi un sentido de ser invencible en presencia del adversario. Este

poder, no lo olvide, se debe a Cristo que vive en mí.

Además, él nos ha provisto una gloriosa libertad de la maldición que trajo la ley. Con esto quiero decir que Cristo trajo libertad de la constante obligación que significaba agradar a Dios y/o a los demás. Significa libertad del temor a ser condenado por Dios, como también del temor de una conciencia acusadora. Es libertad frente a las exigencias de las demás personas, libertad de todos los *debes y no debes* que me imponen.

Esa libertad está *motivada* por un amor incondicional. Cuando la gracia de Cristo ilumine su vida, descubrirá que no hace las cosas por temor, por vergüenza o por culpa, sino que las hace por amor. Se acaba para siempre la terrible tiranía de actuar para complacer a los demás.

La gracia también trae libertad para *hacer* algo: libertad para disfrutar de los derechos y los privilegios de quien ha sido quitado del yugo de la esclavitud, y de permitir a otros que también sean libres. Es libertad para vivenciar una nueva clase de poder que sólo Cristo puede otorgar. Es libertad para llegar a ser todo lo que él quiso que yo fuese, *sin estarme fijando cómo gula él a las demás personas*. Yo puedo ser yo mismo, plena y libremente. Es libertad para conocer a Jesús de manera independiente y personal. Y esa libertad luego se extiende a los demás para que ellos puedan ser lo que Dios quiere que sean . . . ¡diferentes a mí!

Como verá, Dios no está fabricando creyentes con moldes para hacer galletitas, iguales en todo el mundo, para que todos pensemos de manera similar, tengamos apariencias semejantes, hablemos parecido y actuemos de la misma manera. Los cuerpos de las personas son muy variados. Nunca se pensó que tuviéramos temperamentos uniformes, que usáramos el mismo vocabulario, que presentemos la misma sonrisa melosa, que nos vistamos de la misma forma, y desempeñemos los mismos ministerios. Repito: a Dios le complace la variedad. La libertad para ser lo que somos es algo realmente magnífico. Es libertad para hacer elecciones, libertad para conocer la voluntad de Dios, libertad para caminar en esa voluntad, libertad para obedecer su manera de guiarnos a usted y a mí en la vida. Una vez que conocemos esa libertad, no nos vamos a conformar con nada menos.

Quizás debo reiterar que es una libertad por la cual tendrá que luchar. ¿Por qué? Porque las filas del cristianismo están repletas de

personas que hacen comparaciones, y que les encantaría controlar y manipular las cosas para que usted llegue a ser tan desdichado como ellos. Después de todo, si ellos están decididos a ser "reprimidos, tristes, indiferentes y sin brillo", esperarán que usted también lo sea. "La desdicha busca seguidores", es el lema que comparten sin pronunciarlo, y sin llegar a admitirlo.

Legalismo

Ha llegado el momento de que nos familiaricemos con el acérrimo enemigo de la libertad. El legalismo es una actitud, una mentalidad que se basa en el orgullo. Es la adecuación obsesiva a pautas artificialmente establecidas con la finalidad de "agrandarse" ante los demás. El legalista impone su autoridad, abusa de ella. Como lo dice tan acertadamente Daniel Taylor, termina en un control ilegítimo, que impone unanimidad en lugar de unidad.

"La gran arma del autoritarismo, sea secular o religioso, es el legalismo: es la producción y manipulación de reglas con el objeto de ejercer un control ilegítimo. Quizás el legalismo sea la más dañina de todas las perversiones de la voluntad de Dios y de la obra de Cristo, ya que se aferra a la ley a expensas de la gracia, a la letra en lugar del espíritu.

"El legalismo es una expresión más de la compulsión del ser humano por encontrar seguridad. Si podemos mantener vigorosamente una lista exhaustiva de lo permitido y lo prohibido (buscando siempre los comportamientos visibles), no sólo podremos controlar a otros seres humanos, que de lo contrario serían imposibles de predecir, sino que podemos llegar a gozar del favor de Dios

"El autoritarismo legalista se pone de manifiesto en la confusión que hay entre el principio cristiano de unidad y la insistencia humana en la unanimidad. La unidad es una cualidad profunda, y aun mística. Alcanzar la unidad requiere esfuerzo, y sin embargo el mero esfuerzo nunca la logra; es una fuente de enorme seguridad, aunque implica un enorme riesgo.

"Por otro lado, la unanimidad es algo muy ordenado. Se puede medir, se puede verificar, se puede imponer. En gran medida es algo externo, mientras que la unidad es esencialmente algo interno. La meta primordial de la unanimidad es el comportamiento correcto, mientras que la meta de la unidad, es tener un espíritu correcto. La unanimidad insiste en que se sigan muchas doctrinas además de las referidas a la fe y la conducta, y hasta abarcan la ortodoxia de la experiencia y del vocabulario. Es decir, se espera que los creyentes lleguen a Dios de manera similar, tengan experiencias similares con Dios, y usen frases normalmente aceptadas para describir esas experiencias."²

En sus muchas expresiones, lo que el legalismo dice es: "Porque hago esto, o porque no hago aquello estoy agradando a Dios." O bien: "Si tan sólo pudiera hacer esto o dejar de hacer aquello, agradaría a Dios." O quizás: "Estas cosas que hago o dejo de hacer me ganan el favor de Dios." Usted comprenderá que no son cosas que estén escritas en las Sagradas Escrituras. Han ido pasando o se las han dicho al legalista, y se han vuelto una obsesión para él. El legalismo es rígido, severo, exigente, de naturaleza formal. El orgullo, que yace en la raíz del legalismo, opera en sincronización con otros factores como por ejemplo la culpa, el temor, la vergüenza. Pone el énfasis en lo que *no* debe ser, y en lo que la persona *no* debe hacer. Florece en un monótono contexto de negativismo.

Pocas personas han descrito tan bien el legalismo como Eugenio Peterson en su excelente libro *Traveling Light* ("Luz para el camino"), donde contrasta un andar sano en la fe con el legalismo.

"La palabra *creyente* significa cosas diferentes para diferentes personas. Para una persona significa un estilo de vida rígido, duro, severo, carente de color y de flexibilidad. Para otro significa una aventura llena de sorpresas y de riesgos, como si se viviera casi en el aire, en un sentido de expectación.

"Cualquiera de estas imágenes puede respaldarse con abundante evidencia. Hay incontables ilustraciones para una u otra posición en las congregaciones a lo largo y

ancho del mundo. Pero si nos restringimos a la evidencia bíblica, sólo se puede respaldar la segunda imagen: la de una persona que vive con entusiasmo, explorando cada una de sus experiencias (penas y alegrías, enigmas y descubrimientos, plenitud y frustración) como dimensiones de la libertad humana, buscando en cada una de ellas significado y gracia. Si obtenemos nuestra información a partir del material bíblico, no cabe duda de que la vida cristiana es una vida llena de entusiasmo, de vitalidad, de osadía.

"¿Cómo es entonces que se imprime esta otra imagen en la mente de tantas personas? ¿Cómo es que alguien puede llegar a asociar la vida de fe con algo cargado de aburrimiento, de extrema prudencia, de inhibición, de pesadez? Bien podríamos suponer que una congregación de creyentes, bien equipados con historias de libertad, como son las de Abraham, Moisés, David, Sansón, Débora, Daniel, no admitiría ni por un momento enseñanzas que eliminaran la libertad. Podríamos esperar con toda razón que un grupo de personas que desde la infancia han escuchado relatos de Jesús liberando a las personas, y que centran su atención en este mismo Jesús adorándole todas las semanas, serían personas sensibles a cualquier restricción de su libertad. Podríamos pensar que las personas que tienen una experiencia común, que es el perdón de sus pecados y la libertad que da el Espíritu, no vivirían bajo la tiranía de las emociones o de las opiniones ajenas, o de los malos recuerdos, sino que en libertad, fe y amor, estarían alerta a cualquier persona o cosa que pudiera sofocar su recién obtenida espontaneidad.

"Pero el hecho es que la comunidad de fe, el lugar donde más deberíamos encontrar la experiencia de una vida libre, es también el lugar donde más peligro hay de que ésta se pierda."³

Para ser honestos, ¿cuántas congregaciones conocemos que puedan considerarse como congregaciones llenas de "entusiasmo, vitalidad y osadía", congregaciones donde el despertar de la gracia en cada individuo invita a expresar la libertad en Cristo? Me temo

que el número de estas congregaciones es mucho menor de lo que nos imaginamos. Vayamos a los números. ¿Cuántos creyentes conoce usted que experimentan el gozo y la libertad de ser personas llenas de vida, exuberantes de entusiasmo, que disfrutan viviendo con espontaneidad, en oposición a los cientos de miles que se llevan de las pautas fijadas por los legalistas y viven de acuerdo con ellas? ¿No resulta sorprendente, a cualquiera que haya alcanzado la libertad, que hubiese alguna persona dispuesta a volver al estado de esclavitud? Le sugiero que reflexione una vez más en la frase final de la cita de Peterson. Como de costumbre, da justo en el blanco. El lugar de la tierra donde más podríamos esperar que se nos garantice la libertad, es precisamente el lugar donde más nos scmeten a esclavitud: la iglesia. Con seguridad que esto debe entristecer a Dios.

Lo que ocurrió durante el siglo I seguramente puede suceder en el siglo XX. Pablo les escribe a los gálatas, expresándoles su desconcierto: "Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?" (Gálatas 5:7).

Permítanme ampliar este pensamiento: "Cuando yo estaba entre ustedes, algunos estaban corriendo los cien metros llanos, otros estaban corriendo los cuatrocientos metros con toda soltura. Y hasta había otros haciendo distancias mayores, verdaderos maratonistas. La verdad los había hecho libres y recuerdo perfectamente lo bien que estaban corriendo y lo contentos que estaban. ¿Quién se les puso en el camino? ¿Quién les dijo que no tenían derecho a correr o a disfrutar de la carrera? Algunos de ustedes han dejado totalmente de correr" (Paráfrasis de Swindoll).

Y eso no es todo. En el capítulo 3, vv. 1-3, Pablo es aun más enfático. Su saludo inicial raya en el insulto: "Gálatas insensatos." (Seguro que a usted no le cae bien, pero hay una paráfrasis de la Biblia que usa la palabra "tontos".)

"Oh gálatas tontos! ¿Qué extraño poder los ha apartado del camino de la fe en Cristo? Les hemos predicado claramente para que vieran que Jesucristo ya fue clavado en una cruz. Sólo una cosa quiero saber. ¿Recibieron ustedes el Espíritu Santo por guardar la ley judía? ¿O lo recibieron por haber oído de Cristo? ¿Cómo pueden ser tan tontos? Ustedes comenzaron la vida cristiana por el

Espíritu Santo. Ahora creen que serán mejores cristianos volviendo a su culto de antes."

En efecto, el apóstol dice: "Cuando yo estaba allí, enseñándoles la verdad, les presenté al Salvador que pagó toda la penalidad que pesaba sobre ustedes a causa del pecado. La muerte que él murió y su posterior resurrección de la tumba, saldaron totalmente la deuda del pecado con Dios. *¡Está totalmente saldada!* Todo lo que tienen que hacer es creer que él murió y resucitó de los muertos por ustedes. El fue expuesto públicamente para que todos pudieran verlo, y ahora la verdad puede ser proclamada, para que todos puedan creer. Ustedes creyeron en él hace algún tiempo, y eran maravillosamente libres. Pero ahora no. ¿Qué los embrujó? ¿Qué hizo que transfirieran su lealtad de la gloria de Dios a las opiniones de los hombres, de la obra del Espíritu a las obras de la carne? ¿Cuándo empezaron a correr con miedo?" Esa es la idea.

Ya antes, en Gálatas 1:6, Pablo admite su sorpresa: "Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente."

Ahora piense, ¿qué está defendiendo el apóstol? ¡La libertad! "Una vez fueron libres. Pero ahora, mis queridos amigos de Galacia, son esclavos. Quiero saber qué es lo que falló." La respuesta no es complicada; los asesinos de la gracia los habían invadido y conquistado.

TRES HERRAMIENTAS DEL LEGALISMO

Vayamos a lo concreto. ¿Cuáles son los caminos por los cuales los legalistas tratan de entrar en una vida, en una iglesia, en una obra misionera, en una denominación? ¿Cómo se meten? ¿Por qué tienen éxito? Después de haber estudiado el primero y segundo capítulo de Gálatas, estoy preparado para identificar al menos tres de las diferentes herramientas que usaron los legalistas en la iglesia primitiva: la herejía doctrinaria, el acosamiento y la hipocresía.

Consideremos en primer lugar a *aquellos que perturban o distorsionan la verdad introduciendo doctrinas heréticas*. La Escritura lo dice de manera clara y simple; los legalistas estaban distorsionando la verdad en las reuniones de los gálatas.

"Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema. Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo" (Gálatas 1:6-10).

Al sembrar doctrinas heréticas, los legalistas estaban perturbando a las personas y distorsionando la verdad. Su mensaje herético era que los gálatas creyentes debían permitir a Moisés completar lo que Cristo había iniciado. En otras palabras, que la salvación no es sólo por fe, sino que requiere de las obras. Los logros humanos deben acompañar a la fe sincera antes de que una persona pueda estar segura de ser salva. Hasta el día de hoy seguimos escuchando este "diferente evangelio", y es una mentira. Una postura teológica que haga depender la salvación de un gramo de realizaciones humanas no es una buena nueva, sino una mala noticia. Es herejía. Es la antítesis del verdadero mensaje que encendió la llama de la Reforma: *Sola fide*: sólo por fe.

Una salvación que empieza con el amor de Dios que desciende hasta la humanidad descarriada, y que se concreta en la muerte y resurrección de Cristo adjudica toda la alabanza a Dios. Pero una salvación que incluye las realizaciones humanas, el trabajo duro, los esfuerzos personales y hasta las obras religiosas, distorsiona las buenas nuevas porque es el hombre el que lleva el mérito, y no Dios. El problema es que apela a la carne. Dos veces expresa Pablo su reacción hacia aquel que introdujo esa herejía doctrinal: "¡Anatema!" Esta es la forma en que Pablo expresa que esa persona está ¡condenada! *Anatema* es la palabra más fuerte en griego para expresar condenación.

Sin embargo, la herejía se mantiene. Casi cualquier culto herético en que pudiéramos pensar consiste en la salvación por obras. Apela a la carne. Nos dice que si podemos mantenernos

inmóviles por determinado tiempo en una esquina, o si podemos distribuir tal cantidad de literatura, o si podemos renunciar a tal y cual cosa de la vida, si nos bautizamos, si ofrendamos, si oramos o si asistimos a numerosas reuniones, entonces las buenas obras y el enorme esfuerzo harán que Dios nos sonría con agrado. Al fin, cuando lo bueno se pese junto a lo malo en el día del juicio, usted obtendrá favor. El resultado de todo esto, lo repito, es la gloria del hombre, porque usted completó su salvación.

La gracia dice que usted no tiene que dar nada, ganar nada, ni pagar nada. ¡Y no podría hacerlo aunque lo intentara! ¿Recuerda lo que aprendimos en el capítulo 2? ¡La salvación es un don gratuito! Usted simplemente se apropia de lo que Cristo ha provisto. Eso es todo. Y sin embargo, la doctrina herética de las obras sigue circulando por todo el mundo, y continuará haciéndolo. Su éxito se debe a que el orgullo de los hombres y las mujeres es muy fuerte. Sencillamente, pensamos que *tenemos* que *hacer* algo para sentirnos bien al respecto. No concuerda con el sentido común del ser humano obtener algo valioso a cambio de nada.

Por favor, permítame ser muy franco con usted: ¡deje de tolerar ese evangelio herético de salvación por obras! Es legalismo. Despierte y tome conciencia del hecho de que lo someterá a un síndrome de esclavitud que no acabará nunca. El verdadero evangelio de gracia, en cambio, lo hará libre. Libre para siempre.

Fijémonos más detenidamente en Gálatas 1:10: "Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo."

¿Se imagina cómo era la vida de Pablo antes de conocer a Cristo? El nos lo dice: era una persona que buscaba agradar a los demás. Dice: "Si *todavía* agradara a los hombres" Cuando era fariseo, había sido un legalista. Su meta, entre otras cosas, era agradar a la gente.

Cuando se dio cuenta de que Cristo era quien declaraba ser, y que su muerte era efectiva y suficiente para proveer completa paga por el pecado, se sintió abatido por la enorme deuda que tenía ante Dios. Se sintió totalmente impactado por su encuentro con Cristo en el camino a Damasco. Aprendió entonces (y en los años subsiguientes) que no se puede tratar de agradar a la gente, o vivir con miedo de los demás. Hay sólo una persona a quien agradar y

a quien temer en este mundo, y es Dios.

Quiero agregar algo aquí especialmente para pastores y líderes cristianos. Aquellos que buscan agradar a Dios son invencibles. Y no sólo eso, sino que cuando alguien deja de esforzarse por agradar a los demás, deja de sentirse intimidado. La iglesia de Jesucristo necesita más pastores que no se sientan intimidados y vencidos. Ponemos muchísimo esfuerzo en capacitar a hombres y mujeres para el ministerio. Pero no hay un esfuerzo similar por entrenar a las congregaciones para esos obreros. Eso es lamentable. Las congregaciones cristianas necesitan aprender a dejar que el pastor las dirija, a respetar sus opiniones y a seguirlo confiadamente. Sí, es cierto que el pastor debe merecer ese respeto y debe ser confiable. Pero la tragedia es que hay muchos pastores que "buscan el favor de la gente" y se "esfuerzan por agradar" a cualquier precio. No conozco una manera más rápida de arruinar un ministerio y, a la vez, ser consumido por la ansiedad. No se ejerce verdadero liderazgo espiritual cuando el líder está atemorizado de lo que la gente pueda pensar o decir.

Recuerdo una experiencia que me enseñó esto. Estaba pastoreando una iglesia en otro estado, hace ya más de veinte años. Surgió una cuestión que dividió a los líderes en dos grupos opuestos. Era un asunto polémico, y advertí que podía llegar a dividir la iglesia. Mi tensión se agravaba al saber que mi voto en el cuerpo de ancianos decidiría la disyuntiva. El cuerpo de líderes, todos hombres de mucho carácter, estaba repartido equilibradamente, y se requeriría mi voto para desempatar. Todos los ojos caían sobre mí. La decisiva reunión se fijó para un jueves por la noche. Yo era relativamente joven, y mirando hacia atrás, veo que todavía estaba demasiado interesado en agradar a la gente, lo admito ahora para mi propio bochorno.

Le dije a Cynthia que quería pasar la noche solo para pensar a fondo en el asunto. Subí a nuestro automóvil temprano el miércoles por la mañana, entré a la autopista que salía del pueblo, y coloqué mi Nuevo Testamento sobre el tablero de instrumentos mientras empezaba a manejar. Abrí en Gálatas, capítulo 1, y empecé a leer en voz alta, echando una mirada a la ruta y luego otra a la Biblia. Repentinamente, el v. 10 saltó de la página como un tigre de afiladas garras: "¿O trato de agradar a los hombres?" Sí, el mismo versículo de las Escrituras que hemos estado analizando,

pero ese día era como si lo viera por primera vez. De inmediato, me estacioné al lado de la carretera. Apagué el motor y leí las palabras en voz alta una y otra vez. *¡Qué reprimenda!* No sólo tenía la respuesta que necesitaba, sino que había dado con un principio que puede cambiar vidas. En pocos minutos, la confianza ocupó el lugar del temor. Desapareció el persistente deseo de agradar a un grupo de hombres. Mi única meta era agradar a Dios. Me vi libre de la presión de tratar de "agradar a los hombres".

Giré en "U", y para sorpresa de mi esposa, que esperaba verme al día siguiente, regresé a casa y le conté mi descubrimiento. Ella sonrió con aprobación. Había observado mi inseguridad esa mañana temprano. La noche siguiente expuse abiertamente mis convicciones, que desagradaron a algunos de los miembros del equipo, pero al fin probaron ser la mejor decisión. Algunos se fueron de la iglesia, pero por primera vez en mi ministerio experimenté un reconfortante sentido de libertad. Sin intimidaciones, desplegué una mayor seguridad en mi liderazgo que, gracias a Dios, me ha acompañado desde entonces. Y eso ha hecho una notable diferencia. Me vi liberado de la servidumbre de tratar de agradar a la gente.

Quizás ésa sea una de las razones por las que escribo tan apasionadamente acerca de la importancia de ser libre, y les ruego con tanta vehemencia que permitan que el poder vivificador de la gracia de Dios genere en ustedes un hambre de libertad. Aquellos que permiten que se les arrebate la libertad no sólo abrazan una herejía, sino que viven bajo la bota de los asesinos de la gracia, que disfrutan controlando e intimidando a los demás.

La segunda herramienta que veo que usan los legalistas es el acosamiento en la iglesia; son aquellos que *espían y esclavizan*:

"Después, pasados catorce años, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando también conmigo a Tito. Pero subí según una revelación, y para no correr o haber corrido en vano, expuse en privado a los que tenían cierta reputación el evangelio que predico entre los gentiles. Mas ni aun Tito, que estaba conmigo, con todo y ser griego, fue obligado a circuncidarse; y esto a pesar de los falsos hermanos introducidos a escondidas, que entraban para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para

reducimos a esclavitud, a los cuales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros. Pero los que tenían reputación de ser algo (lo que hayan sido en otro tiempo nada me importa; Dios no hace acepción de personas), a mí, pues, los de reputación nada nuevo me comunicaron" (Gálatas 2:1-6).

Conozco pocos pasajes que como éste, expongan con tanta franqueza el destructivo estilo del legalismo. Ya consideramos a aquellos que perturban y distorsionan el evangelio. Ahora, vamos a considerar a aquellos que espían y esclavizan a los individuos que desearían estar libres. En pocas frases, permítanme comunicarles el trasfondo de lo que Pablo está diciendo aquí en Gálatas 2.

Catorce años antes, el apóstol Pablo había recibido una revelación directa de Dios en el sentido de que lo había llamado a ministrar especialmente entre los gentiles. Ustedes recordarán que Pedro había sido llamado para ministrar particularmente a los judíos. Con la predicación de Pablo a los gentiles surgió una pregunta importantísima: ¿Debía un gentil circuncidarse para llegar a ser cristiano? Otras preguntas se relacionaban a ésta: ¿Tiene que seguir determinada dieta? ¿Debe cumplir con los requisitos de la ley mosaica? ¿Tiene que tratar de llegar a ser como un judío? En otras palabras, ¿era necesario que Moisés completara lo que Cristo había iniciado? Pablo respondió enfáticamente que no. Al hacerlo, presentaba el evangelio de Cristo basándose en el mensaje de la gracia. No causa sorpresa que los gentiles respondieran por miles. Esto hizo que algunos de los creyentes judíos se pusieran un poco nerviosos, especialmente aquellos que mantenían posiciones más legalistas acerca de la salvación. La afluencia de tantos gentiles conversos los perturbaba enormemente.

Es loable la reacción del apóstol Pablo: "Dejemos que los padres de la iglesia, los pilares de la iglesia, respondan a este interrogante. Necesitamos de su sabiduría." De modo que partió a Jerusalén, donde habría de llevarse a cabo la reunión, llevando consigo a Bernabé (un judío circuncidado), y a Tito (un gentil no circuncidado), los cuales habían aceptado al Señor Jesucristo como su Salvador. Pablo nos dice lo que hizo al llegar: "... para no correr o haber corrido en vano, expuse en privado a los que tenían cierta

reputación el evangelio que predico entre los gentiles" (v. 2).

Esto nos muestra que venía con una actitud abierta. En efecto, Pablo dijo: "Señores, quiero que sepan que he estado enseñando las buenas nuevas de Cristo según la gracia. ¿Estoy en lo correcto o debo enmendarlo?" La respuesta que recibió, en pocas palabras, fue: "Estás en lo correcto. Aprobamos tu mensaje." Tome nota del v. 3: "Mas ni aun Tito, que estaba conmigo, con todo y ser griego, fue obligado a circuncidarse."

¿Piensa que los legalistas se quedaron muy sentados? En absoluto:

"Y esto a pesar de los falsos hermanos introducidos a escondidas, que entraban para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para reducirnos a esclavitud, a los cuales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros" (vv. 4, 5).

¡Bravo, Pablo! ¿Por qué no toleró el enfrentamiento ni se sometió a sus exigencias legalistas? ¿Porque vale la pena luchar por la libertad! Los solapados legalistas estaban haciendo su jugada, pero él se negó a someterse ni siquiera por una hora.

Debemos detenemos y analizar las palabras "espiar nuestra libertad". El término griego *kataskopos* se traduce "espiar". A. T. Robertson dice que significa "explorar, hacer una investigación tramposa".⁴ ¿Por qué? Es fácil decirlo: ¡Para someter a esclavitud! Estaban aquellos que no sólo desaprobaban la libertad de Pablo sino que querían que los demás vivieran en la misma condición de esclavitud en que vivían ellos. (De paso, todavía existe gente así.)

En el v. 4 Pablo dice que "se introdujeron" para someterlos a esclavitud. En el v. 5 afirma: "... ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros." Es una buena pauta: cuando se entremete el legalismo, es necesario que los líderes se pongan rápidamente de pie. Los fuertes deben defender a los débiles. A Pablo no lo asustaban ni lo intimidaban; no lo movían de su posición. Resistió al legalismo, y nosotros debemos hacer lo mismo. Créanme, los legalistas no se dan por aludidos si usted se muestra inseguro y blando con ellos. No necesitamos ser duros, pero es necesario ser muy firmes.

Antes cité a Eugene Peterson. Como sus palabras se aplican muy bien a lo que estoy tratando de comunicar, veamos un párrafo más:

"Hay personas que no quieren que seamos libres. No quieren que seamos libres delante de Dios, aceptados tal como somos por su gracia. No quieren que seamos libres para expresar nuestra fe de manera original y creativa en el mundo. Quieren controlarnos; quieren usarnos para sus propósitos. Esas personas se niegan a vivir su fe de manera ardiente y abierta, y en cambio se encierran con algunos más y tratan de obtener un sentido de aprobación vistiéndose de manera similar, hablando y actuando de manera similar, respaldando así mutuamente el valor de cada uno. Sólo se expanden numéricamente a condición de que los nuevos miembros actúen, hablen y se comporten como ellos. Estas personas se infiltran en las comunidades de fe "para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús", y con frecuencia encuentran la manera de controlar, reprimir y asfixiar la vida de los creyentes libres. Sin darnos cuenta, nos volvemos ansiosos por saber lo que otros opinan sobre nosotros, obsesivamente preocupados por lo que otros piensan que debemos hacer. Ya no vivimos las buenas nuevas, sino que tratamos ansiosamente de memorizar y recitar el libreto que alguna otra persona nos ha asignado. Haciéndolo, quizás nos sintamos seguros, pero no seremos libres. Quizás sobrevivamos como comunidad religiosa, pero no sabremos qué significa ser humanos llenos de amor y de fe, llenos de esperanza. La conducta conformista y soberbia no es una conducta libre. Pero Pablo "ni por un momento" accedió a someterse, "para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros". Cada persona libre que se beneficia del valor de Pablo, seguirá alerta en el movimiento de resistencia que fundó el apóstol."⁵

Estimado lector, ¿podría hacerme el favor de renunciar a la lista de lo permitido y lo prohibido que tiene confeccionada para los demás? Guárdela para usted mismo, pero no me diga a mí ni

a nadie más, qué puedo hacer y qué debo dejar de hacer.

Hay miles de ejemplos de acosamiento. Recientemente escuché acerca de alguien que asistía a un seminario legalista donde los estudiantes debían seguir normas muy estrictas. No debían hacer ningún trabajo los días domingo. ¡Ninguno! ¿Sabe una cosa? Un hombre espiaba a su mujer, y la pescó colgando unas prendas que había lavado el domingo por la tarde. ¿Está preparado para lo que viene? ¡El hombre llevó a su esposa ante las autoridades del seminario! Confieso que hay ocasiones en mi vida en que la estrechez mental de algunas personas me hace dar ganas de gritar.

Es tiempo de que la iglesia (es decir usted y yo, mi amigo) reconozca la necesidad de un "despertar de la gracia" sobre la tierra, una nueva reforma independentista, que proclame que vale la pena luchar por la libertad.

El tercer instrumento asesino de la gracia que identifiqué en el libro de Gálatas es la *hipocresía*: aquellos que mienten y engañan (Gálatas 2:11-14). Este es uno de esos raros relatos de las Escrituras en que vemos chocar a dos líderes importantes de la iglesia. Son Pablo y Pedro; a éste último también se le llama Cefas. "Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar" (v. 11).

Pregunta: ¿Por qué resistió Pablo a Pedro? Nos dice:

"Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión" (v. 12).

Una traducción de la Biblia dice que Pedro "tenía la costumbre de comer con los gentiles". Eso continuó hasta que aparecieron los judíos, y entonces Pedro dijo: "No, gracias, nunca como jamón", esperando que los judíos le sonrieran en aprobación. El problema era que antes de que Jacobo y sus amigos judíos llegaran, se podía escuchar a Pedro diciéndoles a sus amigos gentiles: "Seguro, sírvanme. Y un poquito de tocino por favor; ¡me encanta el sabor!" ¡Qué hipócrita!

Pablo advirtió el doble mensaje y puso en evidencia la hipocresía de Pedro. Y lo reprende. "Cómo se te ocurre, Pedro, finges delante de los judíos, y después te das vuelta y finges frente

a los gentiles. Hablas de libertad, pero no estás viviendo la libertad. Y un momento después hablas de la ley, pero tampoco vives de acuerdo con la ley. Estás nadando entre dos aguas, Pedro. Debes arreglar esto inmediatamente."

El problema se agravaba porque otros miraban al líder y ajustaban su propia vida a este modelo hipócrita:

"Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?" (vv. 13, 14).

¿Por qué se mostró tan firme Pablo? Porque la gente sigue las pistas que les dan sus líderes. Las ovejas siguen a sus pastores. Y como la hipocresía legalista no se muere nunca por sí sola, debe ser enfrentada. Les recuerdo una vez más, siempre valdrá la pena luchar por la libertad.

Conozco a un hombre que tiene unos sesenta años, al que todavía le acechan los recuerdos de haber sido criado por padres hipócritas. Le ha llevado la mayor parte de su vida adulta enfrentar la verdad de que el engaño de sus padres significó un abuso emocional y espiritual sobre su persona. Durante toda su infancia, su familia asistía a una iglesia donde se les enseñaba que no debían ir al cine. Era tan estricta la norma que en los cultos del domingo se llamaba a los miembros al altar para confesar si habían cometido ése o algún otro "pecado". El problema era que su familia generalmente iba al cine los viernes o los sábados por la noche, siempre en secreto. Pero dejaban bien en claro que nadie debía decir nada al respecto. Le grabaron la consigna: "Debes cerrar la boca." Y allí estaba el muchachito, escuchando la misma consigna semana tras semana, de regreso del espectáculo: "No le digas a nadie el domingo que hicimos esto." Por supuesto, iban a un cine que quedaba a varios kilómetros de la iglesia, para que los otros miembros de la congregación no lo supieran. Hace muy poco que este hombre ha llegado a reconocer el daño que esa actitud hipócrita tuvo sobre su vida cristiana. Al no admitir con franqueza

la verdad, no es de extrañar que desarrollara un estilo de vida cargado de engaño y de hipocresía. Sólo recientemente, con la ayuda de un excelente terapeuta cristiano, ha podido superar su confusión.

De paso, antes de que se sienta inclinado a pensar que nunca caerá en la hipocresía, que usted está por encima de esas tentaciones, recuerde lo que Pablo dijo en su carta a los gálatas. Un líder espiritual fuerte y estable como Pedro cayó en esa actitud. Y con él, muchos otros, "aun Bernabé". El legalismo es muy sutil, muy insidioso. He descubierto que es especialmente tentador para aquellos cuyo temperamento los lleva a querer agradar a los demás, lo que nos remite nuevamente a ese maravilloso pasaje que nos libera: Gálatas 1:10:

"Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo."

CUATRO PODEROSAS ESTRATEGIAS

Los asesinos no pueden ser simplemente ignorados o tolerados bondadosamente. Es tan absurdo dejar que el legalismo avance como dejar que una serpiente venenosa se introduzca en su casa y se esconda. No pasará mucho tiempo antes que alguien resulte herido. Entonces, si vale la pena luchar por la libertad, ¿cómo lo hacemos? ¿Dónde empezar mi propio despertar de la gracia? Pienso en cuatro estrategias efectivas:

1. *Manténgase firme en su libertad.* Recuerde lo que Pablo escribió en Gálatas 5:1: "Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud." Defienda su posición. Pídale al Señor que le dé valor.

2. *Deje de buscar la aprobación de los demás.* Puede tratarse de un hábito difícil de romper, pero realmente vale la pena todo el esfuerzo que pueda hacer. Si usted está en un grupo donde siente que se le ejerce presión para hacer ciertas cosas que van en contra de su conciencia, o para que deje de hacer cosas que para usted no significan un problema, ¡salga de ese grupo! Es poco sensato que se quede en un sitio donde su conciencia le dice que no debe estar. Eso no es otra cosa que servir a los hombres, no a Dios. No

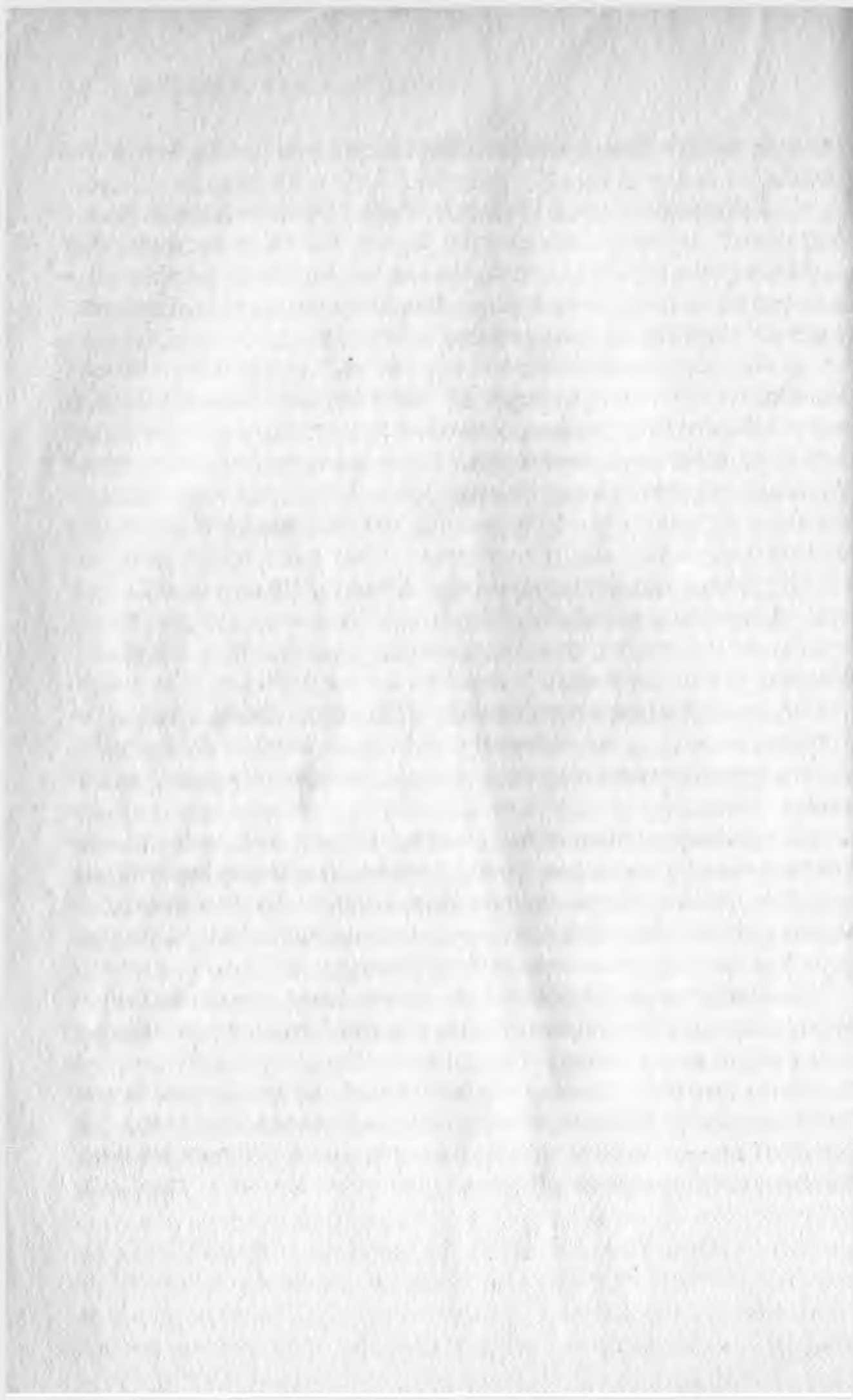
importa lo espiritual que sucene, deje de buscar la aprobación de los demás.

3. *Empiece a negarse a vivir esclavizado.* Niéguese a tratar de ser "espiritual" en base a los propios logros. Piense lo hermoso que sería liberarse de toda la ansiedad que acompaña la servidumbre a la que se ha sometido; piense lo limpio que se sentiría si volviera a ser sin fingimiento, una persona sin doblez.

4. *Manténgase franco respecto a la verdad.* Eso significa vivir con honestidad. Si usted no está de acuerdo con algo, dígallo con suavidad pero con firmeza. Si usted es el único en esa posición, sea leal a sí mismo y manténgase firme aunque esté solo. Si se equivocó, dígallo: "Me equivoqué." Si no sabe algo, admítalo. Es legítimo no saber algo. Y la próxima vez que sus hijos le señalen alguna hipocresía, aunque se sienta perturbado, concuerde con ellos: "¿Saben, niños? Tienen razón. Actué con hipocresía. Lo que han observado y señalado es totalmente correcto." Dígallo. Puede resultarle abrumador en este momento, pero lo van a admirar y respetar por su confesión. Y crecerán sin ser dañados. Y lo que es mejor, aprenderán a ser vulnerables y honestos, aun si usted es un creyente laico . . . *y especialmente si usted es un ministro del evangelio.* Nadie espera perfección, pero sí esperan, y deben esperar, honestidad.

Necesitamos afirmación y estímulo para ser todo lo que podemos ser, y como hay tantas personas frágiles, necesitan que aquellos que son fuertes las respalden en su lucha por la libertad. Aunque no hubiera otra razón, vale la pena luchar por la libertad para que otros puedan respirar con libertad.

Si luchar por la libertad le suena muy agresivo, quizás demasiado egoísta, entonces piense que está luchando para liberar a otros, para que otros puedan despertar al gozo y al privilegio de la libertad personal. Los que lo hacen en el campo de batalla son considerados patriotas y héroes. Con todo mi corazón, creo que aquellos que se alistan para luchar contra el legalismo debieran también ser considerados héroes.



CAPITULO SEIS

¿Es libre? ¡Entonces viva con libertad!

Nunca fui testigo de lo que es vivir en esclavitud. Es decir, nunca vi a un esclavo con mis propios ojos. He leído acerca de la esclavitud, he visto películas, obras teatrales y documentales televisados en los que la esclavitud se recreaba en toda su crueldad. No conozco nada que sea tan horrible e injusto. Como ciudadano norteamericano me sorprende, quizás debiera decir *me confunde*, pensar que mis antepasados estuvieran dispuestos a luchar por su propia libertad, y alcanzar la independencia de la nación, para luego dar media vuelta y esclavizar a otros hombres sin la menor vacilación. Los enredos de una lógica tan torcida no resultan congruentes a la razón: ciudadanos libres propietarios de esclavos.

Hubo que emprender una guerra civil para romper ese yugo. Fue necesario un presidente valiente, lúcido, que se pusiera en la brecha . . . para ser luego malinterpretado, insultado y finalmente asesinado por una causa que para él no sólo justificaba luchar, sino aun morir.

A comienzos de la segunda presidencia de Abraham Lincoln, en 1865, apenas unas semanas antes de que fuera asesinado, habló

acerca de cómo ambos partidos "desaprobaban la guerra", y sin embargo la guerra se había desatado. Continuó diciendo:

"Ninguno de los grupos pensaba que la guerra alcanzaría la magnitud y la duración que ya ha alcanzado . . . Todos esperaban un triunfo fácil . . . Ambos partidos leen la misma Biblia, oran al mismo Dios, e invocan su ayuda en contra del otro."¹

En ese momento, la voz del presidente reelegido se quebró, dejando traslucir sus emociones. Habló acerca de lo extraño que resultaba que "cualquier ser humano se atreviera a pedirle a un Dios justo que lo ayudara a obtener el pan con el sudor de la frente de otros hombres".²

Finalmente se abolió legalmente la esclavitud. Fue entonces que los esclavos negros en todo el país fueron legalmente declarados libres.

Sin embargo, sucedió algo que muchos nunca hubieran imaginado. La gran mayoría de los esclavos que vivían en el sur, que ya eran legalmente libres, siguieron viviendo como esclavos. La mayoría de ellos continuaron viviendo como si nada hubiera ocurrido.

Eso me parece trágico. Se había desatado una guerra. Había sido asesinado un presidente. Se había firmado una ley que modificaba la Constitución. Hombres, mujeres y niños que antes eran esclavos ahora eran legalmente libres. Pero sorprendentemente, muchos de ellos seguían viviendo en el temor y la miseria. En el contexto de una libertad que había sido duramente ganada, los esclavos elegían seguir siendo esclavos. A pesar de lo crueles y brutales que eran muchos de los amos, los hombres y las mujeres de color preferían seguir sirviéndolos hasta que les llegara la muerte. Hubo pocas y honrosas excepciones, pero en muchos lugares del país ni siquiera se notaba que la esclavitud había sido legalmente abolida y que los esclavos habían sido emancipados. Eso era precisamente lo que querían los propietarios de esclavos que seguían la vieja filosofía: "Manténgalos ignorantes y los mantendrá a su servicio."

Si les parece que eso es trágico, puedo decirles que hay algo mucho peor. Se refiere a los creyentes que hoy en día viven como

esclavos. A pesar de que nuestro Gran Libertador, Cristo el Señor, pagó el precio más grande para abolir la esclavitud de una vez por todas, la mayoría de los creyentes se comportan como si todavía fueran esclavos. De hecho, aunque pudiera parecer extraño, la mayoría parece preferir la seguridad de la esclavitud antes que los riesgos de la libertad. Y a nuestro amo opresor, Satanás, le encanta que así sea. Le deleita que tantas personas se hayan tragado el engaño y vivan en esclavitud. El diablo sabe que hemos sido liberados de su control. El lo sabe mejor que muchos de los que pertenecen a la familia de Dios; sabe que somos libres, pero lo detesta. Por eso hace todo lo que puede por mantenernos sometidos por la vergüenza, la culpa, la ignorancia y la intimidación.

ALGUNOS CONCEPTOS BASICOS SOBRE LA ESCLAVITUD

Si bien algunos lectores estarán bien informados respecto a los factores que quiero mencionar en relación a la esclavitud espiritual, la mayoría no lo está. Por lo tanto, creo que es necesario hacer un breve resumen de algunos conceptos básicos. Comencemos en la "carta de emancipación", que es la carta a los Romanos.

"Como está escrito:

No hay justo, ni aun uno;

no hay quien entienda,

no hay quien busque a Dios.

Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;

no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.

Sepulcro abierto es su garganta;

con su lengua engañan.

Veneno de áspides hay debajo de sus labios;

su boca está llena de maldición y de amargura.

Sus pies se apresuran para derramar sangre;

quebranto y desventura hay en sus caminos;

y no conocieron camino de paz.

No hay temor de Dios delante de sus ojos.

Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él;

porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (Romanos 3:10-20).

En esta epístola encuentro al menos tres analogías referentes a la esclavitud. La primera es sombría: *Todos nosotros hemos nacido en la esclavitud del pecado*. ¿Se ha preguntado cuán terrible era nuestra condición cuando aún no habíamos sido salvados? Revise esas palabras y observe por sí mismo:

- Nadie es justo
- No hay conocimiento espiritual
- No hay logros que satisfagan a Dios
- No hay pureza, ni inocencia, ni paz, ni esperanza

Y por añadidura, no teníamos escapatoria, éramos incapaces de cambiar nuestra esclavitud respecto al pecado. En esa condición, la persona condenada no sabe nada acerca de la libertad.

La segunda analogía es gloriosa: *Vino un día en que Cristo nos hizo libres*. Llegó el día en que se dio a conocer por todo el universo y hasta el mismo infierno, una Proclama de Emancipación eterna: "¡El pecador está oficialmente declarado libre!" Es el anuncio que surgió de la tumba vacía en esa primera pascua de resurrección, el día en que nuestro Gran Libertador, Cristo, nos hizo libres. Doctrinalmente, la palabra que describe esto es *redención*. Cristo nos redimió.

"Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia" (Romanos 3:21, 22).

Me encantan estas palabras: "Porque no hay diferencia." Para merecer la libertad, no tiene que haber nacido en determinado país. No tiene que hablar determinado idioma. No tiene que tener determinado color de piel. No tiene que ser culto ni informado, ni

reunir cierta cantidad de dinero o llenar un formulario de requisitos. No hay ninguna condición previa. ¿Por qué? Porque todos éramos esclavos, esclavos de nuestro amo Satanás y esclavos del pecado. "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (v. 23). Por lo tanto, todos los pecadores son "redimibles", si me permiten la palabra. ¿Cómo? "Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús" (v. 24).

Permítanme que explique esto en términos cotidianos, continuando con la imagen de la esclavitud. Cristo entró en la escena y nos vio a todos en situación de esclavos: perdidos, miserables, espiritualmente inútiles, incapaces de cambiarnos a nosotros mismos o de escapar de la opresión de nuestro amo. Movido por la compasión y el amor, Cristo, por gracia, pagó el precio para liberarnos. El precio fue su propia muerte. Al hacerlo, nos dijo a cada uno de nosotros: "Ya no tienes que vivir sometido a tu antiguo amo. Eres libre. Eres libre para servirme a mí por el resto de tu vida."

Antes que Cristo viniera a nuestras vidas, estábamos irremediablemente perdidos en nuestros deseos, incapaces de refrenar nuestra conducta profana, nuestros impulsos hormonales, nuestra ambición insaciable, nuestro constante egoísmo, nuestras compulsiones por agradar a otras personas, por controlarlas y manipularlas. Si bien algunas de esas conductas pueden habernos producido sentimientos placenteros y periódica satisfacción, nuestra incapacidad de controlar nuestras tendencias nos traía complicaciones. ¡Éramos esclavos! Estábamos encadenados, y teníamos que servir a nuestro viejo amo. No había fuerzas suficientes en nosotros para vivir de otra manera. Al "redimimos", Jesús nos puso en libertad. Cuando Dios resucitó a Jesús de entre los muertos (ése fue el acto crucial en su triunfo sobre Satanás), expresó concretamente: "Nadie necesita ya vivir como víctima del pecado. Todos los que creen en Jesucristo, mi Hijo, tendrán vida eterna y tendrán poder para vivir en mí." ¿Cómo puede ser que esclavos malvados reciban esa posición delante de Dios? Volvemos a nuestra palabra favorita: por gracia. En teoría, fuimos liberados cuando creímos en Cristo, pero en la práctica, nuestros viejos amos hacen todo lo que pueden por mantenernos ignorantes, temerosos, para que sigamos pensando y actuando como esclavos.

La tercera analogía que encuentro en Romanos 3 es trágica: *Muchos creyentes todavía viven como si fueran esclavos*. Como prefieren desconocer la libertad que Cristo ha obtenido para los suyos, muchos viven una vida mentalmente orientada hacia el pecado. En realidad, la mayoría vive así.

Esto se demuestra en frases tales como: "Lo que pasa es que no lo puedo evitar. Soy humano." En lugar de superar esas constantes referencias al fracaso, a la incapacidad, a la vergüenza, los creyentes con frecuencia parecen esclavos religiosos, asustados e inseguros. A veces se trasluce de otras maneras. Racionalizamos nuestros pecados, actuamos con hipocresía y ocasionalmente mentimos, engañamos, robamos. Luego nos encogemos de hombros y decimos: "Ya sabes, hombre, nadie es perfecto." Lo que en realidad estamos diciendo es: "Todavía soy un esclavo. El pecado todavía me domina. Estoy avergonzado, pero no lo puedo evitar." ¡Tonterías! ¿Cuándo vamos a empezar a vivir como personas libres? Dios nos dice a cada uno de nosotros: "Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. Antes estabas esclavizado por una pasión, es cierto, pero ya no tienes que estarlo; estás libre de esa opresión. Puedes vivir por encima de eso." La gracia despierta, vigoriza y fortalece nuestra habilidad para vencer el pecado.

¿Está listo para pensar con espíritu independiente? Una vez que realmente captamos la libertad que nos otorga la gracia, pueden transcurrir largos períodos de nuestra vida sin pecar y sin sentirnos avergonzados. ¡Si; eso es posible! ¿Y por qué no habría de ser así? ¿Por qué nos va a dominar el pecado? ¿Quién dice que no podemos hacer otra cosa que someternos a él? ¡Eso no es bíblico! Lo que ocurre es que la mayoría estamos tan programados para pecar que no hacemos otra cosa que esperar que ocurra.

Para ser franco, la mayoría de los creyentes han sido mejor adiestrados para esperar pecar y luego tratar con sus pecados, que para esperar y disfrutar de su libertad. La vergüenza y la culpa autoimpuesta que genera esta situación es enorme, sin hablar del mensaje que refuerza, asegurándonos de que "somos unos fracasados". Empezamos el día con miedo a pecar. Vivimos avergonzados. Nos vamos a dormir con una larga lista de cosas para confesar. Y si no es muy larga, nos entra el temor de que hayamos pasado por alto "pecados ocultos". Quizás nos hayamos vuelto orgullosos.

¿Qué ha ocurrido con la gracia? Más aún, ¿dónde está la vida abundante que Cristo ofrece? ¿Es lógico que personas libres estén viviendo con tanto temor? ¿Somos libres o no? ¡Si lo somos, vivamos como creyentes liberados! Esto no es una herejía, es la teología más sana que podemos imaginar.

Le puedo asegurar que su viejo amo no quiere que lea esto ni que piense de esta manera. Quiere que siga viviendo en la choza de la ignorancia, que se vista con los harapos de la culpa y la vergüenza, y que tenga miedo de él y de su látigo. Igual que el cruel propietario de esclavos, él quiere que usted se convenza de que "de vez en cuando necesita una golpiza", sólo para mantenerlo en línea. Escúcheme: ¡Eso es una herejía! Puesto que nuestro Salvador nos ha liberado, nuestro viejo amo, el supremo asesino de la gracia, no tiene derecho alguno a cruzarnos el látigo por la espalda. Esos tiempos han terminado, amigo. Usted está libre. Aquellos que pertenecemos al *Despertar de la gracia* nos rehusamos a vivir como esclavos. ¡Hemos sido emancipados!

COMPRENDAMOS LO QUE SIGNIFICA LA LIBERTAD

Si avanzamos algunas páginas en la carta libertadora de Romanos, llegaremos al capítulo 6, uno de los más grandiosos capítulos de toda la Palabra de Dios. He pasado meses estudiando (¡y disfrutando de cada minuto!) este solo capítulo, que contiene, a mi entender, la Proclama de Emancipación del creyente. Más que en ninguna otra sección de las Escrituras, encontramos aquí la verdad sobre la que se funda nuestra libertad, libertad de la intimidación de Satanás, y libertad del dominio del pecado. Aquí es donde deberían pasar sus primeras horas con la Biblia los creyentes principiantes, y no en los pasajes que nos dicen qué hacer después que pecamos (como 1 Juan 1:9), o cómo restaurar nuestra comunión, a pesar de lo importantes que puedan ser esos pasajes de las Escrituras. No; es más bien aquí donde el creyente descubre su libertad de la opresión del pecado y cómo vivir esa vida victoriosa por encima del temor, de la culpa, de la vergüenza, de la derrota.

Durante los próximos minutos, recorra lentamente los primeros quince versículos de Romanos 6. Tómese todo el tiempo necesario; no hay ningún apuro.

"¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia. ¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera."

Hasta una lectura ligera de estos pensamientos provoca dos preguntas, que obtienen la misma respuesta de parte del apóstol.

"¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?" (vv. 1, 2).

"¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera" (v. 15).

Estas dos preguntas plantean dos temas relacionados con la libertad. La primera pregunta se dirige a *aquellos que no reclaman su libertad y continúan viviendo como si fueran esclavos*, aquellos que anulan la gracia. (Este tema se desarrolla en los catorce versículos iniciales de Romanos 6.)

La segunda pregunta se dirige a *aquellos que caen en excesos en el uso de su libertad* (vv. 15-23). En otras palabras, se aprovechan de su libertad. Viven de manera irresponsable. Los que hacen eso se *abusan* de la gracia (un tema al que dedicaré el próximo capítulo). Vuelva a leer Romanos 6, y observe si ahora lo entiende más cabalmente.

Pablo, el escritor, contesta ambas preguntas con las mismas palabras: "En ninguna manera." Francamente, se muestra horrorizado. Podríamos decir lo mismo de varias formas:

- ¡Imposible!
- ¡Ni lo piense!
- ¡Aleje esa idea!
- ¡Nunca, nunca, nunca!
- ¡Es una idea absurda!

La concisa respuesta de Pablo a la primera de las preguntas planteadas se expresa a través de otra pregunta: "Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?" (v. 2).

Todo lo que necesitamos para valorar esa pregunta es hacer un viaje imaginario al tiempo en que éramos incrédulos. Muchos recordarán ese tiempo con dolor. ¿Recuerda que no podía controlar sus descos? Quizás se iba a dormir cada día derrotado por un hábito que no lograba dominar, por más que lo intentaba. Recuerde esa sensación de un túnel en el que no había esperanza ni luz alguna en el otro extremo. No importa qué intentara, no podía cambiar, al menos de manera perdurable. Su esclavitud era como

una adicción irremediable. Era como una prisión de la cual nadie podía escapar por sus propios medios. ¿Recuerda cómo aumentaba la culpa, y a veces lo vencía el pesar? Quizás algunas personas hayan vivido ya tanto tiempo en el reino de la libertad que no recuerdan lo que sentían cuando estaban esclavizadas en esa condición de extravío.

Durante unos instantes imagínese que lo arrojan en la cárcel bajo sospecha de algún delito, y lo dejan allí, virtualmente olvidado, mientras el sistema, siempre lento, se toma el tiempo para ocuparse de usted. Hasta se enferma. Se lo trata con dureza. Lo despojan de todo y lo maltratan. ¿No empezaría a sentirse perdido y sin esperanza alguna?

Volvamos a la pregunta: "Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?" ¿Quién se ofrecería en forma voluntaria para ser arrojado al calabozo para otra temporada de varios meses, después de haber estado allí y de haber sufrido las consecuencias de estar en ese lugar? La clave de la idea es ésta: ¿Por qué esclavos emancipados que se han librado del pecado y la vergüenza volverían a vivir por más tiempo bajo la misma opresión?

"Sí, amo. Sí, amo. No me pegue. Seré un buen esclavo." Son expresiones que debieran hacer reír, especialmente a los que antes han sido esclavos. Usted seguramente piensa que nunca diría algo semejante. ¡Claro que lo haría! Lo hacemos cada vez que nos consideramos como víctimas impotentes de nuestros impulsos y de los pensamientos que nos tientan a pecar. Yo digo que eso es arrastrarse, atemorizado de un amo que ya no tiene derecho alguno sobre nosotros. Cuánto mejor es decir: "Me niego a seguir viviendo de esa forma. Por la gracia de Cristo, viviré como vencedor, no como víctima." Sí, usted puede vivir así. La mayoría, sin embargo, está programada para vivir de la otra manera.

Me aventuro a afirmar que muchos creyentes saben 1 Juan 1:9 de memoria: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad." Y en cambio, son muy pocos los que podrían citar de memoria Romanos 6:13:

"Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros

mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia."

Hemos sido programados para pensar: Sé que voy a pecar, que voy a fallar, que hoy voy a fracasar. Y como esto es así, tengo que estar listo para buscar nuevamente la purificación. Es porque usted no ha sido programado para entregarse a Dios en su nueva condición de vencedor sobre el pecado.

Mucho mejor es comenzar cada día con el pensamiento puesto en la victoria, no en la derrota; despertar a la gracia y no a la vergüenza; enfrentar cada tentación con pensamientos como éste: *Jesús, tú eres mi Señor y Salvador. Yo soy tu hijo, liberado, que depende de tu poder. Por lo tanto, Cristo, este día es tuyo, para ser vivido para tu gloria. Actúa en mis ojos, en mi boca, en mis pensamientos y acciones, para que alcance tu victoria. Señor, hazlo a lo largo de todo el día. Cuando enfrente tentaciones, me presentaré a ti para reclamar el poder que tú tienes para manejar la tentación. El pecado ya no tiene poder sobre mí.*

Sé que habrá ocasiones en que fallaremos momentáneamente, pero serán las excepciones y no la norma constante de cada día. Estamos bajo un nuevo amo. Estimulados por el amor, servimos a un nuevo amo, Cristo, y no al que antes nos oprimía. Es extraordinario disfrutar de la relación que tenemos con este nuevo Amigo. Pero no podremos disfrutar hasta que pongamos al "viejo hombre" en su lugar.

Como somos criaturas de hábito, seguimos prefiriendo la seguridad de la esclavitud a los riesgos de la libertad. Por eso seguimos siendo más conscientes de nuestros pecados que de nuestro Salvador. Sabemos que él vive en nosotros, que nos ha redimido; pero muchos no saben cómo hacer para superar el síndrome del temor-fracaso-vergüenza-confesión. ¿Cómo se puede romper el hábito de servir al viejo amo, para empezar a disfrutar de los beneficios de estar libres bajo el nuevo Amo?

RECLAMEMOS NUESTRA LIBERTAD DEL PODER DEL PECADO

En este maravilloso capítulo 6 de Romanos, Pablo presenta las técnicas necesarias para vivir por gracia, por sobre el dominio del

pecado. Cada una de estas técnicas está vinculada a una palabra en particular:

- **Saber:** "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? . . . Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado . . . Sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él" (vv. 3, 6, 9).
- **Considerar:** "Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro" (v. 11).
- **Presentar:** "Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia" (v. 13).

Para que podamos vivir libres de la dominación del pecado, libres de nuestro viejo amo, con poder para vivir una nueva clase de vida, tenemos que *saber* algo, *considerar* algo y *presentar* algo.

Debo admitir que Romanos 6 no es un capítulo fácil ni entretenido; tenemos que pensarlo a fondo. De modo que durante los próximos minutos haré lo más posible por ser claro y mantener el interés, mientras contestamos tres preguntas a la luz de este capítulo. ¿Qué es lo que usted y yo tenemos que saber? ¿Qué es lo que usted y yo tenemos que considerar? ¿Qué es lo que usted y yo tenemos que presentar?

Comencemos por *saber*.

"¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros

andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado" (vv. 3-7).

Para entender de qué se trata todo esto, tenemos que poner a un lado el concepto del bautismo por agua, y entender que aquí se hace referencia a un bautismo seco. Algunos bautismos en el Nuevo Testamento son *mojados*, y otros son *secos*. El que aquí se menciona se incluye en esta última categoría.

La palabra *baptizo* tiene que ver principalmente con un acto de identificación. Era un término que se usaba en el siglo I para sumergir una prenda clara en un líquido, digamos, escarlata. Una vez que la prenda se sumergía en la tintura escarlata, su identidad se modificaba del color original al color escarlata. El acto de sumergir, que producía ese cambio de identidad, se llamaba *baptizo*. Es el término griego del que se deriva nuestra palabra *bautismo*.

Cristo murió por nosotros en la cruz y resucitó de entre los muertos. Al creer en la muerte del Salvador y en su resurrección, fuimos "sumergidos" en esa misma escena. Nuestra identidad cambió. No sentimos, ni vimos nada, pero ocurrió. Cuando nos entregamos a Cristo, su muerte se hizo nuestra muerte, su victoriosa resurrección se hizo nuestra resurrección, su "despertar" a una nueva vida fue nuestro "despertar," y su andar poderoso llegó a ser nuestro andar victorioso. Antes que podamos disfrutar los beneficios de todo ello, tenemos que *saberlo*. La vida cristiana no es un continuo andar a los tropezones, luchando por no alejarnos de nuestro Salvador. El vive en mí y yo vivo en él. Y en esta identificación con él, su poder llega a ser mi poder. Su vida misma llega a ser mi vida, y eso garantiza que su victoria sobre el pecado puede ser mi victoria, si la reclamo. No necesito seguir viviendo como un esclavo del pecado.

"Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de

él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive" (vv. 8-10).

Usted va a conocer a algunos creyentes muy bien intencionados que enseñan que debemos crucificarnos. Pero yo tengo para usted una buena noticia: eso ya sucedió. Usted está en Cristo. El fue crucificado una vez para siempre. El murió por usted, de modo que usted ya no necesita morir de nuevo. Puesto que estamos identificados con él, tenemos todo el poder necesario para vivir el resto de nuestras vidas por encima de la miseria y las lacras de la esclavitud. La muerte al pecado es un hecho consumado, terminado. En teoría, ya todo ha sido arreglado. Un andar victorioso tiene que partir de nuestro *conocimiento* de este hecho. La "Proclama de Emancipación" que otorga Cristo ha dado muerte a la idea de la esclavitud al pecado. Puesto que hemos muerto al poder del pecado, somos libres para servir a nuestro nuevo Señor.

Me gusta mucho el relato del misionero que viajó desde Inglaterra para servir a Cristo en el África. Cambió de embarcación en Lagos. Abordó un remolque costero para internarse en una región infestada de enfermedades, donde pasaría el resto de su vida. Cuando cambiaba de embarcación, se cruzó con un cínico traficante de esclavos que lo criticó por su decisión, y le dijo: "Si va a ese sitio, morirá." El misionero, un creyente devoto, le contestó con suavidad: "Ya morí antes de salir de Inglaterra."³

Sólo cuando *sabemos* que hemos muerto al poder del pecado y estamos vivos al poder de Dios en Cristo, es que podemos vivir como vencedores y no como víctimas.

Luego Romanos 6:11 nos dice que hay algo que debemos *considerar*: "Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro." La palabra *considerar* es muy importante. Viene de una palabra griega que significa "calcular, tomar en cuenta, anotar". Es un término alusivo a las finanzas, un término contable. Más que significar "actúe como si así fuera", significa "reconozca que es cierto; ingréselo al libro mayor; regístrelo en su cerebro". ¿Y qué es lo que debemos anotar? Exactamente esto: que estamos *en Cristo*, muertos al poder del pecado. Y Cristo está en nosotros, otorgándonos el *nuevo* poder de Dios.

¿Y cuál es el resultado de estas consideraciones? "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias" (v. 12).

Al calcular (considerar) todo esto y tomar en cuenta la verdad que sabemos cierta, *destronamos* al pecado y nos rehusamos a obedecer sus impulsos. La consecuencia secundaria de esta verdad es igualmente liberadora. Aun cuando pecamos, o cuando ocasionalmente le fallamos, Dios no quiere azotarnos como a esclavos, gritándonos: "¡Deberías estar avergonzado!", sino perdonarnos como a hijos amados.

En la región donde vivo hay muchos caminos pintorescos y rutas por entre las montañas. Aunque algunos son angostos y traicioneros, todos conducen a paisajes que dejan sin aliento por su extraordinaria belleza. Algunas de las curvas son particularmente peligrosas y es necesario conducir lentamente y con mucho cuidado. Hay temibles precipicios, que añaden algo más a la belleza y al peligro del viaje.

Se me ocurrió pensar que el gobierno podía ofrecer a los viajeros dos alternativas en esos peligrosos caminos por entre las montañas. Una alternativa era construir clínicas bien equipadas al pie de cada precipicio, en las curvas peligrosas, de manera que si un conductor iba a alta velocidad y caía al abismo, la clínica estaba allí para rescatarlo y atenderlo. O bien, podía colocar carteles bien ubicados antes de cada curva cerrada, que dijeran: "¡Cuidado! Curva. Reduzca la velocidad." No le sorprenderá saber que el departamento vial eligió la segunda opción, no la primera. Muy sensato.

Deberíamos extraer la moraleja. El versículo de 1 Juan 1:9 es la clínica para la terapia, al fondo del abismo. Nos rescata y nos atiende, lo cual es maravilloso, pero no es la mejor alternativa. Romanos 6, por el otro lado, es la advertencia preventiva, que coloca señales: "No se estrelle . . . reduzca la velocidad . . . hay peligro más adelante." Debemos considerar la importancia de esas "señales" espirituales y reconocer su certeza.

Esto nos lleva al tercer término importante: *presentar*.

"Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros

mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" (vv. 13, 14).

No sólo debe haber un cálculo inteligente ("considerar") basado en la información veraz ("saber"); también debe haber una *presentación* consciente de nuestro ser a Dios. Pablo lo detalla en dos sencillos mandamientos.

Negativamente: "No sigan presentando sus miembros al pecado como instrumentos de iniquidad." ¿Por qué? Porque ya no somos esclavos. Nuestros cuerpos no son víctimas impotentes de los impulsos pecaminosos y las debilidades incontrolables. Esos días se acabaron cuando nos entregamos a Jesús. Recuerde: ¡hemos sido liberados!

Positivamente: "Sino preséntense a Dios como vivos de entre los muertos . . . el pecado ya no debe reinar en ustedes."

Puesto que hemos sido liberados, es hora de que vivamos como libres. Le recuerdo que nuestro adversario no quiere que pensemos de esta forma. El eliminaría la gracia si pudiera. Pero como no puede, su estrategia es hacer todo lo que está a su alcance por engañarnos para que sigamos pensando como esclavos. ¿Por qué? Porque cuando empezamos a actuar como hombres y mujeres libres, nuestro viejo "amo" ya no puede controlarnos más.

UNA ADVERTENCIA NECESARIA

Me encantaría poder decirle que el cambio es fácil, pero no es así. Los viejos hábitos son terriblemente difíciles de romper. Pensar criteriosamente requiere valor. Y además, nuestro adversario, Satanás, no se rinde fácilmente. Ni se rendirán los legalistas que él utiliza. Sepa que los enemigos de nuestra alma van a desdeñar este mensaje de liberación. Odian la gracia, de modo que usted debe estar advertido. Para dejar la seguridad que le ofrece la esclavitud y la ignorancia, e introducirse a los campos nuevos y riesgosos de la libertad y la gracia, necesitará valor y decisión. Mi oración es que Dios le dé abundancia de ambos. Usted no está solo en su búsqueda de libertad. Somos muchos los que emprendemos este viaje junto con usted. Hay un "despertar de la gracia" en el corazón

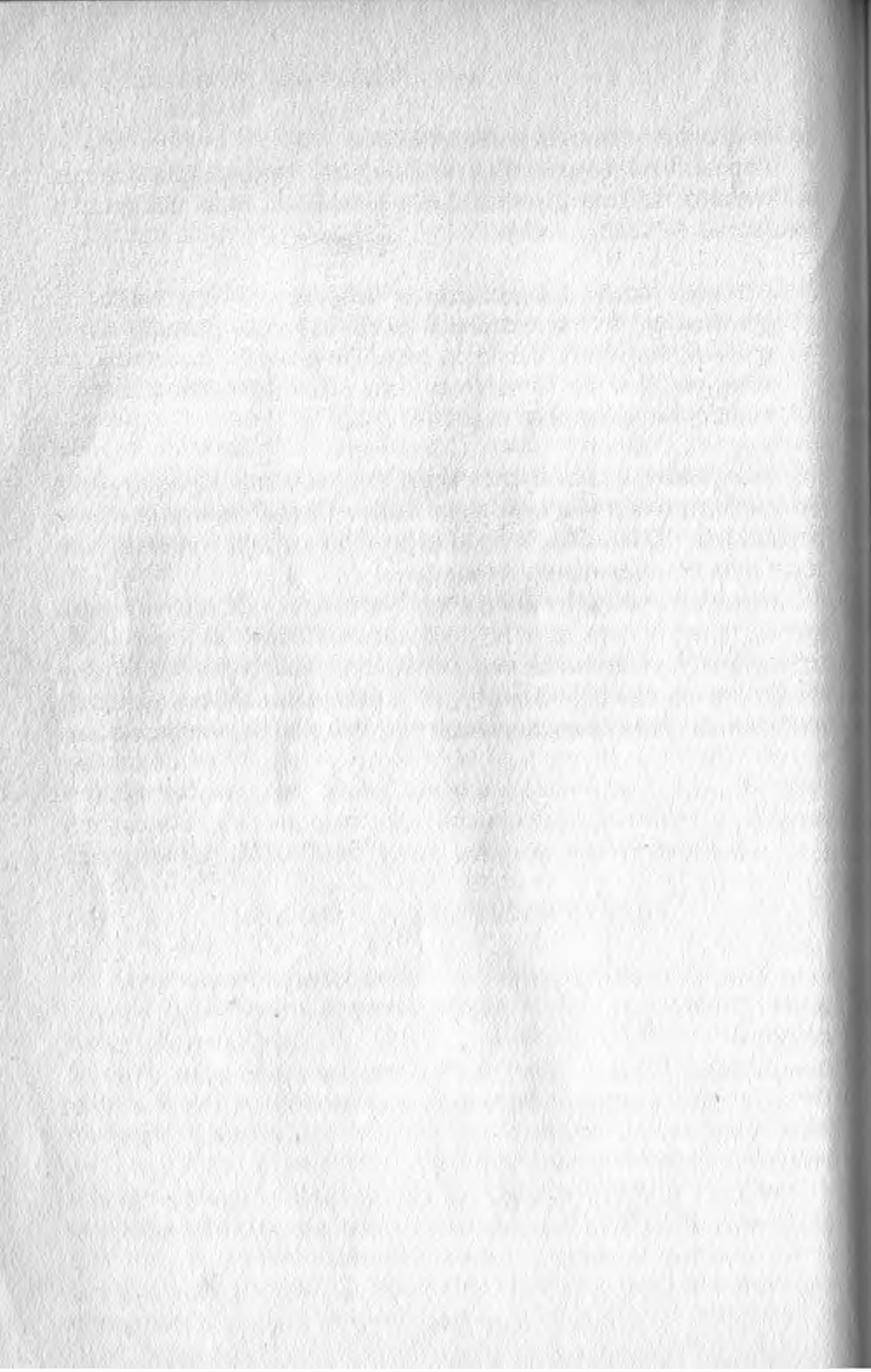
de los que pertenecen al pueblo de Dios.

El presidente Lincoln hizo un comentario poco después de que la Proclama de Emancipación fuera presentada en el Congreso a comienzos de 1863. Advirtió:

"Somos como los balleneros después de una larga persecución de nuestra presa. Al fin le hemos clavado el arpón, pero ahora debemos tener cuidado de cómo nos manejamos, o de lo contrario con un solo coletazo nos mandará a todos al más allá."⁴

Sus palabras fueron proféticas. La proclama emancipadora provocó una intensificación en la Guerra Civil. Estaba totalmente acertado. La declaración de libertad produjo aun más enfrentamientos y más derramamiento de sangre.

Hace falta una advertencia así. Nadie sabe qué luchas tendrá que enfrentar ahora que se ha decidido a vivir libre en lugar de ser un esclavo. Pero la buena noticia para muchos de ustedes es ésta: Al fin hemos clavado el arpón en el monstruo. Ahora debemos manejarlos cuidadosamente y estar atentos a su malvado coletazo.



CAPITULO SIETE

Guiando a otros hacia la libertad

Con todo lo que venimos diciendo acerca de la gracia y la libertad, quizás sea hora de aclarar un concepto. Algunos se estarán preguntando: ¿No tiene límites la libertad? ¿No debiera la gente reprimir su libertad y controlarse de vez en cuando? Sí, indudablemente. Es posible abusar de la gracia, y en efecto eso ocurre. Con eso quiero decir que uno puede ejercer su libertad sin sabiduría, sin preocuparse si ofende o hiere a otro creyente principiante y sensible. Pero debo agregar rápidamente que este control es una decisión totalmente individual. No se puede legislar sobre ello, no es algo que pueda imponerse sobre otro. Las restricciones son adecuadas y necesarias, pero no encuentro en las Escrituras ningún lugar donde se nos indique que debemos exigir esa restricción a otro hermano. Hacer eso es caer en el legalismo. Es matar la gracia. El mejor control es el autocontrol que proviene del estímulo interno del Espíritu Santo a través de la persona y presencia de Jesucristo en cada vida.

Durante los últimos treinta años he podido observar que la gran mayoría de los creyentes necesitan ser liberados, no

reprimidos. Nuestra tarea es liberar a las personas; la tarea de Dios es controlarlas. Y Dios está haciendo su tarea mucho mejor de lo que nosotros hacemos la nuestra.

MARAVILLOSAS VERDADES CONCERNIENTES A LA LIBERTAD

Me gusta pensar en algunos versículos de las Escrituras como pasajes que nos ayudan a respirar. Con eso quiero decir que nos estimulan a ser verdaderamente libres. ¡Nos liberan! Sugiero que todos los que desean ser libres, verdaderamente libres de las trampas de la opresión y las prisiones del legalismo, lean estos versículos una y otra vez. Les sugiero que los escriban en tarjetas y las peguen al espejo del baño. Léanlos en voz alta cada mañana. Les ayudarán a despertar la gracia día a día. He aquí algunos que cito a menudo y reclamo para mi vida:

"Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres" (Gálatas 5:1)

"Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado" (Romanos 6:7).

"Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte" (Romanos 8:2).

"¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" (Romanos 8:31, 32).

"Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Juan 8:32).

"Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (Juan 8:36).

Más versículos como éstos le empezarán a llamar la atención una vez que el tema de la libertad vaya surgiendo de las Escrituras.

Por ejemplo, Pablo le escribe a Timoteo que Dios "nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos" (1 Timoteo 6:17). No puedo pensar en una misión más elevada en la vida que la de ayudar a otros a *disfrutar* de la vida que Dios nos ha provisto. Sinceramente, ésta es una de las metas de mi vida . . . ayudar a otros a *disfrutar* de la vida.

Algunos de mis lectores seguramente trabajan aconsejando. Y a menos que me equivoque, creo que una de sus tareas y deleites regulares es la de ayudar a otros a distraerse y disfrutar de la vida. Lo felicito y lo animo a que ayude a las personas a las que aconseja a encontrar la libertad que necesitan. Una vez que hayan tratado correctamente sus pecados, ínstelas a levantar el velo de la culpa y llevar la herrumbrada ancla de vergüenza que los ha mantenido encallados tanto tiempo. Esas cargas llegan a ser mortificantes, intolerables. Nos sofocan. Nos asfixian. Nos vuelven rígidos. Finalmente nos *entierran*. ¡No se detenga, continúe adelante, no importa cuánto tiempo le lleve!

No necesita ser un consejero profesional para ayudar a otros. Propóngase ayudar a sus amigos que están esclavizados para que alcancen la libertad. Usted quizás sea su única defensa y protección contra los asesinos de la gracia. Afirmo sin vacilación que una de mis metas más elevadas por el resto de mi ministerio, es lograr que más y más de mis colegas, que conocen poco de las maravillas de la gracia, encuentren la libertad. ¡Si hay individuos que necesitan unirse al *Despertar de la gracia*, son aquellos hermanos que están en algún tipo de ministerio!

Pensemos en lo que dijo Pablo cuando escribió la Epístola a los Corintios:

"De todo lo que se vende en la carnicería, comed, sin preguntar nada por motivos de conciencia; PORQUE DEL SEÑOR ES LA TIERRA Y SU PLENITUD. Si algún incrédulo os invita, y queréis ir, de todo lo que se os ponga delante comed, sin preguntar nada por motivos de conciencia. Mas si alguien os dijere: Esto fue sacrificado a los ídolos; no lo comáis, por causa de aquel que lo declaró, y por motivos de conciencia; PORQUE DEL SEÑOR ES LA TIERRA Y SU PLENITUD. La conciencia, digo, no la tuya, sino la del otro. Pues ¿por qué se ha de juzgar mi libertad

por la conciencia de otro? Y si yo con agradecimiento participo, ¿por qué he de ser censurado por aquello de que doy gracias?" (1 Corintios 10:25-30, mayúsculas del autor).

El capítulo 10 de 1 Corintios centra su atención en el acto de comer carne. En aquellos días el tabú máximo no era ir al cine, usar cosméticos, bailar o jugar a los naipes. Por entonces el problema principal era éste: ¿Deben los creyentes comer carne que ha sido ofrecida a los ídolos? Este tema requiere una explicación.

En los rituales paganos de la antigüedad, se ofrecían porciones de carne a los ídolos. Parte de la res, la que sobraba, se vendía en el mercado. Era carne normal y buena. Había creyentes de aquel tiempo que no se hacían ningún problema si compraban de esa carne en el mercado. Otros que eran principiantes y que acababan de convertirse al cristianismo y de abandonar un estilo de vida pagano, pensaban que no debían hacerlo. Su razonamiento era éste: "Esa es carne que se ha ofrecido a los ídolos. No deberíamos comprarla ni comerla. Está contaminada por su vinculación con los ídolos del templo y con los ritos paganos." Pablo les escribe diciéndoles: "La carne no está contaminada por el hecho de que la otra parte del animal haya sido sacrificada en un altar pagano. No hay manera alguna de que un ídolo de madera o de piedra pudiera contaminar un pedazo de carne." Esto explica por qué el apóstol afirma: "Coman cualquiera cosa que se venda en el mercado." El apóstol se sentía libre para comer aunque otros no se sintieran de la misma forma.

Observe nuevamente el v. 27: "Si algún incrédulo os invita, y queréis ir, de todo lo que se os ponga delante comed." Pablo está liberando a los creyentes. No tienen que preocuparse acerca de la carne que se sirve en la mesa de un incrédulo. Si un incrédulo lo invita a un asado, ¡genial! Coma sin hacer preguntas.

Pablo también formula algunos sabios comentarios acerca de las ocasiones en que es mejor no comer; pero la regla principal es comer la carne. "La gracia de Dios dice que ustedes la pueden comer", es lo que implica este Apóstol de la Gracia. ¡Disfrútenla! Algunos, sin embargo, no sienten la misma libertad, pero eso no los autoriza a censurar a los que comen.

Pablo dice lo mismo aquí. Mire el v. 30: "Y si yo con agradecimiento participo, ¿por qué he de ser censurado por aquello de que

doy gracias?" Esa es una importante pregunta que contesta con valentía: "¿Por qué me censuran por el hecho de disfrutar de la carne que se me ha servido? Hay quienes pueden comer de todo; otros no."

Todo esto se reduce a la siguiente declaración: ¡No me imponga sus propios códigos de lo que puedo y no puedo hacer! Y sepa lo siguiente: ¡Yo tampoco le impondré a usted los míos! Al estar libre, no tiene obligación alguna de coincidir con mi lista personal; ni debiera censurarme si mi lista no es exactamente igual a la suya. Esa es una de las formas en que los creyentes pueden vivir en armonía. Se llama vivir por la gracia, y es la única forma en que se puede andar.

Usted quizás diga: "¿Y si encontramos una lista en las Escrituras?" ¡Eso es diferente! Cualquier indicación específica en las Escrituras debe ser obedecida sin vacilar y sin cuestionar. Es un mandamiento inspirado que todos debemos acatar, que no es lo mismo que una lista personal. Lo insto a orientar su vida por las Escrituras, con todo su corazón, sin tomar en cuenta cómo puede reaccionar cualquier otra persona. Pero cuando surgen cuestiones polémicas que no se especifican en las Escrituras, entonces se convierten en un asunto de preferencia o de convicción personal. Más adelante explicaré esto.

Dios les ha dado a sus hijos una maravillosa libertad en Cristo, lo que no sólo implica libertad del pecado y de la vergüenza, sino también libertad en el estilo de vida, para que lleguemos a ser modelos de su gracia. Es difícil ser libre, disfrutar de la libertad, y permitir que otros disfruten la suya si uno es inseguro. Es particularmente difícil si usted ha sido criado por padres rígidos y legalistas, y ha sido orientado por pastores legalistas con una exagerada sensibilidad por complacer a los demás. Ese tipo de padres y pastores son dados a juzgar, manipular y controlar. Con frecuencia usan la Biblia como un garrote para someter a la gente, en lugar de usarla como una guía para conducir a otros hacia la gracia. A las personas que han vivido bajo la nube del legalismo a veces les lleva años tener por fin el valor de caminar libremente en la gracia de Dios. Desafortunadamente, algunos de los que finalmente perciben esa libertad se exceden en su uso y abusan de la gracia de Dios. Eso puede ser tan trágico como los que no se atreven a andar ni un paso. Para reiterar una de mis palabras

favoritas, lo que necesitamos es *equilibrio*.

En el capítulo anterior, me referí a la primera parte del capítulo 6 de Romanos. Ahora veremos la segunda parte de ese capítulo.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES PARA TODAS LAS PERSONAS LIBRES

Aun aquellos que viven en un país libre necesitan recibir ciertas advertencias. De modo que no debería sorprendernos que Dios nos dé unas pocas advertencias para que no abusemos de los privilegios que nos da el vivir bajo la gracia. Estas advertencias se presentan en Romanos 6:16-23. Ninguna de ellas es complicada, pero para captarlas es preciso que nos concentremos. Por alguna razón, esta información no se oye muy a menudo en las iglesias. De modo que necesitamos aprender a manejar la gracia con cuidado.

Hay un principio elemental entretelado en las palabras de Romanos 6:16:

"¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?"

Si se me pidiera que resumiera en una sola frase cuál es la enseñanza esencial de este capítulo, diría: *La manera en que vivimos depende del amo que elegimos*. Someterse a un amo es lo mismo que ser esclavo de ese amo. ¿Qué alternativas tenemos?

Sólo dos: "... del pecado para muerte, o ... de la obediencia para justicia." Cada día de nuestra vida, tenemos la opción de hacer lo correcto o lo incorrecto. Cuando mandamos a nuestro hijo pequeño a la escuela, le decimos: "Hijito, sabes que papá y mamá no estarán allí para decidir por ti. Algunos compañeros te animarán a que hagas cosas correctas, y otros te impulsarán a desobedecer y hacer lo que no se debe hacer. Elige bien. Elige tus compañeros cuidadosamente. Sé sensato." En términos de Romanos 6, le diríamos: "Sirve al amo indicado. Vincúlate a la justicia."

Antes de conocer a Cristo, no teníamos opción. El pecado era el único camino que teníamos delante. Y toda nuestra vida estaba

marcada por la maldad. Pero una vez que llegamos a la cruz y le entregamos al Señor Jesús el derecho de controlar nuestra vida, se nos dio una opción que no habíamos tenido nunca antes. La gracia nos liberó de la exigencia de servir al pecado, y nos dio la oportunidad de seguir voluntariamente las directivas de Cristo. En tanto lo hagamos, *¡no vamos a pecar!* Pero apenas rechazamos nuestro compromiso de dejar que nos gobierne, el viejo amo está listo para incitarnos al pecado.

Pero la buena noticia es que no tenemos que pecar de manera constante y cotidiana. La gracia nos ha liberado para obedecer a Cristo.

"Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia" (vv. 17, 18).

¡Qué verdad tan maravillosa! Si elegimos la justicia, disfrutamos de un estilo de vida caracterizado por las bendiciones de Dios, la estabilidad, la fortaleza. Todo parece multiplicarse. En cambio, quizás ha descubierto, como lo he hecho yo, que si elige mal, adopta un estilo de vida que se torna cada vez peor.

Reconozco que muchos creyentes justifican un estilo de vida licencioso diciendo: "Todo queda bajo la gracia. Puedo dejar a mi esposa y abandonar a mis hijos, y casarme con otra mujer que sea más atractiva y me ame más apasionadamente. Habrá algunos en la comunidad cristiana que no lo acepten, pero bajo la gracia estoy libre de hacerlo. Después de todo, la mujer con la que me voy a casar también es creyente. ¡Ambos estamos bajo la gracia!" O bien: "Prefiero vivir con este hombre sin casarme con él. No estoy dispuesta a dar un paso permanente y a hacer promesas definitivas. ¡La gracia me da la libertad de hacer lo que yo quiera!" ¡No! Eso no es la gracia. Eso es abusar de la gracia.

La gracia nunca significa que estemos libres para vivir como queramos, sin tomar en cuenta las consecuencias. La gracia no significa que Dios me va a sonreír no importa qué haga con mi vida. Significa que estoy libre para elegir la santidad o la desobediencia. Si elijo esta última, debo aceptar las consecuencias: angustia mental, conciencia culpable, ofensas y heridas a otros

miembros de la comunidad cristiana, y la deshonra del nombre de Cristo. Si desdeñamos la santidad, el pecado puede aumentar de la misma manera que cuando todavía éramos inconversos. El creyente puede estar temporariamente adicto al pecado. Como lo he mencionado antes, eso es carnalidad. Lo insto a hacer un exhaustivo estudio de la carnalidad, porque se encontrará con ella a lo largo de la vida cristiana y descubrirá qué fácil es caer en esa trampa.

Estoy enfatizando este concepto no porque quiera ser negativo, sino porque quiero subrayar esta indispensable advertencia. Es necesario que la compartamos con las personas a quienes queremos guiar hacia la libertad. Cuando empezamos a extender nuestras alas en la gracia, a disfrutar de la nueva libertad, de nuevas profundidades y nuevas alturas, será sabio que no olvidemos cuál es la meta primordial de nuestra vida: glorificar y agradar a Dios. Dios nos otorga su gracia

"Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz" (Colosenses 1:10-12).

Antes de llegar por fe a la cruz, no podíamos agradar a Dios. Ahora que la cruz arroja su sombra sobre nuestra vida y que la sangre de Cristo nos ha limpiado de nuestro pecado, estamos gloriosamente libres: libres para agradar a Dios. No tenemos la obligación de hacerlo. Y cuando no lo hacemos, podemos quedar atrapados en las redes de nuestro pecado.

¿Quiere un buen consejo? Nunca se esconda detrás de la gracia para cubrir un acto de desobediencia. La Escritura llama a eso presunción. He observado que hay más y más creyentes proclives a hacerlo. Durante los últimos ocho a diez años he oído y observado abusar de la gracia en esta forma mucho más que en todos los años previos de mi ministerio.

Dado que soy hermano de usted, y que ambos pertenecemos a la misma familia en la fe, le puedo advertir el daño que le hará

cometer una mala elección, pero la gracia implica que yo le dé la libertad de elegir. Dios tiene toda la capacidad para guiarlo. El guiará a unos a vivir un estilo de vida y guiará a otros a vivir otro estilo de vida diferente . . . algunos elegirán esta ocupación, otros elegirán aquella . . . algunos optarán por esta carrera, otros por la otra. Orientará a unos a educar a sus hijos de cierta manera y a otros a educarlos de otra forma. Usted está libre para hacer cualquier cosa. Quizás prefiera esta clase de música; quizás yo prefiera otra. Yo puedo decidir enfatizar este aspecto de mi ministerio; usted puede elegir aquél. Algunos ofrendamos cierta suma, otros ofrendan otra. Unos viven en esta clase de casa, otros viven en otra. Estas opciones son válidas para todos nosotros. Como hay diferencias en el gusto y en las preferencias, la gracia nos da la libertad de elegir. Mi consejo es éste: deje que las otras personas hagan sus propias elecciones. Acéptelas como son. Defendamos el derecho que cada uno tiene de tener opiniones, convicciones y preferencias diferentes.

Lo que quiero comunicar es que no se trata de que simplemente incorporemos la gracia a nuestro vocabulario, sino que la cultivemos en nosotros y en los demás . . . que nos animemos mutuamente a pensar con el esquema mental propio de la gracia. Mi ruego es que el cuerpo de Cristo tenga un "estado mental de gracia". Cuando ésta se trasunte, habrá un despertar de la gracia que será obvio a todos, aun a los inconversos.

ALGUNOS DESCUBRIMIENTOS IMPORTANTES

Cuando leemos Romanos 6:19-23, descubrimos varias cosas importantes para cultivar este "estado mental de gracia".

Primero, descubrimos la indiscutible verdad de que necesitamos un amo. Cristo es el amo ideal que podemos elegir. No andamos bien si no tenemos una autoridad encima de nosotros. No podemos responder bien a las presiones de la vida ni a las tentaciones, si actuamos por nuestra propia cuenta. Dios no nos creó para que viviéramos vidas aisladas, sin el control de un amo. Necesitamos que él se haga cargo.

Lea lentamente el resto de este capítulo:

"Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miem-

bro para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia. Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Romanos 6:19-23).

A medida que leo las palabras y trato de expresar lo mismo en términos sencillos, llego a dos conclusiones. En primer lugar, este pasaje nos enseña a *hacer la elección correcta*. En segundo lugar, creo que nos está diciendo que *centremos nuestra atención en los beneficios de nuestro actual estado bajo la gracia*.

- Porque por la gracia de Dios estamos libres de la opresión del pecado.
- Por la gracia de Dios soy siervo de Dios.
- Por la gracia de Dios voy a recibir una serie de beneficios.

¿Qué beneficios? Menciono tres: un proceso extraordinario de crecimiento y maduración como creyente; un estilo de vida libre de culpa, caracterizado por la creatividad y la libertad; y por último, la bendición final: la vida eterna. ¿Cuál es la alternativa? Un estilo de vida pecaminoso que conduce a "una paga de muerte". Lo que significa, entre otras cosas:

- La ruptura instantánea de la comunión con Dios
- Perder sus bendiciones
- La desdicha de una conciencia culpable, y el saber que otros han sido heridos por nuestra actitud

- La pérdida de la integridad personal
- La detención repentina del crecimiento espiritual
- Relaciones tensas con otros creyentes
- La deshonra de nuestra familia y del nombre de Cristo
- La injuria al testimonio de nuestra iglesia local

Sí, la gracia le da libertad para elegir cualquiera de estos caminos. Es sabio elegir el camino de la santidad. Si ésa es su elección, usted podrá disfrutar de una vida plena que aquí se llama "vida eterna". Los beneficios son innumerables y todos son hermosos. Pero también puede elegir el camino de la desobediencia y empezar a cobrar parte de "la paga del pecado" que es la muerte, que es horrible. Antes de ceder a la tentación de abusar de la gracia que Dios le extiende, dedique algún tiempo a considerar las consecuencias. Las cicatrices de tales decisiones pueden marcar su vida para siempre. Los pecados pueden ser perdonados, pero algunas cicatrices no se pueden borrar.

Cuando cursaba mis estudios secundarios conocí a un joven. Este joven ya no se encuentra entre nosotros, murió hace algunos años de un ataque al corazón. En la época a que hago referencia, este jovencito era el descarriado y el rebelde de la clase. Era un excelente jugador de fútbol y también integraba el equipo de lucha (nunca perdió un encuentro), y era el *catcher* del equipo de béisbol. Uno de sus entretenimientos en las vacaciones era andar en lanchas de carrera. Era uno de esos muchachos incorregibles que prefieren salir a navegar a toda velocidad durante la noche. No hace falta decir que lo último en lo que se hubiera interesado era en cuestiones espirituales . . . hasta la noche en que Dios captó su atención.

Mientras navegaba a noventa kilómetros por hora bajo una luna de verano, su embarcación golpeó una enorme ola, se dio vuelta y enseguida se hundió. Aunque estaba bastante golpeado, logró nadar hasta unas rocas a las que se aferró. Las aristas afiladas empezaron a lastimarle los brazos, el pecho, el estómago y las piernas. Las olas y la marea lo empujaban arriba y abajo, mientras las afiladas rocas le cortaban el cuerpo y la sangre corría por el

agua. Sabía que los tiburones podían estar cerca, y sintió miedo por primera vez en su vida. Esto lo llevó a hacer algo que nunca había hecho: *orar*. Le dijo a Dios que sabía que no lo merecía, pero le pidió ser rescatado. Sin darse cuenta, estaba pidiendo gracia, el favor inmerecido de Dios. Le dijo al Señor que no sólo se haría creyente, sino pastor (¡lo que para él era el más horrendo y drástico de los sacrificios!). Dios intervino de manera milagrosa.

No pasaron cinco minutos cuando un barco de la Guardia Costera lo avistó con su reflector y pronto lo alzaron a bordo. El muchacho estaba en carne viva: sus brazos, su vientre y sus piernas habían recibido muchos cortes a causa de las afiladas rocas. Mientras estaba en el hospital, pasó mucho tiempo pensando. Durante su recuperación, entregó totalmente su corazón a Cristo. Aquellos que lo conocíamos en el colegio no podíamos estar más sorprendidos ante su conversión. Al curarse, le quedaron unas cicatrices largas y protuberantes en el cuerpo, que no le permitirían olvidar jamás su milagroso escape de la muerte.

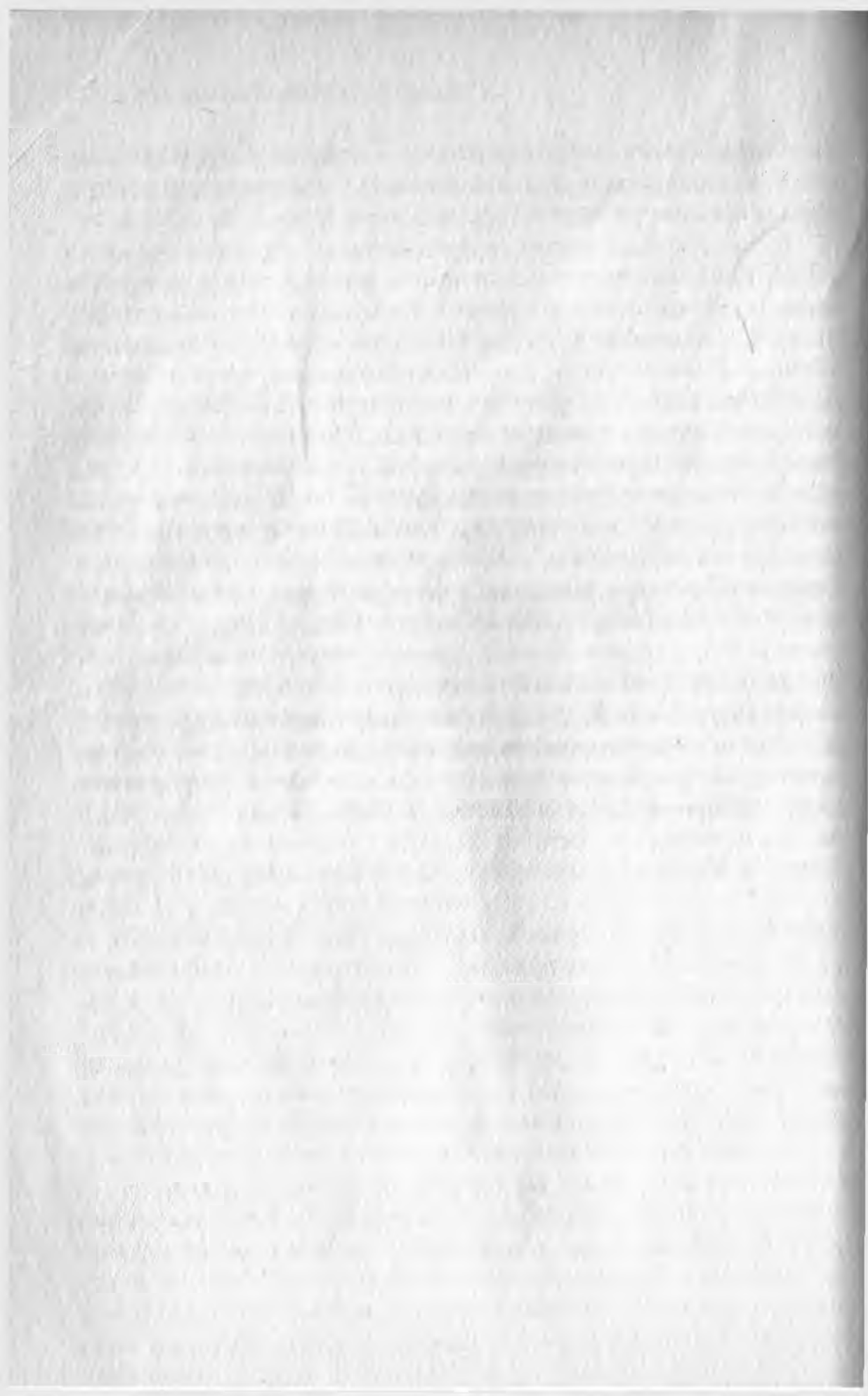
Sin embargo, a medida que pasó el tiempo, se olvidó de lo que le había dicho a Dios y eligió retornar a un estilo de vida carnal: mucha bebida, mujeres, vocabulario obsceno, toda la lista. No estaba feliz en este estado de carnalidad, pero a pesar de sentirse desdichado, no lo dejaba. Una noche muy tarde, cuando conducía embriagado, se estrelló contra la columna de cemento de un puente. Salió despedido por el parabrisas, y le quedó el rostro mutilado y marcado para siempre.

Eso finalmente logró captar su atención. Siguió sus estudios universitarios, y luego partió a un seminario. Por el resto de su vida vivió proclamando al Salvador que él había pasado por alto y de cuya gracia se había abusado. Hace años me dijo que después de cada ducha, mientras se secaba frente al espejo, las cicatrices parecían gritarle, mudos recordatorios de las elecciones incorrectas que había hecho tanto antes como después de su conversión. Había sido perdonado, pero las cicatrices no iban a desaparecer.

Sí, la gracia nos da la libertad de elegir. Podemos decidir caminar con Dios y nutrirnos de su poder para enfrentar cualquier cosa que la vida nos depare. O podemos decidir alejarnos de Dios, (como lo hizo en un tiempo mi fallecido amigo), y enfrentar las ineludibles consecuencias de nuestra elección. La próxima vez que usted se sienta tentado a someterse a su antiguo amo, recuerde

esto: la gracia lo invita a volver y encontrar perdón, pero no elimina automáticamente las cicatrices que acompañan al pecado; algunas de ellas podrían acompañarlo por el resto de su vida.

A pesar de las horribles consecuencias que puede traer el pecado, todavía debo enfatizar que la gracia significa permitir a otros la libertad de elegir, pese a los riesgos. No respetar esta libertad es abusar de la gracia, tanto como aquellos que la toman como una excusa para pecar. Creo firmemente en el rendirnos cuentas mutuamente, pero la gracia implica que yo no voy a manipular, juzgar o intentar controlarlo, y que usted no lo debe hacer conmigo. Significa que seguiremos ayudándonos unos a otros a crecer y aprender por nosotros mismos; de lo contrario, nunca disfrutaremos de una completa libertad. Para la mayoría de las personas no es natural ni fácil respetar la libertad de los demás. Como nos importan, tendemos a hacerles sugerencias o advertencias. Nos resulta muy doloroso dejar que fracasen o caigan, pero ésa es la forma en que Dios nos trata a nosotros, virtualmente cada día de nuestra vida. Nosotros tendemos a aferrar, no a liberar, tendemos a poner a las personas dentro de nuestro molde, y no les permitimos moverse a menos que se adapten a él. Si queremos ser personas de gracia *no debemos* retener a los demás bajo nuestro control, *debemos* darles la libertad de ser lo que son.



CAPITULO OCHO

La gracia de permitir a otros que sean lo que son

La gracia nos llega en dos dimensiones: vertical y horizontal. La gracia vertical se centra en nuestra relación con Dios. Es algo maravilloso. Nos libera de las exigencias y de la condenación establecida por la ley mosaica. Anuncia una esperanza al pecador: el don de la vida eterna, y todos las bendiciones que la acompañan. La gracia horizontal se centra en nuestras relaciones humanas. Nos libera de la tiranía de tratar de agradar a los demás y de adaptar nuestra vida a las exigencias y expectativas de la opinión humana. Nos da alivio, nos permite disfrutar de la libertad con todos sus beneficios. Hace callar a la culpa falsa y nos quita la vergüenza que nos hemos autoimpuesto.

Tal vez sean los inconversos los que mejor se den cuenta de cómo vivimos cargados de sentimientos de culpa. Una mujer en nuestra congregación cuenta de una conversación que tuvo con un compañero, cuando ambos eran estudiantes. El sabía que ella era creyente, y manifestó de manera categórica su total desinterés en la fe que ella profesaba. Cuando ella le preguntó la razón de su actitud, la respuesta que le dio llevaba clavado el aguijón de la

realidad: "Porque la gente que vive con más sentimientos de culpa que conozco son creyentes. No, gracias."

Es oportuno que le plantee aquí dos preguntas penetrantes que sólo usted puede contestar:

1. ¿Suele usted aumentar la culpa que otros sienten, o los alivia de ella?
2. ¿Es usted del tipo de personas que promueve la libertad de otros o de los que la reprimen?

Ambas preguntas están vinculadas a actitudes, ¿verdad? Lo que hacemos con otros depende de la forma en que pensamos. Por lo tanto, nuestra actitud es muy importante. Todo depende de nosotros. Tenemos pleno control de la actitud que adoptemos: encantadores y bondadosos, o represores y rígidos. Los resultados serán la libertad o el legalismo. Según nuestra actitud, seremos dadores de la gracia o asesinos de ella.

El doctor Victor Frankl sobrevivió a tres amargos años en Auschwitz y en otro campo de concentración nazi. En su libro, *Man's Search for Meaning*, reflexiona acerca de aquellos tenebrosos meses y nos ofrece una aguda observación:

"Los que hemos vivido en campos de concentración podemos recordar a los hombres que caminaban por los galpones consolando a los demás, compartiendo su último pedazo de pan. Quizás no eran muchos, pero son una prueba suficiente de que puede quitársele todo a un hombre, menos una cosa: la última libertad humana es la de poder elegir la actitud ante cualquier circunstancia.

"Siempre hay elecciones que hacer: cada día, cada hora, se nos ofrecía la oportunidad de hacer una decisión . . . y esa decisión determinaba si nos sometíamos o no a los poderes que amenazaban robarnos el yo, la libertad interior; eso determinaba si nos convertíamos o no en el juguete de las circunstancias, si renunciábamos a nuestra libertad y dignidad para dejarnos moldear en prisioneros típicos . . . a pesar de que la falta de descanso, la escasa alimentación y las diversas tensiones a que estaba sometida

la mente podrían sugerir que los prisioneros estarían obligados a reaccionar de determinada manera, un análisis profundo demuestra claramente que el tipo de persona que el prisionero llegaba a ser era el resultado de una decisión interior, y no solamente la consecuencia de las influencias en el campo de concentración."¹

Son palabras ciertas, y verdaderamente sabias. Son esas decisiones interiores, no las otras influencias, las que nos hacen el tipo de persona que somos. Una de mis grandes esperanzas al escribir este libro es animar a otras personas a enfrentar el hecho de que es importante mantener una actitud positiva que genere gracia, la clase de gracia que deja que otros sean lo que son y lo que Dios los está guiando a ser. Ser esa clase de personas comienza con una decisión interior de liberar, de soltar la sujeción que tenemos sobre otros.

DOS TENDENCIAS PODEROSAS QUE ANULAN LA GRACIA

En Romanos, el gran libro de doctrina de la Biblia, encontramos un pasaje de instrucciones prácticas muy claras. De hecho constituye un conjunto de mandamientos, que, de ser obedecidos, harán de nosotros personas extremadamente capaces de afirmar a otros.

"El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno. Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros. En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración; compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis. Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran. Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión. No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres" (Romanos 12:9-17).

En esta pequeña joya tenemos concentrada la esencia del cristianismo auténtico. A menos que me equivoque, creo que cada persona que conoce y ama a Jesucristo podría responder a esta lista en palabras similares a éstas: "Me encantaría ser así. Es una lista extraordinaria de decisiones para hacer a comienzos de año. Mis relaciones con los demás mejorarían de inmediato. ¡Cómo me gustaría que estas cosas fueran ciertas en mi vida!"

¿Por qué no nos tratamos unos a otros de la manera en que el Señor nos instruye a hacerlo? ¿Por qué mostramos un amor tan hipócrita? ¿Qué nos impide entregarnos sinceramente, respetarnos, atender nuestras mutuas necesidades, practicar la hospitalidad? Cuando otros reciben un ascenso o un reconocimiento especial, o disfrutan de unas cuantas comodidades que nosotros no tenemos, ¿por qué no aplaudimos su éxito y nos alegramos con ellos? ¿Por qué devolvemos mal por mal, aun sabiendo que la venganza no hará otra cosa que levantar más barreras? Podríamos seguir agregando preguntas en dos páginas más. Lo que resulta incluídible es el hecho de con demasiada frecuencia anulamos la gracia en lugar de acrecentarla. La reprimimos más de lo que la liberamos. ¿Qué es lo que obstaculiza en nosotros ese libre fluir horizontal de la gracia?

He estado pensando en esto por varios meses. Mientras pensaba, no sólo examiné mi propia vida, sino que también he observado a otros, especialmente a creyentes. Mis descubrimientos no han sido placenteros, pero son reveladores y creo que son confiables. La mayoría de nosotros fracasamos cuando se trata de liberar a otros para dejarlos ser ellos mismos, a causa de dos tendencias muy humanas: *Nos comparamos* con los otros (lo que nos lleva a criticarlos o a competir con ellos), e *intentamos controlar a los demás* (lo que nos lleva a manipular o intimidar a los demás). Por algunos momentos, analicemos estas dos tendencias que impiden el despertar de la gracia.

Compararnos con otros

Los creyentes parecen ser muy vulnerables cuando se trata de las comparaciones. Por alguna razón, que no alcanzo a discernir plenamente, no nos sentimos cómodos con las diferencias. Preferimos la uniformidad, lo predecible, los intereses comunes. Si alguien

piensa diferente o hace opciones distintas a las nuestras, si le gustan otros entretenimientos o se viste diferente, si tiene gustos y opiniones distintas, o disfruta de otro estilo de vida, la mayoría de los creyentes se ponen nerviosos. Le damos excesiva importancia a las cosas externas y a la apariencia, y minimizamos totalmente la individualidad y la variedad. Tenemos "normas aceptables" en las que podemos movernos libremente y permitimos a otros que lo hagan. ¡Pero que Dios se apiade de aquel que se salga de esos límites!

Comparamos los gustos musicales. Comparamos los ingresos. Comparamos los estados civiles. Comparamos la espiritualidad en base a las apariencias externas. Si una persona aprecia los himnos y las canciones melódicas, está bien. Pero si otra prefiere el jazz o el rock, cuidado. Si alguien gana tanto dinero (o menos) que nosotros, nos sentimos cómodos, lo aceptamos. Pero si gana mucho dinero, si conduce un automóvil lujoso, o quizás tiene dos, si tiene una avioneta o una casa de veraneo, o se toma largas vacaciones, consideramos que es extravagante . . . aunque no sepamos nada acerca de su generosidad. Si alguien está casado, y tiene varios hijos inteligentes y bien criados (¡como los nuestros!), nos gusta estar cerca de esa persona. Pero si un individuo vive solo, está divorciado, separado, o nunca se ha casado, bueno . . . "debe haber algo malo en él (o en ella)". ¡En realidad, lo único malo es la comparación!

¿Quién escribió las reglas del juego de la comparación? ¿Podría por favor mostrarme en las Escrituras dónde dice que Dios se complace con tales actitudes negativas? ¿Por qué no puede ser espiritual una persona y a la vez disfrutar de expresiones de música o de arte totalmente diferentes a las que usted disfruta? ¿Quién dice que es carnal tener cosas lindas o disfrutar de algunos lujos extravagantes, especialmente si se es extraordinariamente generoso? ¿Por qué no puede tener la gente cualquier automóvil que esté en condiciones de comprar, o pasar sus vacaciones donde le plazca, o vivir en la casa que más le guste o usar la ropa que prefiera? Sólo porque usted y yo no podamos, no queramos o noelijamos lo mismo, no significa que otros no puedan hacerlo. La comparación alimenta el fuego de la envidia entre la gente, y promueve la tendencia a juzgar. Lo peor de todo es que anula la gracia. Dios nunca tuvo la intención de que todos sus hijos se

asemejaran o mantuvieran el mismo estilo de vida. Observe el mundo natural que él creó. ¡Qué variedad! El águila y la mariposa . . . el perro y el ciervo . . . la margarita y la orquídea . . . el movedizo pececillo y el lustroso tiburón.

La iglesia no es una industria religiosa destinada a producir en serie un modelo definido en una línea de montaje. La Biblia no se escribió para transformarnos en creyentes que parecen galletitas en serie o santos recortados en papel, todos hechos con el mismo molde. Por el contrario, las personas de las que leo en el Libro son tan distintas entre sí como Rahab y Ester, la primera una prostituta, la segunda una reina . . . tan diversos como Amós y Esteban, el primero un recolector de higos que terminó profeta, y el segundo un diácono que fue mártir. La variedad honra a Dios, la mediocridad le desagrada. Y si quiere pruebas de que prefiere las diferencias, eche una mirada a la extensa galería de los famosos en la historia de la iglesia. Algunas de esas personas jamás hubieran sido bienvenidas en la mayoría de las iglesias evangélicas de nuestros días: "¡Exagera . . . es excéntrico . . . demasiado liberal!" ¿Se puede imaginar al apasionado John Knox en uno de los sofisticados pulpitos contemporáneos? ¿O a Martín Lutero en televisión? Si usted está familiarizado con el estilo desinhibido del Reformador, seguramente se estará sonriendo. Él fue quien en cierta ocasión admitió que nunca predicaba mejor que cuando estaba airado.

Antes que podamos demostrar a otros la gracia necesaria para dejarlos ser lo que son, tenemos que liberarnos de la tendencia legalista de hacer comparaciones. (Sí, es una forma de legalismo.) Dios nos ha hecho a cada uno de nosotros tal como somos. Quiere modelar en nosotros la imagen que tiene en mente. Su único modelo (en lo que a carácter se refiere) es su Hijo. Él quiere que cada uno de nosotros sea único, una combinación y una expresión individual, y distinta a cualquier otra persona. Esa es su intención. Sólo hay uno como *usted*. Y una sola persona como *yo*. Y lo mismo podemos decir de cada miembro de la familia de Dios.

El legalismo requiere que seamos todos semejantes, unificados en nuestras convicciones y uniformes en nuestra apariencia, a lo que yo respondo: "¡Déjenme fuera!" La gracia encuentra gusto en las diferencias, estimula la individualidad, sonríe ante la diversidad, y deja espacio suficiente para las diferencias de opinión. Recuerde que libera a otros para ser lo que son, y a eso digo:

"¡Cuenten conmigo!" Las comparaciones son odiosas. Hasta que no digamos basta a las comparaciones, no podrá fluir la gracia horizontal en la iglesia.

Controlar a los demás

Otra actitud que vale la pena cambiar, si queremos promover *El despertar de la gracia* en nuestra generación, es la tendencia a controlar a los demás. Encuentro que esta actitud prevalece entre aquellos que encuentran su seguridad al amparo de la rigidez religiosa. Logran lo que quieren en la medida que puedan manipular e intimidar a otros. Usan tácticas de temor, amenazas veladas y expresiones indirectas para conseguir lo que quieren. Si alguna vez ha estado cerca de una persona así, sabe exactamente qué es lo que estoy tratando de describir. La mayoría de las veces, estas personas son inseguras y carecen de libertad, de modo que es natural que se sientan incómodas cerca de otras personas que sí son libres. Por lo tanto, formulan exigencias e imponen expresamente su voluntad sobre los demás. Las personas manipuladoras no pasan inadvertidas y no son lo que podríamos llamar sutiles. A veces pueden ser realmente amedrentadoras.

Si usted tiende a controlar a otros, la gracia es un concepto desconocido en su vida.

CUATRO PAUTAS BIBLICAS QUE MAGNIFICAN LA GRACIA

Hemos dicho suficiente acerca de lo que anula la gracia. Lo que queremos por sobre todas las cosas es magnificarla, promoverla y liberarla.

En su Carta a los Romanos, Pablo trata detalladamente el tema de la libertad personal, mucho más minuciosamente que en ninguna de sus otras epístolas. En el capítulo 14, por ejemplo, presenta cuatro pautas muy prácticas que pueden seguir todos los que estén realmente interesados en otorgar gracia a los demás. Mi esperanza es que no sólo aprendamos en qué consisten estos principios; es igualmente importante que los apliquemos cada día de nuestra vida.

El primer principio está basado en Romanos 14:1-4:

"Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones. Porque uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, come legumbres. El que come, no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come; porque Dios le ha recibido. ¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme."

Como ya hemos tratado el asunto de comer carne de un animal ofrecido a los ídolos, no hace falta que vuelva a comentar el trasfondo de este tema. Pero quizás debiera repetir la pregunta que planteaba esa controversia: ¿Debe un creyente comer esa carne o no? Algunos creyentes no tenían problema en hacerlo, mientras que otros sí, porque pensaban que el que lo hiciera quedaría espiritualmente contaminado por la asociación entre la carne y la adoración pagana. Veamos cómo esta misma situación se relaciona con la posibilidad de magnificar la gracia:

Pauta N° 1: Aceptar a los demás es esencial para darles la libertad de ser ellos mismos. El problema no era en realidad la carne, sino el amor entre hermanos, un problema de aceptación. Y hoy es igual. Cuántas veces restringimos nuestro amor porque le damos un carácter condicional: "Si haces (o no haces) tal cosa, entonces te aceptaré." Pablo parte desde ese punto: "¡Acéptense unos a otros!" En otras palabras: "Démonos unos a otros la libertad de sostener convicciones distintas, y aceptémonos mutuamente a pesar de esas diferencias." El apóstol exhorta a aquellos que no comían carne (aquí llamados "débiles en la fe") a aceptar a aquellos que sí lo hacían, sin juzgarlos. Y a aquellos que sí comían los exhorta a aceptar sin criticar a quienes no lo hacían. El secreto reside en la aceptación mutua. Todo esto es bastante fácil de leer mientras tratamos el asunto del comer carne. Nos sentimos seguros porque no se trata de un tabú de nuestro tiempo. ¡Es fácil aceptar a esas personas hoy en día, simplemente porque no existen!

¿Pero qué diremos de aquellos que no concuerdan con usted en asuntos que son tabú en los círculos cristianos de nuestros días? Aquí menciono algunos asuntos:

- Ir al cine o al teatro
- Usar cosméticos
- Jugar a los naipes
- Mirar televisión
- Ir a la playa
- No tener un devocional todos los días
- Ir a un restaurante donde se venden bebidas alcohólicas
- Usar determinada ropa
- Conducir determinados automóviles
- Usar determinadas joyas
- Escuchar cierta música
- Bailar . . . bailes folklóricos, de salón, en discotecas, lo que sea
- Desempeñar determinados trabajos
- Usar el cabello de cierta forma (suponiendo que usted no sea calvo)
- Tener posesiones hermosas y elegantes
- Hacerse la cirugía estética
- Tomar café
- Comer ciertas comidas
- Hacer gimnasia con mallas elastizadas

• Ser el mismo en todo

Hay una docena más de cosas que podría agregar, algunas de las cuales harían reír. Pero créame que en ciertos lugares estas cosas siguen siendo tabú, y si usted se atreve a cruzar la frontera tendrá problemas en su iglesia. Es probable que le llamen la atención. Y si no lo hacen, las miradas caerán sobre usted y lo tratarán con aspereza, mostrando actitudes carentes de gracia. Somos maestros en este arte. Si usted desea "sobrevivir", sería mejor que aprendiera pronto las reglas. Pero no dé por sentado que en todas partes existen los mismos tabúes. La lista aun hoy en día es distinta en cada cultura.

Leí la semana pasada acerca de una conferencia de pastores en la que se había reunido un grupo de luteranos alemanes. Como parte de la recepción se sirvió cerveza. Nadie se preocupó por eso porque en su cultura una jarra de cerveza es algo totalmente aceptable. Pero si a alguno se le hubiera ocurrido encender un cigarrillo, la cosa hubiera sido diferente. ¿Resulta extraño? No debían fumar, pero si querían disfrutar de un trago de cerveza, no había ningún problema.

Conozco iglesias donde miran con el entrecejo fruncido a alguien si va al teatro o al cine, no importa qué película sea. Hay miembros de esas congregaciones que hasta se dedican a espiar en esos sitios. Pero algunas de esas mismas personas son capaces de quedarse hasta tarde en su casa mirando películas por televisión. Algunos hasta tienen televisión por cable y miran películas mucho peores que las que se exhiben en los teatros. ¡Qué cosa! Para mí las películas son películas, no importa dónde se exhiben.

En Romanos 14 Pablo menciona las dos reacciones más comunes en conflictos como ése. Primero dice: "El que come, no menosprecie al que no come . . . (v. 3). La expresión *menospreciar* significa "considerar como menos, despreciar, no tener en cuenta". Esa es la reacción habitual en aquellos que se consideran con la libertad de tratar de cualquier forma a aquellos que son más reprimidos o rígidos. Es fácil menospreciarlos, "considerarlos poca cosa".

La segunda reacción que Pablo menciona es la opuesta: "Y el que no come, no juzgue al que come." Juzgar significa criticar, considerar negativamente, hacer suposiciones exageradas y erróneas y hasta injuriosas. No importa la postura que usted tenga respecto a un tabú, no debe juzgar al que tenga una postura

diferente. Eso es lo que se ha venido haciendo desde siempre, desde el *primer* siglo.

William Barclay escribe:

"Los judíos habían transformado el *sabat* en una tiranía, rodeándolo de una jungla de reglas, normas y prohibiciones."²

¿Se había transformado en un fetiche!

¿Se imagina usted que el día de descanso pueda llegar a transformarse en un fetiche? Cualquier cosa a la que damos excesiva importancia se transforma fácilmente en un fetiche, con toda la tragedia que ello implica.

¿Recuerda la pregunta de Pablo? "¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae." Cuando realmente aceptamos a otra persona, recordamos que el Señor es perfectamente capaz de dirigir su vida. Eso nos alivia de tener que estar por encima de la conciencia del hermano o la hermana. A nosotros nos corresponde aceptarlos; a Dios le corresponde dirigirlos.

¿Qué significa la aceptación? ¿Qué incluye? No lo puedo expresar mejor que lo que leí en un periódico hace muchos años, y por eso recurro a esa fuente para responder a estas dos preguntas:

"La aceptación significa que usted es valioso tal como es. No tiene que fingir ser lo que no es. No tiene que adaptarse a la idea de otro respecto a lo que usted debe ser. Significa que sus ideas se toman en serio porque reflejan lo que usted es. Puede hablar de cómo se siente y por qué se siente así, y sabe que alguien realmente se va a interesar.

"La aceptación significa que puede expresar sus ideas sin temor. Hasta puede manifestar un pensamiento herético y analizarlo de manera aguda y honesta. Se siente seguro. Nadie lo juzgará, aunque no estén de acuerdo con usted. No significa que nunca se le mostrará que está equivocado; simplemente significa que usted puede ser *usted mismo* con total seguridad, y que nadie lo va a destruir por un prejuicio."³

La aceptación es esencial para permitir libertad a los demás. Observe los próximos cuatro versículos de Romanos 14, en referencia a la segunda de nuestras pautas:

"Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente. El que hace caso del día, lo hace para el Señor; y el que no hace caso del día, para el Señor no lo hace. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios. Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos" (vv. 5-8).

Pauta N° 2: Si dejamos de controlar a los demás, le permitimos al Señor la libertad de dirigir sus vidas. Aprecio de manera especial la afirmación al final del v. 5: "Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente." Hay que darle espacio a las personas para que piensen por sí mismas. ¿Hay individuos recién convertidos a su alrededor que forman parte de su vida y ministerio? ¿Quiere ayudarlos a crecer hacia la madurez? Déjelos crecer de manera diferente a cada uno. Déelos que sigan su propio ritmo, tal como usted aprendió, incluyendo sus fracasos y errores. Si realmente quiere que despierte la gracia, sea más tolerante con ellos de lo que otros fueron con usted. No decida por ellos. ¡Déjelos decidir! No trate de hacer pesar su influencia. No les ate las manos ni los manipule para obtener lo que desea.

Procure ser un modelo de gracia, aceptando a los demás. No ceda a la tentación de ser una persona que critica y destruye a sus hermanos y hermanas. Ya tenemos demasiados personajes de esa clase rondando los círculos religiosos. Y no hay nada que llame tanto la atención de los incrédulos como cuando los creyentes se atacan unos a otros. No piense que el mundo no advierte nuestro "canibalismo".

Sigamos adelante, a los próximos cuatro versículos de Romanos, capítulo 14:

"Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven. Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo. Porque escrito está: VIVO YO, DICE EL SEÑOR, QUE ANTE MI SE DOBLARA TODA RODILLA, Y TODA LENGUA CONFESARA A DIOS. De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí" (vv. 9-12, mayúsculas del autor).

Pauta N° 3: *Liberar a otros implica que nunca asumiremos una posición que no tenemos derecho de asumir.* Esto es suficiente para impedir que una persona juzgue a otra. No estamos calificados para hacerlo. Carecemos del conocimiento necesario. Muchas veces arribamos apresuradamente a conclusiones equivocadas y juzgamos, sólo para advertir más adelante que carecíamos de fundamento . . . y entonces quisiéramos poder cortarnos la lengua.

¿Por qué no estamos calificados para juzgar?

- Porque no conocemos todos los hechos.
- Porque no podemos leer las intenciones.
- Porque no podemos ser absolutamente objetivos.
- Porque no tenemos la perspectiva "del cuadro completo".
- Porque somos ciegos a ciertas cosas.
- Porque tenemos prejuicios y percepción "borrosa".
- Por sobre todas las cosas, porque nosotros mismos somos imperfectos e inconsecuentes.

Nunca olvidaré lo que me ocurrió varios años atrás, que me demostró cuánto podía equivocarme al juzgar a otra persona. Estaba dando un seminario bíblico de una semana de duración, durante el verano. En el mismo encuentro participaba una pareja

que yo no había conocido antes. Conversamos brevemente la primera noche. Ambos se mostraron amigables y parecían especialmente contentos de estar allí. A medida que transcurría la semana, comencé a notar que el hombre se dormía en todas las sesiones. Absolutamente en todas. Habitualmente eso no me molesta. ¡A menudo hablo en los sueños de otras personas! Pero esta vez, por alguna extraña razón, me empezó a incomodar. El miércoles me sentía irritado. Como ya dije, he vivido muchas veces situaciones como ésa . . . pero ese hombre se dormía apenas diez minutos después que yo había empezado a hablar. No hacía diferencia alguna si hablaba de mañana o de noche; siempre se dormía. Al llegar la reunión del viernes (y en la que naturalmente también se durmió), me convencí de que quien quería participar del encuentro era ella, y no su esposo. Lo evalué como una persona que dice una cosa y actúa de otra forma, "probablemente sea un creyente carnal".

La mujer esperó hasta que la gente y su esposo se hubieron marchado. Me preguntó si podía hablar conmigo unos minutos. Supuse que quería hablarme acerca de lo poco feliz que era viviendo con un hombre que no tenía el mismo interés que ella en las cosas espirituales. ¡Cómo me equivoqué! Me dijo que era idea de su esposo que asistieran al encuentro. Había sido "su último deseo". No entendí. Me explicó que tenía cáncer y le quedaban pocas semanas de vida. Porque él así lo había querido, participaron de mi seminario a pesar de que el remedio que tomaba para aliviar el dolor le producía mucho sueño, cosa que por cierto lo ponía muy incómodo. "Ama al Señor", me dijo ella, "y usted es su maestro favorito. Quería por sobre todas las cosas estar aquí y conocerlo personalmente, a cualquier costo." Sinceramente, me sentí impactado. Me agradeció por la conferencia, y se fue. Yo me quedé allí, solo, sintiendo el peor reproche de mi vida. Había juzgado a mi hermano, y me había equivocado de una manera terrible.

¿Significa este principio que siempre tenemos que estar de acuerdo con los demás? No. Ese será el tema del próximo capítulo, de modo que no me voy a ocupar extensamente aquí del asunto. Hay una cantidad de personas con las cuales usted puede llegar a disentir, pero puede seguir demostrándoles respeto. Me siento mucho más feliz si acepto el hecho de que los demás no siempre van a concordar con mis convicciones. Pero lo esencial es que usted y yo nos cuidemos de juzgar a otros. Repito: no estamos calificados

para cumplir ese papel. Dios solamente debe ser nuestro Juez y nuestro Jurado.

Queda una pauta más, que surge de los vv. 13-18 de Romanos 14:

"Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano. Yo sé, y confío en el Señor Jesús, que nada es inmundo en sí mismo; mas para el que piensa que algo es inmundo, para él lo es. Pero si por causa de la comida tu hermano es contristado, ya no andas conforme al amor. No hagas que por la comida tuya se pierda aquel por quien Cristo murió. No sea, pues, vituperado vuestro bien; porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es aprobado por los hombres."

Pauta N° 4: *Nuestro amor por los demás requiere que expresemos nuestra libertad con sabiduría.* En otras palabras, el amor es lo que gobierna. No me pertenezco a mí mismo, fui comprado por un precio. Mi meta no es agradarme a mí mismo, sino a mi Señor Jesús, mi Dios. No es agradarle a usted, sino agradar a mi Señor. Lo mismo se aplica en su caso. De modo que la ley básica es ésta: yo no adapto mi vida a lo que usted puede llegar a decir, sino que adapto mi vida al fundamento del amor que le tengo a usted, porque yo respondo a Cristo. Y lo mismo es cierto en su caso.

Podemos parafrasear los versículos que acabamos de leer en Romanos: "Nada que no sea explícitamente indicado en las Escrituras como malo, es malo, sino más bien asunto de preferencias o gustos personales. Dejemos que así sea. Aunque usted está convencido de que no haría lo que otra persona hace, permita que él o ella lo haga. Y los que sienten libertad para hacerlo, no hagan alarde de ello ni se burlen de los que piensan distinto. Se supone que estamos construyendo, no destruyendo. Y que todos recordemos que el gran plan del reino de Dios no es que seamos moldeados por esas pequeñeces de los gustos personales, sino por cosas grandiosas, como la santidad, la paz, el gozo."

Uno de los rasgos de la madurez es la habilidad de manejar la libertad sin hacer alarde de ella. Las personas maduras no se jactan

de sus privilegios. Los disfrutaban plenamente, pero en silencio, privadamente, con aquellos que piensan como ellos, que no se ofenden por el uso de la libertad.

Cuando nuestros hijos empezaron a crecer, aumentamos sus privilegios. Uno de los primeros privilegios de que disfrutó nuestro hijo mayor fue el de no tener que dormir la siesta y no tener que irse a la cama temprano. El problema era que sus tres hermanos no tenían edad suficiente para disfrutar de los mismos privilegios. De modo que él debía ser maduro en el manejo de su nueva libertad. Si él hubiera hecho alarde, se hubiera producido el caos. En otras palabras, no podía pasar junto a la puerta del dormitorio y provocarlos gritando: "Ja, ja, ja. Yo no duermo siesta" O bien: "Ja, ja, ustedes se van a dormir temprano; yo no. ¡Tengo libertad para quedarme hasta *bieeen* tarde!" Le aconsejamos que se mantuviera callado y manejara su libertad con sabiduría. Pablo nos advierte a usted y a mí que hagamos lo mismo. Si no lo hacemos, los asesinos de la gracia acumulan municiones y encuentran razones para apuntar en contra de nosotros. La gracia nunca nos da derecho a burlarnos de nadie a causa de nuestra libertad. Cuando veo que eso ocurre, advierto que estoy presenciando la infantilidad religiosa en acción.

ALGUNAS ACCIONES QUE MUESTRAN GRACIA

Quiero cerrar este capítulo centrando nuestra atención en los últimos versículos de Romanos 14. Lea el v. 19 lentamente y pensando en lo que dice. "Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación." Sobre la base de esta gran afirmación, reflexione los siguientes pasos de acción.

1. *Concéntrese en las cosas que estimulan la paz y ayudan al crecimiento de otros.* Algo que me sirve a mí es pasar todo lo que hago por un doble "filtro", por dos preguntas que me mantienen ubicado: (a) ¿Va a provocar muchas olas, o va a promover la paz? (b) ¿Va a herir u ofender, o va a ayudar a que mi hermano y mi hermana se fortalezcan? Volvamos a comprometernos plenamente con la meta de animar y afirmar a los demás.

2. *Recuerde que sabotear a los santos perjudica a la obra de Dios.* "No destruyas la obra de Dios por causa de la comida" (v. 20). Usted está sabotando a los santos cuando hace alarde de su

libertad, si sabe que ellos tienen convicciones opuestas. Eso no es justo. Francamente, es pelear sucio. La Escritura lo llama "menospreciar", y nos advierte que no tengamos esa actitud. Disfrute de su libertad con discreción.

3. *Haga uso de su libertad sólo entre aquellos que la disfrutan como usted.* Repito, eso significa ser discreto. Recuerde lo que conté acerca de mi hijo mayor. Lo que otros no saben no puede herirlos. Eso no es un engaño, sino una restricción necesaria y sabia. No es motivado por la hipocresía sino por el amor.

4. *Defina dónde está ubicado, y niéguese a hacer el papel de Dios en la vida de cualquier otra persona.* Eso puede parecer simple y fácil, pero es más difícil de lo que parece. Asegúrese de estar en lo cierto, y siga adelante, sin flaquear. Al permitirles a los demás ser lo que son, usted adquiere libertad para concentrarse en prestar toda la atención a lo que Dios está tratando de hacer en usted. No tiene ni el tiempo ni la energía necesarias para controlar a los demás. Amar a los demás significa otorgarles libertad.

CAPITULO NUEVE

Cómo disentir con gracia y perseverar

Una de las características de la madurez es la habilidad para disentir sin hacerlo de una manera desagradable. Y eso requiere gracia. De hecho, uno de los máximos logros de la gracia es el poder manejar los conflictos con tacto.

Desafortunadamente, cuanto más envejecemos, tanto más frágiles se toman nuestras reacciones, tanto más tediosos, obstinados e inestables nos tornamos. Por alguna extraña razón, esto ocurre especialmente entre los creyentes evangélicos. Usted quizás creería que la iglesia es el sitio donde se puede encontrar más tolerancia, tacto, lugar para disentir, discusión franca. ¡No es así! Es un raro placer cruzarse con una persona en la familia de Dios que haya crecido tanto en el conocimiento como en la gracia.

Un amigo me relató un hermoso ejemplo de esta situación; se trata de una historia verídica. El pastor de una iglesia que pertenecía a otra denominación se comunicó con el pastor de una iglesia bautista céntrica y numerosa, y le pidió algo poco común. En su iglesia había varias personas que se habían unido

recientemente a la iglesia y que preferían ser bautizadas por inmersión y no por aspersión, que es la forma en que su iglesia normalmente bautizaba. El pastor no sólo pidió que le facilitaran el uso del bautisterio, sino que el pastor de la iglesia local fuera quien bautizara a los nuevos convertidos. Esto planteó un dilema: ¿y si los que se iban a bautizar no eran realmente nacidos de nuevo? Como el pastor tenía la convicción de que solamente los creyentes podían ser bautizados, advirtió que no podía cooperar de buena fe en este plan; pero a la vez quería presentar su respuesta con tacto para no ofender al otro pastor. Tengo entendido que escribió una carta, que era un modelo de gracia, en la que incluyó esta afirmación llena de humor: "No lavamos para afuera, pero estaremos gustosos de prestarle nuestras facilidades." Ojalá todos los asuntos de esa índole se manejaran con tanta gracia.

Más de un ministro vive al borde del conflicto y de la controversia, simplemente porque sus miembros no admiten el desacuerdo . . . no se brindan libertad para la negociación . . . no se permiten escuchar a nadie que sostenga una opinión diferente a la de ellos. Conozco a pastores que nunca leen correspondencia que les hace alguna crítica; todo pasa por el filtro de sus secretarías quienes rápidamente la descartan. Un pastor ha declarado públicamente que no incluiría en su equipo a ninguna persona que le dijera "No". Cuando lo escuché, no pude sino preguntarme dos cosas: ¿Cómo va a encontrar en el mundo suficientes personas para integrar su equipo? ¿Y cómo se las arregla su esposa con las cosas en las que no está de acuerdo?

Hay otro lado de este asunto de la crítica que necesitamos encarar con igual vigor, y es la importancia de decir lo que pensamos, pero con gracia. Como yo sí leo la mayor parte de la correspondencia conflictiva que me llega, estoy muy al tanto de cómo expresa la gente sus desacuerdos. Con algunas honrosas excepciones, la regla general es que las críticas se expresan sin tacto, agresivamente, de manera acusadora, y a veces con sarcasmo. Las más ofensivas son aquellas que no se firman (lo que es una cobardía), y que faltan a la verdad.

Créanme, las palabras amargas y duras se adhieren como trocitos de metralla en el cerebro, aun en las personas que uno pensaría que son lo suficientemente fuertes como manejar la situación. La persona que los ha criticado quizás se olvide pronto

del asunto, pero difícilmente se olvide la persona que ha sido agredida verbalmente. Me encanta ese viejo refrán que dice: "Escribe tus críticas en la arena, y tus cumplidos en el mármol."

Me vienen a la mente los cuatro últimos versículos de Efesios, capítulo 4:

"Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo" (vv. 29-32).

Nadie podría expresarlo más sucintamente que eso. Sea amable, amigo creyente, en todo lo que escriba o diga. No cuesta nada, y sólo lleva apenas un poco más de tiempo expresar los desacuerdos con tacto y gracia en las ocasiones en que las cosas no se presentan como queremos, cuando alguien sostiene una opinión diferente a la nuestra, cuando debe hacerse una corrección o resulta pertinente hacer una amonestación. La descortesía nunca es apropiada. Sin excepción alguna, la amabilidad siempre lo es.

COSAS EN LAS QUE ESTAMOS DE ACUERDO RESPECTO A LOS DESACUERDOS

A pesar de todo lo que hagamos por asegurar la paz, y a pesar de la actitud positiva y del tacto que podamos tener, siempre habrá ocasiones en que se planteen desacuerdos. Eso me lleva al primero de cuatro hechos en los que todos (o al menos la mayoría) estamos de acuerdo.

1. *Los desacuerdos son inevitables.* A lo largo de este libro, he enfatizado el valor de la variedad y la importancia de la individualidad. Por otra parte, hay una pendiente que se abre con la diversidad de opiniones. Digo "pendiente" porque esas diferencias inevitables pueden conducir a graves desacuerdos. En la mayoría de los temas habrá perspectivas opuestas y una variedad de puntos

de vista. Los gustos difieren, lo mismo que las preferencias. Yo soy bastante firme en mis convicciones teológicas, pero eso no significa que usted (o cualquier otra persona) deba concordar conmigo. Todo esto explica por qué asigno tanta importancia a la flexibilidad en nuestras relaciones. Quizás las convicciones teológicas sean inflexibles, pero las relaciones con otras personas no deben serlo. Los líderes necesitan de manera especial esa flexibilidad, si quieren realmente aliviar la presión de tensiones que son inevitables.

2. *Hasta las personas piadosas a veces están en desacuerdo.* Cuando era joven me resultaba difícil este aspecto. No podía entender cómo dos personas que amaban al Señor con la misma pasión y creían en la Biblia con el mismo fervor pudieran llegar a conclusiones diferentes. En mi estrecha mente estaba convencido de que todas las personas piadosas tenían que llegar a conclusiones idénticas. ¡No es así! Para mi sorpresa, pronto descubrí que no sólo había varias opiniones sobre un mismo asunto, sino que Dios aun bendecía a los que estaban en desacuerdo conmigo. Diré todavía algo más: estoy convencido de que Dios no es para nada tan estrecho de mente como muchos de los que integran su pueblo. He descubierto que es mucho más fácil convivir con Dios que con la mayoría de sus seguidores. El es mucho más tolerante, y por cierto que tiene más gracia y perdón que todos nosotros. Y a diferencia de nosotros, cuando Dios perdona, olvida la transgresión y la pone tan lejos como está el oriente del occidente.

No habrá denominaciones en el cielo, ni categorías de creyentes: sólo una enorme congregación de santos, y sólo entonces habrá perfecta armonía de corazón y total unanimidad en pensamiento. Hasta entonces, puede estar seguro de que hasta las personas piadosas van a disentir.

3. *En todo desacuerdo tenemos siempre los mismos dos ingredientes:* (a) un tema, y (b) varias perspectivas. El tema generalmente es algo objetivo y envuelve principios. Pero las perspectivas son subjetivas e involucran diferentes personalidades. Y allí reside la clave y la esencia de una confrontación, que podría definirse como el desacuerdo sobre un tema provocado por puntos de vista diferentes. Seré franco con usted: cada vez que he recordado esos dos ingredientes básicos estando en medio de un conflicto, he logrado mantener la calma y pensar con claridad. Cuando los he olvidado, casi sin excepción he fracasado en negociar con sabiduría una

salida al conflicto. Más aún, luego he lamentado algo que había dicho en medio del calor del intercambio verbal. Esos dos simples ingredientes han logrado mantenerme calmo. ¿Por qué? El próximo factor se lo explicará.

4. *En muchos desacuerdos los dos puntos de vista son válidos.* Aunque eso le suene demasiado "liberal", trate de pensar en la idea antes de desecharla. En muchas ocasiones en las que me he encontrado con un hermano o una hermana que tenía la misma firmeza que yo pero una opinión opuesta a la mía sobre algún tema, he advertido que no se trataba tanto de que yo ~~estoy en lo~~ cierto, usted ~~está equivocado~~, sino más bien yo ~~lo veo de esta~~ manera, usted ~~lo ve de otra~~. Los dos enfoques de un asunto que se discute tienen sus puntos fuertes y sus puntos débiles, lo que significa que ninguno es absoluto. De todos modos, cualquier discusión puede conducir a una desavenencia seria y definitiva en una relación . . . y a veces (esto le causará sorpresa) ésa es la voluntad de Dios. Hay ocasiones en que Dios elige difundir las buenas nuevas de su Hijo más rápidamente en diferentes direcciones, permitiendo que dos de sus siervos capaces tengan una desavenencia importante. Al separarse, y ministrar con eficiencia en dos sitios diferentes, Dios alcanza un objetivo mayor que si ambos se mantuvieran de acuerdo.

UN DESACUERDO ENTRE DOS LIDERES CONSAGRADOS

Eso es exactamente lo que ocurrió entre dos hombres que habían trabajado lado a lado durante muchos años. Estoy pensando en Pablo, el consagrado apóstol de la gracia, y Bernabé, el siervo de la compasión. No podríamos encontrar dos hombres más consagrados que ellos en el primer siglo. Ambos eran eficientes y espiritualmente maduros. ¡Pero qué discusión la que tuvieron! ¿Se imagina lo que habrían presentado los titulares de nuestros medios de comunicación?

Chocan de frente dos líderes religiosos, o bien: Dos evangélicos se pelean por un miembro del equipo

. . . o algún otro desatino por el estilo. Si algo he aprendido en los últimos años, es lo siguiente: sospeche de los titulares y nunca

espere que los medios de comunicación le brinden toda la historia. Si la noticia puede ser exagerada, tergiversada o dicha de forma que sea sensacionalista, no se perderán la oportunidad de hacerlo.

Francamente, me agrada leer acerca de dos hombres tan respetados y tan íntegros como Pablo y Bernabé, luchando con un asunto en el que ambos tenían convicciones firmes. Los creyentes a menudo tememos que los desacuerdos sean sinónimo de sublevación. Pero eso no es cierto; la gracia deja espacio para algunos desacuerdos. El gran G. Campbell Morgan decía:

"Me siento enormemente confortado cada vez que leo esto [el desacuerdo entre Pablo y Bernabé]. Me siento agradecido por esta revelación acerca de la humanidad de estos hombres. Si nunca hubiese leído que Pablo y Bernabé tuvieron una confrontación, me hubiese asustado. Estos hombres no eran ángeles, eran hombres."¹

Un pensamiento más antes de entrar directamente al enfrentamiento entre Pablo y Bernabé. No importa todo el bien que puedan producir los enfrentamientos, a menudo hieren . . . hieren profundamente. Esto es especialmente cierto cuando alguien le asesta un golpe y usted decide no hacer nada al respecto. Cuanto más acalorada sea la discusión, tanto más eleva la presión interna; y todo lo que podemos hacer es mantener el equilibrio en ese explosivo episodio. Una vez más, sólo la gracia de Dios nos puede dar la fortaleza necesaria para evitar responder y desquitarnos.

Consideremos ahora el relato bíblico y veamos cómo se preparó el escenario para que surgiera el desacuerdo entre Pablo y Bernabé. Todo empezó cuando hicieron su primer viaje misionero juntos. Acompañando a estos dos avezados veteranos de la fe, iba un hombre joven llamado Juan Marcos, que no era ni avezado ni fuerte. Quizás porque era sobrino de Bernabé y porque su futuro como creyente parecía prometer mucho, lo llevaron con ellos. Seguramente que la ayuda para cargar los bultos de alimento y ropa que llevaban no les vendría mal, ya que no sabían con qué se encontrarían en los sitios primitivos e inhóspitos adonde se dirigían. Todo iba bien al principio.

"Y llegados a Salamina, anunciaban la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos. Tenían también a Juan de ayudante" (Hechos 13:5).

Pero cuando llegaron a la zona de Panfilia, delante de ellos se levantaba un imponente conjunto de montañas, como desafiantes gigantes de piedra. Se trataba de una costa cálida, infestada de mosquitos. La luna de miel de la aventura se había acabado totalmente para cuando llegaron a Perge de Panfilia. El entusiasmo y el deleite que en teoría planteaba la travesía misionera hicieron un alto bruscamente cuando los tres compañeros empezaron a enfrentar situaciones difíciles. Finalmente, resultó demasiado para Juan Marcos, quien se desanimó y no quiso seguir. "Habiendo zarpado de Pafos, Pablo y sus compañeros arribaron a Perge de Panfilia; pero Juan, apartándose de ellos, volvió a Jerusalén" (Hechos 13:13).

Deténgase un momento en esa última afirmación. La motivación del joven se había debilitado. Su sueño se había transformado en una pesadilla. Seguramente se sintió incómodo al admitirlo: "Sencillamente no puedo seguir más. Regreso." Son varios los comentaristas del Nuevo Testamento que se refieren a él como "el desertor". Cuando las cosas se pusieron difíciles, Juan Marcos se fue. Si mis cálculos no son errados, es también en esa época que Pablo se enfermó. Pudo haber sido un ataque de malaria, o el comienzo de sus intensos dolores de cabeza producidos por un problema en la vista. Sea como fuere, era el peor momento para ser abandonado por un compañero. Más que nunca necesitaban mantenerse unidos.

Sin embargo, Pablo y Bernabé no tuvieron otra opción que hacerse cargo de la situación por sí solos. Poco se imaginaban el sufrimiento que les aguardaba. Fue en este viaje que Pablo fue apedreado y abandonado para que muriera. Con todo, él y Bernabé soportaron los rigores del viaje, regresaron e informaron de los extraordinarios resultados. A menudo me he preguntado si Juan Marcos estaría en la iglesia de Antioquía cuando presentaron ese informe. De ser así, probablemente estaría sentado en la parte de atrás, en la penumbra, queriendo pasar inadvertido, abrumado por la vergüenza.

El conflicto

Un tiempo más adelante, a Pablo se le ocurrió: *Vayamos nuevamente a ver cómo andan las cosas*. El relato en Hechos retoma la historia:

"Después de algunos días, Pablo dijo a Bernabé: Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están. Y Bernabé quería que llevasen consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos" (Hechos 15:36, 37).

"Llevemos a Juan Marcos. Démosle otra oportunidad." El versículo siguiente deja bien en claro que Pablo no estuvo de acuerdo: "A Pablo no le parecía bien llevar consigo al que se había apartado de ellos desde Panfilia." ¿Recuerda mi comentario anterior? En todo enfrentamiento hay dos ingredientes: un tema objetivo y perspectivas opuestas sobre el asunto. ¿Cuál es el tema aquí? ¿Se le debe dar una segunda oportunidad a una persona que abandona una misión? ¿Se le debe asignar una responsabilidad similar a una persona que abandona a los otros cuando más lo necesitan? ¿Y cuáles son los puntos de vista? Pablo dice: "No; de ninguna manera." Y Bernabé dice: "Sí; por supuesto."

Los puntos de vista opuestos

Allí estaban dos hombres de Dios, cada uno de ellos plenamente convencido de estar en lo cierto. ¿Recuerda a Bernabé? Es el modelo de la compasión. Bernabé tenía el ministerio de consolar, dar ánimo. De hecho, es el mismo que mucho antes había buscado y encontrado a Pablo cuando los demás discípulos desconfiaban de su reciente conversión. Cuando el hombre que había estado persiguiendo a los creyentes dijo: "Soy creyente", los otros creyentes no lo quisieron creer. Pero fue Bernabé quien encontró a Pablo, creyó en él, lo respaldó y logró que lo escucharan. Bernabé fue quien se responsabilizó de presentarlo a la comunidad cristiana. Era propio de Bernabé darle una oportunidad a las personas. Naturalmente, él sentía que lo mejor era darle a Juan Marcos una nueva oportunidad.

No así Pablo. Su estilo era totalmente diferente. Era un hombre de gran convicción y profundo compromiso con la verdad, el hombre que había fundado más iglesias que ningún otro en la historia de las Escrituras. Pablo fue un precursor. El fue quien le fijó el ritmo a los ministerios misioneros hasta el día de hoy. Era un hombre disciplinado y decidido que pensaba en términos de "o se adapta o se va". Pablo consideraba el asunto desde la perspectiva del bien global del ministerio; Bernabé lo consideraba desde la perspectiva del bien de la persona. Bernabé veía aquí la clásica oportunidad de restaurar la confianza de Juan Marcos. Sin llegar a una simplificación, podemos decir que Pablo estaba orientado por la razón, y Bernabé por el corazón. Por eso leemos: "Bernabé quería que llevasen consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos." Pensaba: *Por cierto que podría llegar a ser un gran discípulo de Cristo. No podemos abandonarlo aquí con sus recuerdos, avergonzado y acosado por el remordimiento. ¡Eso lo va a matar! Tenemos que llevarlo con nosotros.* Pablo disenta completamente: "¡De ninguna manera!"

Una lectura cuidadosa del versículo siguiente revela la intensidad de las emociones de Pablo: "A Pablo no le parecía bien llevar consigo al que se había apartado de ellos desde Panfilia, y no había ido con ellos a la obra" (v. 38). La palabra griega que se traduce "apartado" es la palabra de la que proviene el término *apostasía*. En el pensamiento de Pablo, Marcos había hecho algo más que retroceder y hacerse a un lado . . . había apostatado. "Fue infiel una vez, y por mi experiencia en el trato con desertores, sé que no se puede confiar en ellos una vez que han fallado, y por cierto, no de la manera en que falló Juan Marcos." Pablo no tenía cabida para Juan Marcos en sus planes para el futuro . . . al menos en ese momento.

Creo que podría acertar si digo que usted se está inclinando en favor de Bernabé, ¿verdad? Lo entiendo, y siento la tentación de coincidir. Sin embargo, estoy pensando en un proverbio que haríamos bien en considerar: "Confiar en un traidor en momentos de angustia es como andar con una pierna rota o comer con un diente picado" (Proverbios 25:19, Versión Popular).

Antes de que empiece a mostrarse muy magnánimo, permítame preguntarle si alguna vez ha prestado dinero a alguien que no se lo ha devuelto. Digamos que la deuda todavía hoy le parece grande. Mi pregunta es: ¿Estaría desecho de volver a prestarle

dinero a la misma persona si tuviera oportunidad de hacerlo? Probablemente no. De pronto, el asunto se aclara más.

¿Por qué? Porque es poco sensato confiar en una persona desleal en tiempos de dificultad. Tropezó y cayó una vez . . . todavía no le ha devuelto su dinero, es probable que haga lo mismo nuevamente. El razonamiento de Pablo es: ¿Qué pasa si vuelve a desertar y uno de nosotros resulta herido . . . o si el hecho impacta negativamente a las almas perdidas a las que vamos a servir? ¿Qué sucederá si su posición gana apoyo público y varios otros en la iglesia se convencen de que Juan Marcos tiene un plan mejor, y dejan dividida a la iglesia? No cabe duda de que aquí existe un riesgo.

Pablo tiene algo a su favor. Si usted sólo ve las cosas desde el punto de vista de Bernabé, es probable que nunca haya estado en un sitio difícil en el ministerio y un colega le haya fallado. Nada hiere tanto como eso. No estoy diciendo que voto a favor de Pablo o que voto a favor de Bernabé. Lo que digo es que puedo ponerme en ambos lugares . . . lo cual arroja luz sobre mi comentario previo de que ambos lados tienen validez.

¿Fue muy grave la discusión? El v. 39 afirma que el conflicto derivó en "tal desacuerdo" que no se pudo solucionar. La palabra griega es *paroxismo*. En nuestro idioma usamos un término que es una transliteración del griego. El diccionario define *paroxismo* como "exaltación extrema de los afectos o pasiones", y también como "extrema intensidad de una enfermedad". Es una convulsión, una emoción violenta. Se produjo tal choque de voluntades que no hubo forma de tender un puente sobre el abismo. ¿Cuál fue el resultado final? Se pusieron de acuerdo en estar en desacuerdo. Y la Escritura dice: "Se separaron el uno del otro."

La separación definitiva

El hecho es que no volvieron a trabajar juntos. Llegaron a un estancamiento tal en la discusión que uno de ellos dijo: "Yo me voy en esta dirección", y el otro: "Yo me voy en aquella otra." Si toma un mapa y observa hacia dónde fue cada uno, verá que viajaron en direcciones contrarias: Bernabé y Juan Marcos zarparon hacia Chipre; Pablo y Silas (su nuevo compañero) viajaron por tierra,

hacia el noreste, en dirección a Siria, y luego hacia el oeste, para llegar a Cilicia y otras ciudades.

Estoy convencido de que ambos perdieron la calma y que hubo un intercambio de palabras que no quedó registrado. Me alegro de que no todas las palabras se hayan incorporado a las Escrituras, de la misma forma que usted y yo nos alegramos de que no se registren las cosas que decimos en un estallido violento, ¿verdad? No quiero subestimar el acaloramiento de la discusión entre Pablo y Bernabé. Hubo una discusión fuerte entre ambos hombres de Dios.

No olvide que estos hombres eran amigos de años. Habían compartido experiencias muy significativas en el ministerio. Las raíces de su amistad se hundían muy lejos en el tiempo. Me he preguntado si quizás habían sido amigos de la infancia. Cada uno le debía mucho al otro. Bernabé había defendido a Pablo, y éste había respaldado a aquél. Un estallido emocional, mezclado con convicciones conflictivas, pone fin a su ministerio compartido, y ambos parten en direcciones opuestas.

Si nunca le ha ocurrido algo así, no va a poder imaginar el dolor que causa, especialmente si ocurre entre dos personas que comparten el ministerio. No le reste importancia a este conflicto. Es más doloroso de lo que pueda explicarse. Pero aun así, no todo está perdido. Le recuerdo que la otra cara de la moneda es que así es como se inician a veces nuevas iglesias o nuevos seminarios. Así es como se expande a veces el ministerio en las universidades. Los desacuerdos promueven nuevas iniciativas, nuevas obras, visiones más amplias. El evento que los ha producido no es bueno. Es como una piedra que cae en la superficie de un lago y provoca una onda expansiva que, al menos en el primer momento, produce sentimientos dolorosos. Pero las ondas continúan hasta que las personas involucradas alcanzan la valentía necesaria para olvidar el dolor y comenzar a marchar hacia nuevas direcciones.

¿Quién sabe qué nuevo ministerio se llevó a cabo en Chipre y en regiones más lejanas, gracias a la acción del nuevo equipo misionero integrado por Bernabé y Juan Marcos? Más aún, fue Juan Marcos quien escribió el evangelio de Marcos. El propio Pablo, hacia el final de su vida, afirmó a Juan Marcos: "Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio" (2 Timoteo

4:11). Luego también escribe favorablemente acerca de Bernabé. Pablo era un hombre demasiado lleno de gracia como para pasarse el resto de su vida pensando en una herida.

A. T. Robertson está en lo correcto cuando dice: "Nadie tiene derecho de culpar a Bernabé por dar a su sobrino Juan Marcos una segunda oportunidad, ni a Pablo por no arriesgarse a ello. La razón nos inclina por Pablo, pero el corazón acompaña a Bernabé . . . Pablo y Bernabé se separaron airados, y ambos apesadumbrados. Pablo le debía más a Bernabé que a ningún otro hombre. Bernabé se alejaba del hombre que tenía el espíritu más grande de la época y de todos los tiempos."²

Confío que nunca olvidemos lo que se registra en el penúltimo versículo del relato de Hechos 15. Después que Bernabé tomó a Marcos y zarparon hacia Chipre: "Pablo, escogiendo a Silas, salió encomendado por los hermanos a la gracia del Señor" (Hechos 15:40).

Uno podría imaginar que algún miembro de la iglesia le dijo a Pablo: "Bien, Pablo, no pases el resto de tu vida apuntando contra Bernabé. Tú puedes manejar este conflicto. Supéralo y sigue adelante. Sigue a pesar del problema. Recíbelo con gracia . . . la gracia del Señor."

Es interesante el hecho de que la iglesia encomiende a Pablo y no a Bernabé. Pienso que se pusieron del lado de Pablo, porque a él le encomendaron iniciar el nuevo viaje, y no a Bernabé. Quizás Bernabé salió esa misma noche. Tal vez prefirió no quedarse a argumentar su decisión en la iglesia de Antioquía. Lo mejor de todo ese conflicto fue que esos dos fuertes hombres lograron superar la desavenencia. Eso requiere muchísima gracia.

En demasiados casos la batalla sigue y sigue, y se forma una brecha en el ministerio porque los partidos en oposición no tienen la entereza de superar el dolor inicial. Muchas personas hoy están arrinconadas emocionalmente en habitaciones oscuras, carcomidas por la amargura producida por una discusión que han tenido tiempo atrás con alguna persona. ¡Cuántas hay que piensan: *No quiero saber nada con la iglesia* por la discusión que presenciaron, o de la que participaron! Debemos ser personas que puedan disentir con gracia y luego seguir adelante, aun cuando el desacuerdo haya producido una separación.

MODELANDO LA GRACIA EN TIEMPOS DIFICILES

Quiero cerrar este capítulo con varios comentarios que pueden ayudarle en el futuro a manejar con gracia los momentos conflictivos.

Primero, *siempre deje lugar para que se pueda plantear un punto de vista opuesto al suyo*. Si no deja lugar para la opinión contraria, no le va a ir bien con los adolescentes. Ellos pueden ser nuestros mejores maestros. Nuestros hijos lo han sido. No siempre han estado en lo cierto, y yo tampoco. Sin embargo, al criar hijos adolescentes, he aprendido que son muy eficientes en el planteo de la opinión contraria, y eso nos ayuda aunque más no sea a pensar, al recordarnos que hay otra manera de ver las cosas. Les puedo asegurar que eso me ha ayudado en el ministerio. Y por cierto me ha ayudado a relacionarme con aquellos a quienes debo rendir cuentas. La oposición nos puede hacer más humildes.

En segundo lugar, *si hay una discusión, no cometa un asesinato*. Una discusión, por acalorada que sea, siempre es una discusión, pero "asesinar" ya es harina de otro costal. He visto a personas agredirse verbalmente asestándose golpes bajos y arrojándose barro en las discusiones relacionadas con el trabajo de la iglesia. He presenciado "asesinatos" brutales en nombre de la religión, tanto frente al público como a través de la literatura, y todos éstos son recuerdos horribles. No es necesario caer en eso. Si tenemos que pelear, peleemos limpio.

Tercero, *si no se sale con la suya, sobrepóngase y siga adelante*. Si no gana su moción en la iglesia, sobrepóngase. Ya se hizo la votación (y si la iglesia es honesta, la votación ha sido justa), ahora siga adelante. Persevere. No empiece a rememorar la discusión o la votación año tras año. La obra de Dios se entorpece cuando nos falta la entereza necesaria para enfrentar un fracaso, y decir: "¡Perdimos!" La gracia nos ayudará a hacerlo.

En cuarto lugar, *a veces la mejor solución es una separación*. Recuerde que hay buena base bíblica para ello. Pablo y Bernabé simplemente no podían seguir juntos, de modo que se separaron. Si no puedo seguir adelante con las cosas como están dentro de un ministerio en particular, ¿debo renunciar! Pero al hacerlo, no debo arrastrar a otros a causa de conflictos por salirme con la mía. Si la mejor solución es la ruptura, es esencial hacerlo con gracia. Si los

asuntos en que desacuerda están empezando a superar los asuntos en que coincide, debe tomar en serio la posibilidad de retirarse. ¿Quién sabe? Esta quizás sea la forma en que Dios quiere orientarlo hacia otra dimensión del ministerio.

Este capítulo me ha sido de mucha ayuda personal. Eso puede resultar extraño, pero ocasionalmente, un autor necesita leer lo que escribe con suficiente objetividad como para que le hable directamente a él. A lo largo de los últimos años, los desacuerdos provenientes de diversas fuentes respecto a asuntos controversiales, se han hecho más frecuentes. He oído y leído cosas muy dolorosas. Cynthia y yo nos hemos mordido la lengua más de una vez para rehusarnos a defendernos a nosotros mismos. En algunos casos nos han entendido mal, y aunque hemos hecho algunos intentos de rectificar esas apreciaciones, el malentendido persiste. Ocasionalmente vuelven a surgir afirmaciones erróneas y rumores dirigidos a desacreditar nuestro ministerio. Eso es doloroso. Se han dicho cosas en contra de nosotros que han llevado a otras personas a cuestionar nuestra credibilidad, y se nos hace difícil mantener el silencio y seguir adelante en gracia. Pero lo haremos. Nuestra confianza es que Dios reivindicará nuestra integridad.

Advierto ahora que el dolor es grande porque la gracia ha estado ausente en gran parte de lo que otros han pensado, dicho o escrito. Pero Dios nos da gracia en momentos como éstos. Mi esposa y yo necesitamos recurrir a la gracia, pedirla, y darla a otros . . . en abundancia. Estoy convencido de que la gracia de Dios nos sostendrá en esas ocasiones, aun cuando otros estén en desacuerdo con nosotros. Siempre ha sido así.

Y, entonces, aunque diferimos con gracia, seguimos adelante. Todo forma parte de vivir de acuerdo con lo que uno predica, ¿no es así?

CAPITULO DIEZ

La gracia: algo íntimo y personal

Después de la Biblia, quizás el más grandioso libro jamás escrito sea *El Progreso del Peregrino*. Los que no se han familiarizado con esta obra clásica del siglo XVII, se sorprenderán de saber que fue escrita por un hombre que soportaba ya su tercer encarcelamiento. La primera vez estuvo preso seis años, y cumplió otros seis años la segunda vez. La razón por la que estaba preso era siempre la misma: predicar el evangelio de Jesucristo. Cuando volvió para cumplir su tercera sentencia, Dios inspiró a Juan Bunyan, un hojalatero de Bedford, Inglaterra, para que escribiera su inmortal obra.

Este libro, publicado hace más de trescientos años, ha afectado la vida de muchísimas personas en el mundo. ¿Quién podría imaginar los millones de ejemplares que se han impreso en numerosas traducciones a través de los años? Por donde voy, encuentro personas que, como yo, han gastado más de un ejemplar y todavía se deleitan volviendo a sus páginas para enriquecerse espiritualmente. Son muy pocos los libros de los que diría, como de éste, que se trata de una obra maestra donde la verdad bíblica

se expresa de manera apropiada para cualquier generación.

Se trata de la fascinante historia de un hombre llamado Cristiano, cuyo peregrinaje desde la tierra hacia el cielo, desde el pecado a la salvación, está lleno de todas las luchas y caídas que arroja en su paso la vida. Persiste en su travesía, y finalmente alcanza el tan anhelado destino, "el paraíso de Dios". De comienzo a fin, Cristiano debe tratar con amigos y enemigos por igual, todos los cuales llevan nombres alusivos, tales como Evangelista, Auxilio, Intérprete (los que lo animan en su "progreso"), y Obstinado, Hipocresía, Apolyon (el Príncipe Malvado), un gigante llamado Desesperación, y muchos otros que le ponen obstáculos.

Un problema especial para Cristiano es el que le plantea Legalidad, que vivía, como se podrán imaginar, en el Monte Sinaí. En la primera parte de su viaje, Cristiano viaja con una pesada carga sobre sus espaldas (el pecado), y ninguno de los que operaban en su contra podía ayudarlo a llevarla . . . especialmente Legalidad, como expresa el autor:

*"Legalidad . . . no puede liberarte de la carga. Jamás ha sido capaz de liberar a hombre alguno, ni lo hará en el futuro: nadie puede ser justificado por las obras de la ley."*¹

Poco después de haberse encontrado con Legalidad, Cristiano es guiado por Intérprete a una enorme habitación llena de polvo. Jamás había sido barrida desde el día de su construcción. Bunyan describe magníficamente cómo se barrió y limpió la habitación:

"Luego lo tomó de la mano, y lo condujo a una gran sala llena de polvo, que nunca había sido barrida; después de revisarla brevemente, *Intérprete* llamó a un hombre para que la barriera. Cuando empezó a hacerlo, se levantó tanto polvo que *Cristiano* casi se ahogó. Entonces *Intérprete* le dijo a una joven que estaba allí que trajera el agua y rociara la habitación; cuando la joven lo hizo, pudo barrer y limpiar la sala con gusto.

"Entonces *Cristiano* preguntó: —¿Qué significa esto?

"El *Intérprete* le contestó: —Esta sala es el corazón de un hombre que nunca ha sido santificado por la dulce gracia del evangelio; el polvo es el pecado original y la corrup-

ción personal que han manchado al hombre entero. El que empezó a barrer es la *Ley*; pero la joven que trajo el agua y la roció es el *Evangelio*. Ahora bien, como pudiste observar, cuando el primero empezó a barrer, no sólo voló el polvo por toda la habitación sino que casi te ahogas con él; esto es para mostrarte que la ley, en vez de limpiar el pecado del corazón (con sus obras), lo aviva, lo fortalece y lo incrementa en el alma, porque aunque lo pone de manifiesto y lo condena, no otorga el poder para vencerlo.

"Y también has visto que cuando la joven roció con agua la sala, pudo ser barrida con gusto; esto es para mostrarte que cuando el evangelio entra, y con él su dulce y preciosa influencia al corazón, así como la joven hacía que el polvo se asentara en el piso por efecto del agua, así el pecado es vencido y sometido, y el alma del hombre queda limpia por la fe, y en consecuencia está en condiciones de que el Rey de gloria habite en ella."²

Hizo falta la *gracia*, "la dulce gracia del evangelio", para limpiar esa habitación de toda su suciedad. Y también hace falta hoy en día.

EL PROCESO QUE CONDUCE AL DESPERTAR DE LA GRACIA

¿Quiere que le dé una dosis de ánimo? Dios está trabajando en esa dirección con todos sus hijos. Ese es su objetivo constante, su agenda diaria, en tanto nos conduce a nuestro destino final, "la Ciudad Celestial", como la llama Bunyan. Habiendo limpiado nuestros corazones de la suciedad de nuestra propia corrupción y del polvo de la opresión del pecado, Dios trabaja ahora a diario para despertar la gracia dentro de nosotros, perfeccionando nuestro carácter y llevándonos hacia la plenitud. Permítame mostrarle a partir de cuatro fuentes del Nuevo Testamento por qué estoy tan seguro de ello.

"Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los

predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos" (Romanos 8:28, 29).

"Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Filipenses 1:6).

"El cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Filipenses 3:21).

"No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno" (Colosenses 3:9, 10).

Fijese bien en esas palabras claves: "conforme a", "el que comenzó . . . perfeccionará" (completará), "transformará", "renovando". Todos estamos involucrados en este mismo proceso, nuestro propio "progreso del peregrino", bajo la poderosa mano de Dios y su constante supervisión. El está trabajando por nosotros, no en contra de nosotros . . . y sus planes son para nuestro bien, no para mal. Su meta para nosotros está claramente definida: que lleguemos a ser como su Hijo, "lleno de gracia y de verdad".

Cuando pienso en este proceso de transformarnos en personas de gracia renovada, identifico por lo menos tres factores que están involucrados en él:

Primero, *el tiempo*. Aprender cualquier cosa lleva tiempo. ¡Parece que llegar a ser buenos modelos de gracia lleva años! Al igual que la sabiduría, es algo que viene lentamente. Pero Dios no tiene apuro, y sigue expurgando de nuestro ser las características contrarias a la gracia. Pero podemos estar seguros de una cosa: Dios es perseverante.

En segundo lugar, *el sufrimiento*. El "polvo" de nuestra habitación no se asienta fácilmente. No conozco ninguna persona que haya alcanzado un "estado mental de gracia" sin algún sufrimiento. El dolor es parte del programa de estudios en la escuela de Dios.

En tercer lugar, *debe haber un cambio*. Carecemos de gracia, la resistimos y fallamos en expresarla. Pero Dios nunca se detiene en su inexorable obra porque está empeñado en que cada día lleguemos a ser más como su Hijo. ¿Recuerda? "El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará."

ALGUNOS EJEMPLOS DE PEDIR LA GRACIA PARA ASUNTOS COTIDIANOS

En el libro titulado *Cristianismo . . . y nada más*, de C. S. Lewis, leemos:

"El verdadero Hijo de Dios está a nuestro lado. Está comenzando a transformarlo para que sea semejante a él. Está empezando, por así decirlo, a "inyectar" su clase de vida y pensamiento en usted . . . empezando a hacer del soldado de plomo un ser vivo. La parte suya que se resiste a este proceso es la que todavía es plomo."³

La figura usada por C. S. Lewis me deja intrigado. Mientras pensaba en aquellas esferas que "todavía son de plomo" en mi propia vida, se me ocurrió que respecto a esas es que debo pedir la gracia de Dios. Cada uno de nosotros podría decir lo mismo. De modo que tomé mi concordancia bíblica del librero, busqué la palabra *gracia*, y empecé a estudiar los pasajes del Nuevo Testamento que señalan o ilustran situaciones cotidianas que ejemplifican "el plomo"; esas esferas en las que la mayoría de nosotros todavía necesitamos reclamar la gracia de Dios.

Encontré cinco puntos débiles donde creo que es necesaria la ayuda de Dios: la inseguridad, la debilidad, la agresividad, la contemporización y el orgullo. Reconozco que son batallas muy personales, pero si la gracia no viene a nosotros de manera íntima y personal, ¿de qué nos sirve? Al leer las próximas páginas, dejemos que la suave unción de su aceite penetre el "plomo" de nuestra vida. Quizás al dejar que la gracia entre profundamente y se transforme en algo personal, logremos liberarnos de algunas cosas que no están bien en nuestra vida. Espero que nos ayude a acelerar nuestro propio progreso como peregrinos hacia el despertar de una gracia semejante a la de Cristo:

1. *Quiero gracia para ser lo que soy* (el "plomo" de la inseguridad).

"Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí. Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. Porque o sea yo o sean ellos, así predicamos, y así habéis creído" (1 Corintios 15:6-11).

A lo largo de mis años en el ministerio, en los que he trabajado hombro a hombro con muchos creyentes, he observado que muchos siervos de Dios tienen temor de ser lo que son. He conocido a algunos que no tienen la menor pista de su propia identidad (porque están demasiado ocupados complaciendo a los demás), pero la mayoría cabe en otra categoría: Son los que sí saben lo que son, pero se sienten incómodos de que se manifieste la verdad. Están preocupados por cosas tales como su propia imagen, lo que otros podrían pensar o decir, o aun más a menudo, temen que "si supieran cómo soy en realidad, no me aceptarían".

El pasaje que cité antes nos va a ayudar a poner las cosas en claro. Pablo escribe con toda sinceridad acerca de su propio poco notable récord. Después de presentar la galería de los "grandes", aquellos a quienes se apareció el Señor (Pedro, Jacobo, los apóstoles) afirma: "Y al último de todos . . . me apareció a mí." No se trata de falsa humildad, sino de un dato histórico. Pero hay algo lleno de elocuencia y es cómo Pablo se refiere a sí mismo como "un abortivo". Es impactante que la palabra griega se usa para describir a los que nacen antes de tiempo, abortados, literalmente "un feto sin vida". Pablo quería referirse a uno que ha estado totalmente desprovisto de vida espiritual.

Y si eso no fuera suficiente, Pablo se ve a sí mismo no sólo como el último, sino como el "menor" de los apóstoles, el que antes perseguía a la iglesia. Mientras los otros que él nombra defendían

y construían el cuerpo de Cristo, él estaba ocupado atacándolo, con la esperanza de destruirlo. Esa es la evaluación que hace de sí mismo, comparándose con esos otros hombres de Dios. Eso podría haber afectado desastrosamente su autoimagen, pero no fue así. Aunque no negaba la realidad de su pasado, Pablo se negaba a arrastrarse y esconderse, paralizado por los sentimientos de inseguridad. ¿Por qué? La respuesta es obvia: por la gracia. La gracia vivificadora y renovadora de Dios cambió toda la perspectiva del apóstol. "Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo" (1 Corintios 15:10).

La gracia hizo de él lo que era. La gracia le dio el valor de ser quien era. La gracia le dio energía para hacer todo lo que hizo. Al darse cuenta de que no merecía y nunca podía llegar a merecer los privilegios que había recibido, Pablo se sentía libre para ser precisamente lo que era, y para hacer exactamente lo que había sido llamado a hacer. La gracia era como su socio silencioso, su constante compañero de viaje, ya que él (por sí mismo) no merecía en absoluto la parte que le había tocado hacer en la obra que Dios estaba realizando en el mundo. No puedo dejar de mencionar que se negaba a compararse a sí mismo y a competir con sus colegas. La gracia nos libera de todo eso. Me gusta la forma en que lo explica un comentario bíblico: "A pesar de no cumplir los requisitos para llevar ese nombre, la gracia de Dios lo ha hecho merecedor. El que perseguía ha sido perdonado, y el abortado ha sido adoptado."⁴

Si el "plomo" de su vida es la inseguridad, le sugiero grandes dosis diarias de gracia. Gracia íntima y personal. Descubrirá que tiene poder para sanar, para traerle un reconfortante alivio. Si dio buenos resultados en la vida de Pablo, el perseguidor de la iglesia, le puedo asegurar que también dará buenos resultados en la vida de los inseguros peregrinos de hoy en día.

2. *Quiero gracia para aprender a través del sufrimiento* (el "plomo" de la debilidad).

"Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi

carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Corintios 12:7-10).

Otra de las incuestionables luchas que todos enfrentamos es nuestra propia debilidad humana, que aparece de muchas formas, vez tras vez. Sufrimos y nos sentimos heridos. Fallamos, desertamos y nos sentimos mal. Oramos pero no hallamos solución al problema. Con quejarnos no resolvemos nada. ¿Cuál es nuestro problema? ¡Somos humanos! La imperfección nos acosa constantemente.

En el caso de Pablo, vivía con un "aguijón", alguna clase de dolor insoportable que se rehusaba a abandonarlo, salvo en contadas ocasiones. Cuando lo aquejaba, siempre quedaba débil, sintiéndose terriblemente humano. ¿Cómo podía perseverar a pesar de semejante sufrimiento? La respuesta es otra vez la misma: por la gracia.

Era la gracia la que lo hacía estar "de buena gana" en sus debilidades. Y una vez que alcanzaba ese contentamiento, surgía la fortaleza en su interior. Ni los insultos, ni las angustias, ni las persecuciones podían poner fuera de combate al apóstol una vez que por gracia se contentaba en su debilidad.

Esta actitud no sólo vale para un apóstol misionero del primer siglo, es válida para nosotros hoy. Si no ocultamos ni negamos nuestras debilidades, otros pueden sentirse más cerca de nosotros. La vulnerabilidad invita a las personas a acercarse, las ayuda a identificarse con nosotros y a sentirse cómodas. La gracia nos capacita para admitir nuestras luchas. Cuando encontramos contentamiento aun en nuestras debilidades, desaparece la ansiedad que produce el esfuerzo por mantener una buena imagen. Ya no hay que depender más de la vestimenta o de la apariencia.

No tenemos por qué esconder las esferas frágiles e imperfectas de nuestra vida. ¡Dígalos! ¡Admítalos! La gracia le ayudará a hacerlo. Le permitirá salir adelante. No tendrá que depender del esfuerzo propio, ni ser un perfeccionista. La gracia le ayudará a mostrar las grietas que hay en su vida. ¡Deje que se vean! Nadie puede identificarse con aquellos que dan la impresión de logros impecables y un éxito grandioso. Todos podemos identificarnos con el fracaso y la imperfección. La gracia en medio de la debilidad nos capacita para llegar a ser instrumentos de poder en las manos de Dios.

3. *Quiero gracia para responder correctamente en todas las situaciones que se me presentan* (el "plomo" de la agresividad).

"Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno" (Colosenses 4:5, 6).

Esta gracia tiene que ver con la forma en que respondemos a nuestros semejantes. ¿Se ha dado cuenta de que la vida es en realidad una cadena de respuestas? Pasamos nuestros días respondiendo a aquellos que no conocen al Salvador, a los que son hermanos nuestros en el cuerpo de Cristo, a nuestros hijos, padres, amigos, a los que padecen necesidad, a los colegas en el trabajo, a los compañeros de estudio. A la luz de eso, ¿ha observado lo que escribe Pablo acerca de la tendencia a la agresividad, ese "hombre de plomo" que hay en todos nosotros? Pablo menciona que necesitamos sabiduría, palabra sazonada con sal, la respuesta adecuada a nuestros semejantes. *Sal* quizás se refiera aquí a la idea de buen sabor, tacto, palabras apropiadas en el momento adecuado. La gracia nos da eso y mucho más, por ejemplo, el ser agradables con los demás. Que su manera de hablar sea siempre agradable, encantadora, atractiva, placentera. En este terreno, la gracia es un maestro.

La lengua es lo que más enfermedades difunde en el cuerpo de Cristo, especialmente cuando le falta gracia, que es la que da el tacto necesario para hablar. "El tacto es como un ropaje. Ayuda a organizar una verdad que parece dura de manera más atractiva."⁵ La verdad por sí sola puede ser un tanto dura e impactante, y a

veces demasiado incisiva y hasta brutal. No hay nada mejor que una buena porción de gracia para hacer que la verdad resulte agradable. La gracia ayuda a poner un colchón a nuestras palabras de manera que la verdad pueda ser recibida sin la ofensa que de otra forma produciría.

"El tacto es una manera de acercarse a otro ser humano que implica sinceridad y comunicación franca a la vez que muestra respeto por los sentimientos de la otra persona, procurando no hierirla innecesariamente . . . Implica fe, confianza en la otra persona, y le comunica el siguiente mensaje: Confío en que serás capaz de manejar lo que te voy a decir. Respeto tus sentimientos y haré todo lo posible por evitar mis propias tendencias destructivas, para no herirte innecesariamente."⁶

Es extraordinario ver cómo nuestros semejantes son francos con nosotros cuando saben que nos preocupamos por sus sentimientos. Si parte del "plomo" con el que tiene que luchar es esa agresividad, agregue gracia a todo lo que dice y verá cómo le ayuda a responder correctamente a las situaciones que se le presentan.

4. *Quiero gracia para mantenerme firme en mis creencias* (el "plomo" de la contemporización).

"Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos. No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas" (Hebreos 13:7-9).

El autor de Hebreos está terminando su exposición, y al hacerlo, presenta su profunda preocupación en cuanto a la tendencia de algunos creyentes de abandonar su fe cuando los tiempos se ponen difíciles. Abundan las persecuciones, y ocurren martirios. Algunos se empiezan a preguntar: *¿No habré creído en vano? ¿Debo continuar en este camino cristiano?* Algunos estaban

retrocediendo. Por eso el escritor toma su pluma para darles aliento, para que sigan firmes en lo que creen. "¡No se rindan! No abandonen. No se sometan." Lo que le preocupa a él es la tendencia a contemporizar.

Esa misma tendencia está presente en cada generación, y por cierto en la nuestra también. Sentados cómodamente en la iglesia, rodeados de hermanos en la fe, nos sentimos fuertes y totalmente decididos. Hasta sentimos que podríamos dar la vida por nuestra fe. Pero veinticuatro horas más tarde, en medio del trabajo, nos encontramos rodeados por aquellos que odian la fe. ¿Cuántos de esos que detestan la fe *saben* que somos creyentes? En nuestro lugar de trabajo tendemos a hacer concesiones, a quedarnos callados cuando se toca el tema de la fe. ¿Se ha preguntado por qué? La respuesta está aquí: nos falta gracia. Quizás no lo haya advertido antes, pero la gracia nos fortalece. Fortalece nuestros corazones, despierta en nosotros el valor para mantenernos firmes. ¿Cómo? ¿Qué tiene la gracia que nos da fuerzas para mantenernos firmes en nuestras creencias? Quizás es porque la gracia evita que seamos lo que en realidad no somos. Quizás sea la autenticidad que promueve en nosotros. La gracia arranca el plomo, quita las máscaras, nos ayuda a ser nosotros mismos, de manera que cuando hablamos de nuestra fe, impacta como verdadera. ¿No será que contemporiza en el trabajo porque ha estado tratando de aparentar lo que no es? La gracia trae tanto alivio, tanta fortaleza, que elimina la falsedad.

Hasta aquí hemos puesto al descubierto cuatro esferas de "plomo" que encontramos comúnmente en nuestra vida: la inseguridad, la debilidad, la agresividad y la contemporización. Nadie puede negar que necesitamos una gracia íntima y personal para vencer cada una de estas cosas. Pero la lista quedaría incompleta si no incluyera una última esfera que nos afecta a todos.

5. *Quiero gracia para someterme a las cosas que me debo someter* (el "plomo" del orgullo).

"Pero él da mayor gracia. Por esto dice: DIOS RESISTE A LOS SOBERBIOS, Y DA GRACIA A LOS HUMILDES. Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros" (Santiago 4:6, 7, mayúsculas del autor).

"Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: DIOS RESISTE A LOS SOBERBIOS, Y DA GRACIA A LOS HUMILDES" (1 Pedro 5:5, mayúsculas del autor).

Estos dos pasajes del Nuevo Testamento se basan en Proverbios 3:34: "Ciertamente él escarnecerá a los escarnecedores, y a los humildes dará gracia."

Hay pocos rasgos tan arraigados en nosotros como el orgullo. ¡Siempre está presente! Me resulta totalmente asombroso que quienes debimos ser abandonados como "abortivos" (como lo expresaba Pablo), pudiéramos encontrar algo de lo cual sentirnos orgullosos. Sin embargo, el orgullo está siempre allí, siempre listo para defenderse. Como no concuerda con la vida cristiana que alguien sea abiertamente orgulloso, encontramos el orgullo expresado de otras maneras: en nuestro trabajo, en nuestros salarios, en nuestro prestigio, en el poder y la influencia que ejercemos, en nuestros títulos, en nuestra vestimenta, en nuestra manera de dirigirnos a la gente, en nuestra tendencia a manipular. Todo eso es tan poco atractivo, tan inapropiado. Con su poderosa influencia, el orgullo es un clásico asesino de la gracia.

Dejemos bien en claro que Dios no bendice lo que nace del orgullo. Como la Escritura reiteradamente afirma, Dios descarga su poderosa mano sobre nuestra vida y oprime con sus dedos soberanos hasta que nos duele. Suspiramos, nos retorremos, y (es de desear) finalmente nos aferramos a la gracia y nos sometemos. ¡Bendita sumisión! Es justamente en esas dolorosas esferas que no podemos manejar por nosotros mismos, donde Dios realiza su más profunda labor en nuestra vida.

Compañero de peregrinaje, ¿es la travesía más dolorosa de lo que se había imaginado? Pensando que se iba a encontrar con una aventura de fantasía, ¿se ha sorprendido de pronto en un territorio frío e inhóspito, y se ha sentido solo, deprimido, quebrantado? ¿Se ha empezado a preguntar si se ha equivocado de camino? Créame que no es así. Dios está obrando en usted. Su "mano poderosa" lo cubre. Su amor lo envuelve. El le ofrece su gracia. Despierte y pídale.

CAPITULO ONCE

¿Es usted en realidad un ministro de gracia?

Este capítulo está dedicado a todos los que ejercen algún tipo de ministerio.

Reconozco que esta afirmación los llevará a muchos de ustedes a pensar: *Bueno, aquí no estoy incluido yo. No soy predicador, ni evangelista, ni misionero . . . yo no trabajo para una iglesia.* Permítame aclarar que mi comentario inicial se refiere a todos los que están en el ministerio, no sólo los que están en el servicio cristiano profesional. Al hablar de "ministerio", estoy incluyendo a cualquiera que haga algo de manera sistemática en una parte del cuerpo de Cristo.

Quizás usted enseñe o es diácono de su iglesia. O tal vez sea consejero, músico o conferencista. Quizás está involucrado en la enseñanza cristiana o dirige algún campamento . . . sea lo que sea que haga, me dirijo a usted. Quizás se gane la vida de esa manera, quizás no, pero está sistemáticamente involucrado en alguna forma de actividad vinculada al ministerio, actividad que influencia la vida de otras personas, muchas de las cuales son creyentes en Jesucristo. A usted le dedico este capítulo.

Ahora que ya me está prestando atención, quiero formularle una pregunta muy importante, que sólo usted puede contestar. ¿Es usted en realidad un ministro de gracia? Podría hacer la misma pregunta de varias maneras diferentes:

- Cuando cumple su ministerio, ¿expresa gracia?
- ¿Les da a las personas a las que sirve la libertad de ser lo que son, o lo que usted espera que sean?
- ¿Manipula y controla a los demás o les da libertad?
- Cuando la gente está a su lado, ¿se siente libre o intimidada?
- ¿Está usted formando personas espontáneas, creativas, llenas de gozo o cautivos temerosos?
- ¿Anima y da seguridad a aquellos a quienes sirve?

Es hora de que nos quitemos las máscaras y eliminemos las racionalizaciones. Debemos mirar la verdad de frente. ¿Es usted un ejemplo de gracia, y la otorga a otros? Lo que emprende, ¿es obra de su propio yo fortalecido por su propia energía? ¿Depende de su propio carisma? ¿Tiene a menudo una doble agenda? ¿Qué diremos de sus motivaciones? Con una audiencia cautiva que no se pierde ni una de sus palabras y que sigue su ministerio con incuestionable lealtad, ¿saca usted provecho personal de la situación? ¿Le importa mejorar su propia imagen más que ninguna otra cosa, o puede decir honestamente que su obra está dirigida y sostenida por el Espíritu de Dios? ¿Podría usarse esta frase para describir su ministerio: *El despertar de la gracia*?

UN PODEROSO MENSAJE DE UN PROFETA DIRIGIDO POR EL ESPIRITU SANTO

Para ayudarle a apreciar el valor que tiene ser un ministro de la gracia, quiero presentarle a uno de los hombres menos conocidos de la Biblia. Fue un profeta que vivió y escribió en los lejanos

tiempos del Antiguo Testamento. Su nombre es Zacarías. Su libro está justo antes del último libro del Antiguo Testamento, Malaquías. Pocas personas, incluso miembros de iglesia, están familiarizadas con este poderoso profeta. Por lo tanto, hace falta información sobre su trasfondo histórico, para que podamos apreciar cómo se vincula con las preguntas que acabo de plantear.

Trasfondo histórico

Jerusalén estaba en ruinas. El muro que la protegía había sido derrumbado, y no era más que un montón de escombros, rocas y piedras dispersadas por todos lados. Las casas de los hebreos habían sido quemadas y arrasadas años atrás, en realidad décadas atrás. Y lo que era igualmente trágico, el templo del Señor yacía en ruinas. El pueblo elegido estaba cautivo en las lejanas tierras de Babilonia. Después de setenta años en las mismas condiciones, algunos empezaron a retornar a la ciudad de Jerusalén, a su amada Sion. Un grupo regresó con Nehemías como líder, y reconstruyeron el muro. Eso resultó una ardua tarea, porque muchos que habían regresado con anterioridad, estaban más interesados en construir sus propias casas que en levantar la pared de protección alrededor de la ciudad. Pero gracias a la perseverancia de Nehemías y a la cooperación del pueblo, el trabajo finalmente se concretó. Mientras tanto, el templo sólo tenía los cimientos. Allí quedó, virtualmente abandonado, durante quince o dieciséis años; a nadie parecía interesarle. Después de completar el muro, los judíos volvieron a sus respectivos suburbios, a terminar de reconstruir sus propias casas. El muro que protegía la ciudad estaba terminado, pero no era así con el templo.

Esa necesidad se transformó en carga para un profeta llamado Hageo. Ninguno de los profetas que escribió en las Escrituras tuvo un interés tan específico como Hageo. Se presentó con admoniciones fuertes, severas, punzantes. En palabras agudas y reconvenciones directas, e incluso algunos comentarios sarcásticos, Hageo proclamó que el templo de Dios necesitaba atención inmediata. El ya fallecido Kyle Yates dijo que "Hageo embebe sus flechas en desdén, las arroja con sarcasmo, y las envía directo al blanco . . . Su misión era recoger las ascuas dispersas del orgullo nacional . . . y encender la llama nuevamente."¹

Es una buena descripción de Hageo. Pero el hecho es que la gente sólo soporta ese tipo de predicación por un tiempo. Después, se vuelve apática. Los gritos y advertencias, las órdenes y aun el sarcasmo, pierden su efectividad entre los indiferentes, una vez que se reinstala la apatía. De manera que el templo siguió sin terminar a pesar de las amonestaciones persistentes de Hageo.

El gobernador en esos turbulentos tiempos era Zorobabel, quien tuvo la tarea de lograr que se completara la construcción del templo. Pero confió en que los profetas motivaran a los ciudadanos a entrar en acción. Hageo hizo lo que pudo, pero no fue suficiente. Fue necesario otro profeta, que Dios puso en escena cuando Hageo falleció. Ese profeta se llamaba Zacarías; tenía la misma visión que Hageo pero un estilo muy diferente de comunicarse con el pueblo. Mientras que Hageo había sido severo y punzante en sus acusaciones, el enfoque de Zacarías era más colorido y amable. Como diríamos, era más fácil llevarse bien con Zacarías.

El libro de Zacarías es un libro de visiones, visiones impactantes, coloridas, por momentos místicas. Hubo ocasiones en que ni siquiera el profeta entendía lo que decía, como podemos ver en el siguiente pasaje:

"Volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó; como un hombre que es despertado de su sueño. Y me dijo: ¿Qué ves? Y respondí: He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro, con un depósito encima, y sus siete lámparas encima del candelabro, y siete tubos para las lámparas que están encima de él; y junto a él dos olivos, el uno a la derecha del depósito, y el otro a su izquierda" (Zacarías 4:1-3).

Cuando comienza el capítulo, el ángel está hablándole al profeta respecto a la visión de un candelabro de oro. Tiene un depósito encima, y siete lámparas con siete tubos. Luego ve dos árboles de olivo, uno a la derecha y el otro a la izquierda. Zacarías se pregunta de qué se trata todo esto. Pregunta: "¿Qué es esto, señor mío?" (v. 4). El ángel le contesta: "¿No sabes qué es esto?", a lo que Zacarías responde con franqueza: "No, señor mío." Había visto la revelación del Señor, pero no sabía su significado, su interpretación.

Aquí llegamos a un pasaje muy interesante de las Escrituras. No quedamos a merced de que un expositor perceptivo o algún erudito bíblico nos diga lo que todo esto significa. De la boca del mismo ángel obtenemos la respuesta. El que reveló la visión ahora la interpreta para que el profeta (y cada persona que la lea después) entienda.

Un recordatorio eterno

El ángel se dirige a Zorobabel, el gobernador cuya meta era ver terminada la obra. Quizás Zorobabel ha perdido la esperanza en las últimas semanas. Se ha ido cansando, al ver que el proyecto de construcción ha quedado abandonado. Quizás le parecía que nunca se lo iba a poder terminar, por eso el ángel le da palabras de esperanza al gobernador:

"Entonces respondió y me habló diciendo: Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás reducido a llanura; él sacará la primera piedra con aclamaciones de: Gracia, gracia a ella" (Zacarías 4:6, 7).

Tratemos de entender lo que está diciendo. El monte representa la enorme cantidad de obstáculos que enfrentan aquellos que llevan a cabo la obra. Por ejemplo, la comunidad judía se muestra apática, dentro y fuera de Jerusalén. Los de fuera de Sion se oponen al proyecto. Los que habían vivido bajo el estilo severo y las palabras penetrantes y exigentes de Hageo, se mostraban cansados y bastante indiferentes. Además de esto, el "monte" incluía a la nueva generación de judíos que no sentían deseos de construir el templo, junto a la generación anterior, envejecida y cansada, que cree que eso no les corresponde a ellos. El gobernador está atrapado en medio de todo esto, junto con un templo a medio terminar, y desde esa situación deprimente emerge el mensaje de Dios, que promete que el monte se transformará en una llanura. ¡Buenas noticias! "No tienes que preocuparte por los obstáculos." En otras palabras: "No necesitas gritar más fuerte ni afligirte más. Confía en el Señor,

Zorobabel, ¡Dios está obrando! Pero antes de que exhibas toda clase de genialidades humanas y habilidades personales, recuerda, Zorobabel, que no es con ejército ni con fuerza." La responsabilidad básica de terminar el templo es de Dios mismo, no del gobernador. La obra será hecha por el Espíritu de Dios, moviéndose entre el pueblo de Dios.

Me intrigan las palabras *ejército* y *fuerza* del versículo 6. Son términos que describen el esfuerzo humano, que es otra forma de hablar de la energía de la carne. Producen un eco familiar en la mente de todos los que trabajan en la obra de Dios, porque todos somos culpables de haber intentado hacer, ocasionalmente, la obra de Dios en base a nuestro propio esfuerzo.

Recordemos que la mejor obra de Dios no será hecha por el poder humano o por la fuerza de la carne. La obra de Dios, la que se hace para su gloria, debe ser cumplida por líderes que él ha ungido. Al enfrentar los montes de obstáculos que hay en cada uno de nuestros ministerios, tendemos a apoyarnos en estrategias de la carne para lograr nuestras elevadas metas: manipulación, métodos que generan culpa, fuerza verbal. ¡Es incorrecto!, dice la Escritura. ¡No!, dice el Espíritu de Dios. Gran parte de eso no es más que un despliegue de fortaleza humana. Se volverá en contra de cada uno de nosotros.

Nuestra tendencia a apoyarnos en nuestra propia fuerza se refuerza por el hecho muy cierto de que el poder humano obtiene resultados visibles. La inventiva humana obtiene resultados. Se consiguen fondos. Un despliegue enorme de energía, manipulación y planificación hará que muchas personas hagan cosas, trabajen con esfuerzo, y den de su dinero para ver un proyecto terminado. Habrá resultados a corto plazo. Y no hay nada que alimente más nuestra tendencia a la gratificación inmediata que esos resultados instantáneos. Pero hay un gran problema: en el análisis final, habrá un vacío insatisfactorio. Será algo nulo, un esfuerzo inútil. La obra de la carne no será más que hojarasca en la eternidad. La gloria será sólo de Aquel que hizo posible la obra, y el reconocimiento será sólo para él.

Dios tiene una mejor idea. En el v. 7, se le promete al gobernador que Dios, por su poder, removerá los obstáculos, y en lugar de que sea aquel quien reciba la gloria, será Dios mismo. La piedra de toque que coronará la obra en su totalidad será: "¡Por gracia! ¡Por

gracia!" Este templo será terminado . . . este templo será levantado por la gracia de Dios. Me gusta la paráfrasis de La Biblia al Día:

"Por lo tanto, ninguna montaña, por alta que sea, podrá estorbar a Zorobabel, porque delante de él se allanará. Zorobabel terminará la edificación del Templo con poderosos clamores de acción de gracias por la misericordia de Dios, declarando que todo fue hecho por gracia solamente" (v. 7).

Varias preguntas emergen a la luz de estas inmortales palabras del antiguo profeta. ¿Por qué se apoya usted en ejércitos y en fuerza en lugar de descansar en el Espíritu de Dios? ¿Qué es lo que lo hace volver una y otra vez al esfuerzo humano y a los planes manipuladores? ¿Qué hace falta para que retornemos a un estilo de ministerio "sólo por gracia"? ¿Cuánto tiempo más vamos a seguir en nuestro característico liderazgo acelerado y ansioso?

Una advertencia importante

A todos los que están involucrados en el ministerio es apropiado hacerles una advertencia. Cada proyecto que usted emprende puede ser realizado a su manera o a la manera de Dios. La fuente de energía humana es notable, lógica y efectiva. ¡Produce resultados! En un primer momento, la gente no advierte la diferencia. Un ministerio que se basa en la energía de la carne inicialmente parece igual a un ministerio que se basa en la energía del Espíritu. Pero internamente, espiritualmente, en el nivel de las motivaciones, usted sabe bien que no fue Dios quien lo hizo; *usted lo hizo!* No hay gloria en sentido vertical. Y lo que es también trágico, no se manifiesta la gracia en sentido horizontal.

Voy a ser claro. Si usted es uno de los ministros de su iglesia, evite el poder y la fuerza. Deliberadamente dé tiempo y lugar en su vida al Espíritu. Manténgase conscientemente apartado de la superplanificación inteligente y de la confianza en su propio carisma. Si no lo hace, lo va a lamentar. Se transformará en un ministro "sin gracia".

Para mi grata sorpresa, mientras leía nuevamente *Lectures to My Students* ("Conferencias a mis estudiantes"), de Spurgeon,

escrito más de cien años atrás, me encontré con un extraordinario discurso sobre "el pastor sin gracia". Sólo Spurgeon podría haberlo expresado tan magníficamente:

"Un pastor sin gracia es un hombre ciego elegido para desempeñarse como oculista, que filosofa sobre la luz y la visión, da discursos sobre el tema y muestra a otros las bonitas sombras y las delicadas mezclas de los colores del prisma, mientras él mismo permanece en la oscuridad.

"Es un hombre mudo al que nombraron músico; un sordo que sabe hablar sobre sinfonías y armonías. Es un topo elegido para criar pichones de águila; un don nadie elegido para presidir a los ángeles

"Y más aún, cuando a un predicador le falta gracia, todos los resultados positivos y perdurables que pudiera haber tenido su ministerio, serán débiles y escasos en comparación con lo que se podría haber esperado."²

Todo esto nos trae de nuevo a mi pregunta inicial: ¿Es usted *realmente* un ministro de gracia? ¿Es el suyo un servicio que produce el "despertar de la gracia"? ¿Se caracteriza su liderazgo por la gracia que expresa? En casi treinta años de ministerio he observado dos características muy evidentes en aquellos que carecen de gracia y operan en el poder de la carne. Ambos rasgos pueden considerarse como asesinos de la gracia. Uno tiene que ver con los proyectos, y el otro con la gente.

En primer lugar, observo que *aquellos que obran por su propio esfuerzo usan el poder humano para emprender proyectos visibles*. Siempre hay cosas de las cuales hablar. Ponen mucho énfasis en el "éxito". No vacilan en usar las estrategias propias del mundo; se emplean estilos administrativos seculares, se usan técnicas que impactan, se da demasiada importancia a los números y al tamaño de las cosas, y se recurre a métodos manipulativos para reunir fondos. Es extremadamente importante causar una buena impresión. Sin excepción, el enfoque está centrado en impresionar a la gente y no en glorificar a Dios. Se esconden las debilidades. La vulnerabilidad está fuera de consideración. La gran expectativa es escuchar que la gente exclame: "¡Vaya! ¡Mira eso!" Hay un hambre insaciable por ocupar los titulares.

En segundo lugar, advierto que *aquellos que tienen un estilo basado en la fuerza y el poder, se apoyan más en el poder de la personalidad para obtener lo que quieren de la gente.* Hay varios ingredientes que se combinan en este estilo de ministerio: Carisma, demostraciones de poder, presión, fuerza, amenazas, control, intimidación. Se recurre al engaño cuando es necesario. Se hace sentir bochorno a las personas si con ello se logra la meta. En lugar de animar a la gente a orar, a esperar, a buscar la voluntad de Dios y a confiar en su Espíritu para recibir una orientación clara, este estilo de líderes (me cuesta llamarlos así) se aprovechan de su posición para sacar ventajas de la gente. No vacilan en agredir verbalmente a los que se les interponen en su camino, y descartan a todo aquel que deja de serles "útil".

Mi advertencia es la siguiente: *Todo aquello que no resulte en que sólo Dios sea glorificado, debería llevarnos a evitar que usemos nuestra propia fuerza y poder. Debemos dejar que el Espíritu de Dios haga la obra, incluyendo la remoción de los obstáculos.* Es fácil olvidar que no todos los asesinos de la gracia están "allá afuera", tratando de someter a la gente bajo el peso de la ley. Algunos están "aquí dentro", entre los propios líderes, tratando de cumplir la voluntad de Dios a su manera.

Ya he dicho suficiente en cuanto a las advertencias y comentarios negativos. Dejemos de pensar en los que son modelos negativos del ministrar en la gracia y pensemos en cómo podemos mejorar como modelos y promotores de la gracia. Es de desear que las cosas que descubramos en el Nuevo Testamento estén tan llenas de vida y entusiasmo, que algunos de los que ahora son asesinos de la gracia se transformen en dadores y promotores del don de la gracia.

Y al respecto, ¿cuáles son algunas de las características de un ministerio que produce el despertar de la gracia? ¿Cómo va a saber la gente si puede encontrar gracia en nuestro ministerio? Nunca he visto a nadie que la anuncie, al menos no con letras de imprenta, pero no obstante hay maneras en que los demás pueden saber si "aquí se puede encontrar gracia".

A continuación presento cinco características, aunque no son las únicas posibles, de un ministro que despierta la gracia en sus semejantes.

CARACTERISTICAS OBVIAS DE UN MINISTRO QUE DESPIERTA LA GRACIA

La primera de estas características es la *generosidad con sus posesiones personales* (ausencia de egoísmo). En los primeros tiempos de la iglesia, la generosidad del pueblo de Dios era notoria.

"Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos. Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad" (Hechos 4:32-35).

Había allí un rebaño de ovejas luchando por subsistir en un mundo hostil lleno de ciudadanos y gobernantes que odiaban a Cristo. Tenían motivo para llevar una vida temerosa, egoísta, aislada y retraída. ¡Pero no fue así! ¿Sabe por qué? Acabamos de leer la respuesta: Porque "abundante gracia era sobre todos ellos". Y la gracia promovía en ellos un espíritu de generosidad, un genuino deseo de satisfacer las necesidades de los demás. ¿Puede usted creer el resultado? "No había entre ellos ningún necesitado."

Una atmósfera de gracia impide la presencia del egoísmo. Después de todo, no es nuestro dinero, sino el de Dios. Por eso usted lo da. No es su iglesia, sino la iglesia de Dios; usted la comparte. La congregación no es suya, querido pastor, le pertenece a Dios, así que usted se la entrega a él. No es su proyecto, sino el de Dios, así que confíe en el Señor. Si volvemos a lo que aprendimos de la visión de Zacarías, recordaremos que la obra es de Dios, y él la hace a su manera, para su gloria. Aunque quizás usted podría hacer el doble de eso en el poder de la carne, se niega a hacerlo. ¡No lo hará! Confiará en Dios, que él haga la obra a su manera y a su debido tiempo. Por supuesto, presentará la necesidad y pedirá una respuesta, pero se negará a imponer su plan por la fuerza.

Creo oportuno decir que he observado que palabras tales como *mío y guardar y nuestro*, no se oyen en los ministerios que están llenos de gracia. En los lugares donde hay gracia tampoco se infiltra una actitud de sospecha. En cambio, hay una abundante generosidad.

Otra característica de un ministerio que provoca el despertar de la gracia es *el animar a las personas en situaciones inusuales* (ausencia de rigidez). Donde abunda la gracia no sólo encontrará generosidad con las posesiones materiales, sino también ánimo en situaciones que son diferentes. La gracia nos hace ser flexibles, dispuestos a adaptarnos.

Un tiempo después de que se hubiera establecido la iglesia de Jerusalén, el deseo de Dios era que llevaran el evangelio a los gentiles. Leemos en el capítulo 11 de Hechos cómo ocurrió.

"Ahora bien, los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban, pasaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no hablando a nadie la palabra, sino sólo a los judíos. Pero había entre ellos unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, hablaron también a los griegos, anunciando el evangelio del Señor Jesús" (Hechos 11:19, 20).

Primero sólo se dirigieron a los judíos, pero luego se encontraron rodeados por griegos, de modo que también se dirigieron a los griegos. No cambiaron el mensaje. Seguían predicando al Señor Jesús. Pero fueron flexibles en sus métodos. El blanco era totalmente distinto cuando pasaron de los judíos a la mezcla de judíos y gentiles. Eso requirió gracia.

Cuando la iglesia en Jerusalén oyó acerca de los muchos gentiles que estaban convirtiéndose al Señor en Antioquía, enviaron a Bernabé para comprobarlo. Una vez que llegó a Antioquía, observó una situación nueva. En lugar de una congregación compuesta sólo por judíos, había griegos por todos lados. Bernabé vio que la gracia de Dios estaba obrando, y lo aplaudió. Los animó. No había legalismo en su actitud, ningún discurso sobre "ustedes deberían hacer esto o aquello". No cabían ni los reproches ni las advertencias. Mostró gracia en una situación diferente a la habitual. Se adaptó. De la misma forma, cuando usted y yo ejercemos

nuestro ministerio de gracia, podemos dar espacio a formas distintas de ministrar.

Ahora permítame mencionar un tercer rasgo de la gracia: *vida más allá de la letra de las Escrituras*. Cuando está presente un ministerio que despierta la gracia, no hay dogmatismo ni se les da a las personas con la Biblia en la cabeza. Me gusta mucho la forma en que el apóstol Pablo expresa estas ideas en 2 Corintios 3:

"No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica" (vv. 5, 6).

Quiero expresarme con cuidado, para evitar que me malinterprete. El énfasis de Pablo en esta parte de las Escrituras está en el ministerio del nuevo pacto (por oposición al antiguo pacto), un ministerio de gracia más que legalista. Cualquiera que lea el segundo y tercer capítulo de su segunda Carta a los Corintios con una actitud mental abierta, no puede dejar de observar una gran diferencia con lo que podría llamarse el tipo "tradicional" de ministerio.

Pablo dice que . . .

- no es competente en sí mismo (2:16; 3:5)
- con sinceridad habla en Cristo (2:17)
- el énfasis debe estar en las relaciones personales (3:1-4)
- es importante pensar como un siervo (3:6)

Dice todo esto y pide que tengamos una actitud de gracia, lo que da lugar a una disposición a aprender, en lugar del estilo dogmático de enseñanza que parece querer imponerse a la fuerza.

Manejar correctamente la Palabra de Dios es, por cierto, esencial para un ministro. Sólo si las Escrituras son interpretadas correctamente se las puede aplicar correctamente. Las disciplinas

de la hermenéutica apropiada (métodos correctos de interpretación bíblica) y una eficiente homilética (la comunicación clara de la verdad bíblica) son imprescindibles para todos aquellos que enseñan el Libro de Dios. Sin embargo, hay que tomar la precaución de interpretar y comunicar haciendo uso de la gracia. Cuando la gracia está presente, hay un espíritu de franqueza, una actitud de compasión, y una total ausencia de dogmatismo y de querer enseñar a las personas pegándoles con la Biblia en la cabeza.

Frecuentemente me encuentro con personas que se han apartado de ambientes extremadamente fundamentalistas, donde han resultado heridas por los asesinos de la gracia que presentaban las Escrituras de manera muy dura. Estas personas se han sentido golpeadas con "la letra de la ley" en lugar de ser orientadas y consoladas por el Espíritu de libertad. Como yo mismo he salido de un ambiente similar años atrás, sé bien de lo que estoy hablando. "La letra mata", dice Pablo. Pero el Espíritu Santo, ministrando en un contexto de libertad combinado con el encanto de la gracia, "vivifica".

Mientras consideramos 2 Corintios 3, quiero señalar un cuarto rasgo de un ministerio que promueve la gracia: *libertad que se expresa de formas creativas*. Cuando la gracia está presente hay libertad suficiente para la expresión creativa. Pablo lo dice de esta manera: "Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (v. 17). Esto significa que tampoco hay expectativas fijadas de antemano.

Realmente deseo que deje que estas palabras penetren lentamente en su corazón y orienten constantemente su ministerio: Donde está el Espíritu del Señor, hay libertad.

Al comentar acerca del significado de la libertad del Espíritu en el v. 17, un estudioso del Nuevo Testamento escribe:

"Lo que quiere decir es que en tanto la obediencia del hombre hacia Dios esté dominada y condicionada por la obediencia a un libro o a un código de leyes, ese individuo está en la indeseada situación de esclavo. Pero cuando nace de la obra del Espíritu, entonces el centro mismo de su ser no tiene otro deseo que el de servir y obedecer a Dios, porque no es ya la ley sino el amor lo que lo impulsa."³

Observo un interesante fenómeno entre creyentes sinceros. La mayoría de nosotros somos bastante acertados en lo que a gracia se refiere, cuando se trata de evangelizar. La mayoría de nosotros no le exigimos a la persona incrédula que ponga su vida en orden antes de acercarse al Señor. Actuamos con flexibilidad, nos adaptamos, perdonamos, toleramos *cualquier cosa* entre los incrédulos. Pero no concedemos la misma libertad una vez que las personas han llegado al Salvador. No nos importa que nos erhen humo de cigarrillo en la cara mientras les testificamos. Ni siquiera hablamos de eso. Tosemos, sonreímos, y seguimos hablándoles de Cristo. "¡Pero más vale que no me arrojen humo a la cara si dicen ser creyentes!"

¿Por qué no? ¿Qué pasa si el Espíritu de Dios todavía no ha trabajado en esa esfera de sus vidas? ¿Por qué somos tan intolerantes e impacientes con nuestros hermanos y hermanas en la fe? ¿Dónde está la gracia? Piense en lo que tienen que soportar los demás en relación con usted y conmigo. Quizás sea obvio para los demás, pero piense en aquellas cosas inadecuadas con las que todavía tiene que lidiar, cosas respecto a las cuales yo debo manifestarle gracia, lo mismo que usted para conmigo. Pregunto: ¿dónde está toda esta maravillosa libertad de la que escribe Pablo? ¿Por qué nos planteamos expectativas tan altas unos a otros? Y por último, ¿por qué tenemos tanto miedo de la creatividad?

¿Anima usted a las personas a que sean creativas? ¿Se deleita usted cuando una persona de su equipo de discipulado tiene un estilo opuesto al suyo? ¿La acepta con gracia? ¿Y qué diremos del chico que se aburre en la clase? Supongamos que es hiperactivo . . . su mente se encuentra en algún otro lugar. Sé que un niño como éste presenta un desafío. (Créame que lo entiendo, yo era hiperactivo años atrás, y era un verdadero problema para mis maestros.) Qué oportunidad para mostrar gracia y buscar expresiones creativas para esas personas, animándolas a desarrollarse y a llegar a ser todo lo que pueden ser. Los adultos creativos seguramente eran niños hiperactivos años atrás, aquellos que hace veinte años se aburrían si estaban sentados.

Si el Espíritu del Señor provee libertad, sugiero que los hijos de Dios lo imiten y hagan lo mismo. En lugar de recordarles a las personas lo que no son, qué hermoso sería (qué lleno de gracia, en realidad), darles todo el espacio que necesitan para fallar y recuperarse, para aprender y crecer espiritualmente.

Esto me recuerda una característica más del ministerio que promueve la gracia: *libertad respecto a fracasos del pasado*. Un ministerio lleno de gracia no está constantemente recordando el pasado para oprimir a las personas. No se fomenta la vergüenza. Pablo trata esto en 1 Timoteo 1:12-14:

"Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús."

Quizás se sorprenda de saber que el apóstol Pablo tenía razones suficientes para sentirse avergonzado. Tenía un pasado tenebroso, había sido "blasfemo, perseguidor e injuriador". ¿Cómo podía ser que el mismo hombre escribiera: "No me avergüenzo" (2 Timoteo 1:12)? Nos da él mismo la respuesta en 1 Timoteo 1:14: la gracia era más abundante. La blasfemia había abundado en el pasado, pero la gracia había sobreabundado. Habían abundado la violencia y la brutalidad, pero la gracia había sobreabundado.

¿Y si en lugar de "perseguidor" hubiera dicho divorciado, o tal vez homosexual, o adicto a las drogas? Sé que lo que leemos en el pasaje es "blasfemo, perseguidor e injuriador". ¿Y si leyéramos "prostituta", o "ex convicto", o "estafador", o "asesino"? En un ministerio que promueve la gracia, ninguna de esas cosas del pasado deben mantener a las personas sujetas a esclavitud. Han sido liberadas, perdonadas, y al creyente se le permite vivir una nueva vida en Cristo.

La gracia libera a las personas, no sólo del pecado sino de la vergüenza. ¿Hace usted eso en su ministerio? ¿O anota esas cosas y las sigue recordando cuando se nombra a esa persona? "Bueno, yo le diría que tenga cuidado con ella." O tal vez: "Es mejor no perder de vista a ese hombre." ¿Le da usted motivos a la gente para que se sienta avergonzada? ¿Quién sabe las luchas que tienen las personas con su propia vergüenza!

Y muchas veces, los creyentes no sólo hacemos que la gente se sienta avergonzada por lo que ha hecho, sino que también les

hacemos sentir vergüenza por ser diferentes. Conozco a algunos creyentes a los que se ha hecho sentir avergonzados por no haberse casado. Otros porque habían amasado una fortuna con honestidad y mucho esfuerzo. Algunos me han dicho que tenían vergüenza porque tenían una enfermedad persistente, otros porque no salían rápido de la depresión. Conozco a un hombre con quien da gusto estar, realmente entretenido. Me contó que de vez en cuando recibe miradas, y hasta cartas, en las que le reprochan "que se divierte demasiado". Una excelente esposa y madre cristiana me dijo recientemente que le dijeron que debería sentir vergüenza por trabajar fuera de su casa. Esa señora tiene más de cincuenta años, y todos sus hijos están casados.

El doctor Henslin habla a menudo sobre este tema. En sus charlas, distribuye un volante en el que se incluye la siguiente lista de contrastes, que a mí me ha sido útil, y creo que a usted también lo será:

ESPIRITUALIDAD BASADA EN LA VERGÜENZA

1. Tener problemas es pecado.

2. Sentir emociones fuertes es pecado.

3. Tener una enfermedad que es producto de una compulsión es pecado.

4. Divertirse es pecado.

ESPIRITUALIDAD SANA

Los problemas son parte de mi condición humana. Puedo presentárselos a Dios y compartirlos con mis hermanos en la fe.

Las emociones no son ni buenas ni malas. Depende de lo que hago con ellas. "Airaos, pero no pequéis."

Hay una diferencia entre una enfermedad como resultado de una actitud compulsiva y una conducta pecaminosa.

Hay muchas diferentes maneras de deleitarse en la bondad de Dios.

- | | |
|---|--|
| 5. Ser espiritual equivale a ser perfecto. | Vivir en la gracia, no en la ley. |
| 6. La sexualidad es pecaminosa. | La sexualidad es parte de nuestra condición humana y es para ser disfrutada. |
| 7. El éxito, o la ausencia del mismo, es pecado. | La prosperidad o la pobreza no se deben a deficiencias espirituales. |
| 8. Hacerme creyente resuelve todos mis conflictos. | Aceptar a Cristo en nuestra vida nos capacita y nos da poder para enfrentar las situaciones difíciles. |
| 9. Si no me he sanado es a causa de mi falta de fe. | Estar enfermo no es pecado. Puedo someterme al mejor tratamiento posible. ⁴ |

UN BREVE REPASO

Hemos tratado muchos temas en este capítulo. Como ha sido un poco extenso, puede ser de ayuda un rápido repaso.

Es esencial contar con personas que ministren gracia, en estos tiempos de excesivo legalismo y logros alcanzados por la fuerza y el poder humano. Más que nunca necesitamos siervos que produzcan un despertar de la gracia, que puedan poner en libertad en lugar de someter a esclavitud.

Los que sirven a otros ministrando gracia muestran las siguientes características:

1. Son generosos con sus posesiones personales . . . ausencia de egoísmo.
2. Dan ánimo en situaciones poco habituales . . . ausencia de rigidez.

3. Una vida que va más allá de la letra de las Escrituras . . . ausencia de dogmatismo y no se les da a las personas con la Biblia en la cabeza.
4. Libertad para la expresión creativa . . . ausencia de expectativas rígidas.
5. Liberación de los fracasos del pasado . . . no se fomenta la vergüenza.

¿Recuerda las exhortaciones que le hacía Pablo a Timoteo? Sus palabras marcan la pauta para todos aquellos que toman en serio las cinco características que hemos mencionado: "Esfuézate en la gracia que es en Cristo Jesús" (2 Timoteo 2:1). Colega en el ministerio, afirmese en este concepto. Conságrese a él. Haga de la gracia su meta, su búsqueda, su pasión. Sea ejemplo de ella. Enséñela. De nuéstrela.

Conclusión

Hace muchos meses que comencé a escribir este libro sobre la gracia. No imaginaba entonces todo lo que ocurriría entre el momento que lo inicié y su finalización.

Afirmé al comienzo que éste era esencialmente un libro sobre la libertad . . . cómo reclamarla para nosotros mismos y otorgarla a los demás. Ahora ya entienden lo que quise decir. Nunca me imaginé que al llegar al final del libro el mundo habría sido testigo de uno de los más poderosos ejemplos de liberación que se puedan imaginar: la caída del muro de Berlín.

Mientras escribía acerca de la importancia de permitir *el despertar de la gracia*, y cómo esto implica que busquemos la libertad a cualquier precio, los diarios, los periódicos y la pantalla del televisor han estado palpitando con el mismo mensaje. Las memorables escenas se sucedían una a otra, relato tras relato, todos ellos expresando la palabra más grandiosa: libertad. Yo lo observé, al igual que usted, y lloré y canté con ellos. Grité con cada tramo de la nefanda pared que iba cayendo al suelo, renovando la esperanza de quienes a menudo se habían preguntado si alguna vez se liberarían de la opresión social, económica y religiosa. Y ahora son libres.

Las piedras y el acero, los alambres de púa y los guardias, que separaban el este del oeste, el sueño de la realidad, han desaparecido de la escena. La gente de Berlín oriental ya no se despierta para

enfrentar otro día más de existencia opaca, gris y desalentadora por las restricciones impuestas. *Libres al fin*, se despiertan al glorioso amanecer de la independencia.

Una de las escenas más conmovedoras que vi en la televisión fue la de un grupo de hombres que se turnaban con un mazo para darle golpes a una sección de la pared. Uno de ellos tomaba la enorme herramienta y golpeaba la piedra con todas sus fuerzas. Después de diez o quince golpes, dejaba el lugar a otro que hacía lo mismo. Mientras uno de ellos golpeaba con el mazo, los demás se quedaban cerca, cantando, dando vítores y a veces danzando en círculos. Aunque yo estaba prácticamente del otro lado del globo, se me hizo un nudo en la garganta, mientras sonreía junto con esos hombres que nunca había conocido. Finalmente, después de duro esfuerzo, las piedras se aflojaron y pudieron ver la luz del día al otro lado.

Hay otra pared que estamos echando abajo. Como se trata de una pared invisible es mucho más perniciosa. Y no ha estado décadas levantada, sino siglos, y por eso es mucho más imponente y arraigada. Las piedras que la componen son enormes y quisieran impedirnos disfrutar de todo lo que Dios desea que disfrutemos. Mantienen a millones de personas sometidas a esclavitud sin que lo sepan. He identificado muchas de estas piedras a lo largo del libro; desde fuera: legalismo, expectativas rígidas, tradicionalismo, manipulación, exigencias, negativismo, control, comparación, perfeccionismo, competencia, críticas y mezquindad entre otras; y desde dentro: orgullo, temor, resentimiento, amargura, un espíritu que no perdona, inseguridad, esfuerzos de la carne, culpa, vergüenza, chisme, hipocresía y tantas cosas más . . . ¡todas ellas asesinas de la gracia!

Mi esperanza ha sido provocar un apetito tan profundo por la gracia que nada nos detenga en la búsqueda de la libertad y la espontaneidad que ella ofrece; un anhelo tan hondo que no se detenga hasta que, a través del muro del legalismo, irrumpa un nuevo amanecer espiritual, el "despertar de la gracia". Como soy pastor, gran parte de mi compromiso y mi participación se da en el ámbito de la iglesia y las organizaciones cristianas. He observado que aun en estos lugares las personas todavía no son libres; no han aprendido a aceptar y disfrutar la gracia que nos ha sido dada en Jesucristo. A pesar de que él vino para darnos libertad, me

entristece decir que muchas personas todavía viven tras el muro de la esclavitud. Lamentablemente, por todos lados encontramos las piedras que los oprimen. En lugar de ser sitios de adoración entusiasta y espontánea, muchas iglesias y ministerios cristianos se han transformado en instituciones que mantienen un sistema de religión basado en funcionarios encargados de controlar las puertas de entrada y salida y el cumplimiento de las reglas.

He buscado en vano en la Biblia ejemplos de cristianos de los primeros tiempos cuyas vidas estuvieran marcadas por la rigidez, la inhibición, la apatía, la actitud cautelosa. Afortunadamente, los creyentes severos, de entrecejo fruncido, graves, brillan por su ausencia en las Escrituras. En cambio, los ejemplos que encuentro son de creyentes auténticos, entusiastas, dispuestos al riesgo y a la aventura, cuya alegría resultaba contagiosa aun en tiempos de prueba y sufrimiento. Su visión era amplia aun cuando la muerte estaba cerca. Las reglas eran escasas y los cambios eran bienvenidos. El contraste entre esa época y la nuestra es enorme. .

Estoy convencido de que la diferencia se debe a la gracia. La gracia escala por el muro y se niega a ser reprimida. Vive por encima de las exigencias de la opinión humana y se libera de las imposiciones legalistas. La gracia nos anima a tomar el mazo del valor y romper las piedras que por largo tiempo han estado afianzadas. La gracia nos invita a tomar nuevos rumbos y explorar regiones cada vez más extensas, deleitándonos siempre con lo inesperado. Mientras otros se preocupan más por mantener la pared y por temer a los que la controlan, la gracia está constantemente buscando caminos hacia la libertad. La gracia quiere que la fe escape, no importa qué puedan decir, pensar, o hacer los guardias de rostro severo.

Quiero agradecerle por caminar conmigo a lo largo de las páginas de este libro. Para mí ha sido un estimulante desafío escribir estas reflexiones. En muchos sentidos, me siento como si hubiera estado excavando nuevos caminos, nuevos y esplendorosos senderos. No se ha escrito mucho desde la perspectiva evangélica acerca de una gracia personal y liberadora . . . al menos yo no he encontrado mucho últimamente. Quizás este libro logre animarlo a unirse al movimiento, e iniciar su propia aventura. Así lo espero. Pero cuando inicie su marcha, tenga cuidado. De la misma forma que el personaje de Bunyan, Cristiano, encontró toda clase de

pruebas y tentaciones en su camino a la Ciudad Celestial, usted también se encontrará vez tras vez con las piedras del legalismo, todas las cuales existen con una sola finalidad: impedirle disfrutar de la libertad que tiene en Cristo.

¡Por favor, no se detenga! Siga adelante. Vale la pena todo el esfuerzo. Y le doy la buena noticia de que usted no está solo.

Hay un "despertar de la gracia" que se está poniendo en marcha en todo el mundo. ¿Será usted parte de este movimiento? Mientras toma su turno con el mazo, para martillar y romper la pared, todos nosotros estaremos cerca de usted, algunos quizás del otro lado del planeta, aplaudiéndolo. No piense que se trata de una tarea solitaria y aislada. Usted está abriéndose paso hacia la libertad, y nadie se complace tanto como el Señor Jesucristo, quien le ha prometido su gracia. Nunca olvide sus palabras: "Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres." Aférrese a eso. Por la gracia del Dios Todopoderoso, el nuevo movimiento del despertar de la gracia barrerá algún día todos los continentes, y el rígido muro que por siglos ha mantenido en esclavitud a la gente, se derrumbará. Y todos, al fin, seremos verdaderamente libres.

Notas

Introducción

1. Reinhold Niebuhr: "Well-Intentioned Dragons," *Christianity Today*, 1985, p. 63.

Capítulo 1: ¡La gracia es realmente maravillosa!

1. Dr. Karl Menninger, M. D., con Martin Mayman, Ph. D., y Paul Pruyser, Ph. D., *The Vital Balance*, Viking Press, N.Y., 1963, pp. 204, 205.

2. Ibid., p. 22.

3. Donald Grey Barnhouse, *Romans, Man's Ruin*, vol. 1, Wm. B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, MI, 1952, p. 72.

4. Benjamin Warfield, en *Great Quotes & Illustrations*, compilado por George Sweeting, Word, Waco, TX, 1985, p. 133.

Capítulo 2: Un verdadero don

1. Donald Grey Barnhouse: *Romans, God's Remedy*, vol. 3, Wm. B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, MI, 1954, p. 208.

EL DESPERTAR DE LA GRACIA

Los asesinos de la gracia están por doquier. Los encontramos en el lugar donde trabajamos, en nuestro vecindario y a veces inclusive en nuestro hogar. Y lo que es bien triste, aun se encuentran en nuestras iglesias. Estamos rodeados de personas que critican, condenan y derrumban cualquier esperanza de una vida llena de gozo. En las palabras del

autor: "Muchas de las personas que deberían estar predicando el evangelio de la gracia se han convertido en implacables jueces que acusan a todo aquel que no se ajusta a su manera de pensar". Hay una alternativa a la larga lista de "No haga esto" y "No haga aquello", y a andar por la vida con el rostro serio. Y esa alternativa es la libertad que experimentará cuando viva en la maravillosa gracia que el Hijo de Dios quiere derramar abundantemente en su vida.

La gracia perfeccionará su relación con el Señor, mejorará sus actitudes y le permitirá vivir con un gozo profundo y permanente. Y es un don que Dios le quiere dar a usted hoy.



Charles R. Swindoll ha escrito más de veinte éxitos de librería, entre ellos *El derecho a vivir*, *Afirme sus valores*, y *Pásame otro ladrillo*. Se le escucha mucho en su programa radial «Visión para vivir», que se transmite en varios idiomas. El Dr. Swindoll es presidente del Seminario Teológico Dallas.



GRUPO NELSON
Desde 1798

Para otros materiales, visítenos a:
gruponelson.com

RELIGIÓN / Vida Cristiana / General
ISBN 978-0-8811-3018-8



9 780881 130188



5 1399